

Meditando en la Fidelidad de Dios
en el Antiguo Testamento

En ti Confiaré



Josué Pineda Dale
Editor General
Prólogo por Miguel Núñez

Los que esperan a Jehová tendrán nuevas fuerzas. Isaías 40:31

En ti Confiaré

Meditando en la Fidelidad de Dios
en el Antiguo Testamento

Josué Pineda Dale, Editor General

EBI
EDITORIAL
BAUTISTA INDEPENDIENTE

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera 1960 ® © Sociedades Bíblicas en América Latina, 1960. Renovada © Sociedades Bíblicas Unidas, 1988. Reina-Valera 1960 ® usado con permiso.

© 2021 por EBI. Todos los derechos reservados.

EB-571-D
ISBN 978-1-953663-17-7

Editorial Bautista Independiente
3417 Kenilworth Blvd, Sebring, FL 33870
www.ebi-bmm.org
(863) 382-6350

Índice

Prólogo.....	Miguel Núñez	v
Introducción.....	Josué Pineda Dale.....	viii
Génesis.....	Alberto Solano.....	1
Éxodo.....	Aaron Gibson.....	4
Levítico.....	Ángel Cardoza.....	7
Números.....	Carlos Astorga.....	10
Deuteronomio.....	Roberto Sánchez.....	13
Josué.....	Armando Melo.....	16
Jueces.....	Josué Barrios.....	19
Rut.....	Daniel Puerto.....	22
1 Samuel.....	Samuel Hornbrook.....	25
2 Samuel.....	Diego Naranjo.....	28
1 Reyes.....	Héctor Salcedo.....	31
2 Reyes.....	Jérémie Roy.....	34
1 Crónicas.....	Manuel Herrera.....	37
2 Crónicas.....	Joel Rosario.....	40
Esdras.....	Enrique Oriolo.....	43
Nehemías.....	Moisés Gómez.....	46
Ester.....	David González.....	49
Job.....	Bruce Burkholder.....	52
Salmos.....	Lucas Alemán.....	55
Proverbios.....	Juan Moncayo.....	58
Eclesiastés.....	Jack Smith.....	61
Cantares.....	Emanuel Elizondo.....	64
Isaías.....	Eduardo Izquierdo.....	67
Jeremías.....	Ricardo Daglio.....	70
Lamentaciones.....	Justin Burkholder.....	73
Ezequiel.....	Eduardo Ortíz.....	76
Daniel.....	Josué Ortíz.....	79

Oseas	Santiago Armel	82
Joel	Alejandro Peluffo	85
Amós	Carlos Llambes	88
Abdías.....	Heber Torres	91
Jonás	José Alcívar	94
Miqueas.....	Michel Galeano	97
Nahúm.....	José Carlos Martinez	100
Habacuc.....	Luis Zepeda	103
Sofonías.....	Joe Owen	106
Hageo.....	Mateo Bixby	109
Zacarías.....	Josué Pineda Dale	112
Malaquís.....	Josías Grauman	115
Acerca de los autores.....		118



Prólogo

Hablar del Antiguo Testamento es poner de manifiesto la fidelidad del Dios que le dio origen a su pueblo y quien lo preservó a través de las peores circunstancias, mientras caminaba de manera íntima con aquellos que él adoptó como familia. Dicha elección se dio a pesar de ser “el más insignificante de todos los pueblos”, simplemente porque “Jehová [los] amó, y quiso guardar el juramento que juró a [sus] padres” (Dt. 7:7-8). Esta última frase nos deja ver que Dios es fiel.

Dios creó el “teatro” donde finalmente se desarrollaría el drama de la redención; luego creó a la primera pareja en su deseo de tener íntima comunión con nosotros, los portadores de su imagen. Nuestros progenitores y representantes iniciales se rebelaron contra Dios, no creyeron su palabra y desafiaron su autoridad. Dios, pudiendo exterminar la raza humana, decidió iniciar de nuevo para continuar con su deseo de mantener la comunión con nosotros, brindando un rayo de esperanza (Gn. 3:15).

Después de la caída de Adán y Eva, Dios eligió a un hombre que “[servía] a dioses extraños”, cuyo nombre era Abraham (Jos. 24:2-3) y a quien prometió una tierra y una descendencia tan numerosa como las estrellas del cielo (Gn. 15:5). De aquí en adelante, podemos ver de forma clara cómo la narración del Antiguo Testamento no es más que la fidelidad de Dios cumpliendo su promesa. La promesa de Dios a Abraham no fue simplemente un ofrecimiento material para cumplirse de este lado de la eternidad. Más bien, su oferta estaba relacionada a su plan original cuando creó el mundo —“bueno en gran manera” (Gn. 1:31)— para que una pareja y sus descendientes habitaran en armonía con su Dios.

Dios prometió a este hombre, Abraham, que “en [su] simiente [serían] bendecidas todas las naciones de la tierra” (Gn. 22:18 LBLA), haciendo referencia al Mesías que habría de venir. Antes de ver el cumplimiento inicial de la promesa, la nascente nación de Israel sería esclavizada en Egipto durante 400

años (Gn. 15:13), “amenazando” la promesa de Dios. Pero Dios permanecería fiel a su pacto. En el devenir del tiempo, él levantó a un libertador —Moisés— que, al mismo tiempo, apuntaba a alguien mayor que él que vendría a traer la liberación de pecado a todos nosotros, los herederos de la promesa.

Dios sacó a su pueblo al desierto en contra de la peor oposición que el faraón podía ofrecer. Allí les prometió convertirlos en una nación santa (Éx. 19: 6), para lo cual les dio su ley (Éx. 20). Esta ley representó en cierta medida la primera constitución de la nación hebrea. La ley de Dios no fue más que otra expresión de su fidelidad. De hecho, la palabra ley (torá), literalmente significa: “instrucción, enseñanza”. Dios quiso enseñar a su pueblo a caminar con él, a caminar en santidad, no solo como una forma de honrarlo a él, sino también como una manera de protegerlos de todas las consecuencias posibles como resultado de caminar fuera de los límites de su protección.

En el Pentateuco encontramos el diseño del tabernáculo donde Dios moraría en medio de su pueblo, otra expresión más del deseo de Dios de morar con aquellos que él había elegido para que formaran parte de su familia. El jardín del Edén representó el primer lugar de adoración. Cuando este hermoso jardín fue echado a perder, Dios no desistió; más bien permaneció en búsqueda del hombre y continuó con sus planes de morar con su gente.

Jehová preservó a su pueblo por 40 años en el desierto: los alimentó día a día, les dio de beber donde no había agua, los libró de pestilencia, los protegió del calor abrasador del sol y les dio luz en la oscuridad. Es claro que lo que Dios inicia, lo termina. Lo que Dios promete, lo cumple, porque él “no puede negarse a sí mismo” (2 Ti. 2:13). Por eso, el pueblo llegó a la “Tierra Prometida” al final de los 40 años, tal como fue anunciado. La tierra fue conquistada. Sin embargo, el pueblo pecó contra la fidelidad de Dios y terminó siendo oprimido otra vez por casi 400 años. Pero Dios, en su amor fiel, lo libertó una y otra vez por medio de jueces y líderes fuertes. El pueblo persistió en su infidelidad, pero Dios continuó liberándolo, siendo fiel a su promesa. Después de siete ciclos de pecado, opresión y una liberación recurrente de parte de Dios, terminó ese largo período de apostasía.

A pesar del amor de Dios demostrado por cientos de años, el pueblo hebreo rechazó a Dios como rey y pidió a un rey, Saúl, para ser como las demás

vi

naciones (1 S. 8). Dios le concedió su deseo a pesar de su desagrado con tal petición. Cuarenta años más tarde, Dios levantó un rey en el trono de Israel, David, quién reinaría por 40 años y a quien Dios prometió que “afirmaría para siempre el trono de su reino” (2 S. 7:13). A su muerte, su hijo Salomón, ascendió a la corona, pero apostató. El pueblo se alejó de Dios todavía más, pero, aun así, Dios estuvo dispuesto a habitar en el nuevo templo, como lo había hecho en el tabernáculo (2 Cr. 7). Posteriormente, Salomón muere y el reino se divide: 10 tribus se rebelan en contra del hijo de Salomón, Roboam, y forman el reino del norte: Israel. Dos tribus permanecen fieles y forman el reino del sur: Judá. Todos los reyes del reino del norte fueron infieles a Dios. De unos veinte reyes que ocuparon el trono del reino del sur, solo unos ocho caminaron con Dios. Aun así, Dios no abandonó a su pueblo.

Sin embargo, debido a su pecado, el pueblo fue exiliado. Durante cada uno de los reinados anteriores al exilio, el Señor envió profetas a la nación para dirigirlos, para fortalecerlos en su fe, para confrontarlos y hacerlos regresar al camino, de manera que pudieran ser perdonados por Dios nuevamente y recibir sus bendiciones. Esa ha sido siempre la promesa de Dios, cumplida por él una y otra vez. Finalmente, el reino del norte fue llevado al exilio por el imperio de Asiria (722 a. de C.). El reino del sur, por su parte, cayó con la invasión de Jerusalén (586 a. de C.) por parte de Nabucodonosor, rey de Babilonia. Setenta años después, tal como había sido profetizado, Dios se movió en el corazón de Ciro —el entonces rey de Babilonia—, para autorizar el regreso de su pueblo a Jerusalén y así ocurrió.

En medio de toda esa historia compleja y confusa en ocasiones, encontramos una literatura de sabiduría, que es otra evidencia de la fidelidad de Dios. Esto es así puesto que es muestra de que, a pesar de la apostasía recurrente del pueblo, su sabiduría permaneció con ellos. Hubo inspiración de parte de Dios con grandes revelaciones acerca de la vida y sus injusticias, pero vistas por encima del sol: Job (en el período patriarcal) y los libros de Salmos, Proverbios, Eclesiastés y el Cantar de los Cantares, compuestos durante el período del reino unido.

Cuatrocientos años de silencio pasaron entre el Antiguo y el Nuevo Testamento y en “el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de

mujer y nacido bajo la ley” (Gá. 4:4). El Unigénito de Dios se hizo carne. Cumplió la ley a cabalidad, sufrió, murió por el perdón de nuestros pecados y al tercer día resucitó para garantizar el cumplimiento de nuestras promesas. Dios fue fiel a la promesa hecha a Abraham porque, en su simiente, Dios ha ido salvando gente de todo pueblo, tribu, lengua y nación para bendecirlas tal como fue dicho. Él es fiel, cumple y seguirá cumpliendo sus promesas.

Es para mí de gran satisfacción y gozo escribir este prólogo acerca de la fidelidad de Dios, sobre todo en el período correspondiente al Antiguo Testamento. Menciono esto porque muchos son los que ven a Dios durante ese tiempo como un justiciero y vengador de lo mal hecho, cuando en realidad el carácter bondadoso de Dios es resaltado de manera extraordinaria por la infidelidad de su pueblo. Doy gracias por este grupo de autores que se ha tomado el tiempo de desarrollar este excelente libro para que cada uno de sus hijos pueda decir de forma más firme: ¡En ti confiaré!

Miguel Núñez



Introducción

Dios es fiel y digno de confianza. Cuando todo se derrumba a tu alrededor, cuando no hay esperanza, cuando tu fe flaquea y la angustia te embarga, no hay lugar más seguro para estar que “al abrigo del Altísimo” (Sal. 91:1) o, en otras palabras: “bajo la sombra del Omnipotente” (91:1). Como cristiano debes tener certeza de que en él estás seguro. No importa lo que esté sucediendo alrededor, debes poder decir a diario las siguientes palabras: “Esperanza mía, y castillo mío; mi Dios, en quien confiaré” (91:2). Dios no te manda a entender todo lo que te sucede. Tampoco te pide que trates de “sobrevivir” en tus propias fuerzas. Solo te pide confiar en él porque él es fiel. Si eres su hijo, tu vida está segura, tal como afirma el salmista: “debajo de sus alas estarás seguro” (91:4b).

El impío teme por su vida, vive sin esperanza y no tiene de qué aferrarse. Algunos afirman lo contrario, creyendo que tienen control de su vida y que depende de sí mismos. Sin embargo, tarde o temprano el Señor derribará la falsa esperanza de muchos que se aferran a sus posesiones, a su posición, a su poder, a su influencia o a su astucia. El dinero y el poder, entre otras cosas, brindan esperanza momentánea. Lamentablemente, no será para siempre. Solo Dios brinda esperanza eterna. Sin él, el hombre es, tal como Isaías advirtió al pueblo, “como suciedad, y todas [sus] justicias como trapo de inmundicia” (Is. 64:6).

Como cristiano muchas veces puedes verte tentado a vivir contrario a tu posición como hijo de Dios: en angustia y atribulado, como si no tuvieses esperanza. Aunque las pruebas son duras y la vida es difícil, Dios siempre está en control y tiene un propósito supremo para su gloria y tu bien. A diferencia del impío, tienes de quién aferrarte y en quién confiar: eres su hijo y estás seguro en sus manos.

Dios se reveló en el Antiguo Testamento como un Dios fiel, un Dios eterno, inmutable y todopoderoso que es, al mismo tiempo, cercano a su pueblo.

Como el Dios fiel que es, es un Dios que se goza en salvar y en relacionarse con el ser humano. Por eso prometió lo siguiente a Abraham incondicionalmente: “Y haré de ti una nación grande, y te bendeciré, y engrandeceré tu nombre, y serás bendición. Bendeciré a los que te bendijeren, y a los que te maldijeren maldeciré; y serán benditas en ti todas las familias de la tierra” (Gn. 12:2-3). Dios no pidió nada a cambio a Abraham. Fue un pacto unilateral. Además, él hizo esta promesa —este pacto— cuando todo el panorama era más oscuro e improbable. Sin embargo, a pesar de la incredulidad e infidelidad de Abraham, la Escritura atestigua que “visitó Jehová a Sara, como había dicho, e hizo Jehová con Sara como había hablado. Y Sara concibió y dio a Abraham un hijo en su vejez, en el tiempo que Dios le había dicho” (Gn. 21:1-2). Dios es un Dios fiel que no ha faltado nunca a su palabra y que cumplirá toda promesa incondicional, aun a pesar del pecado e infidelidad de sus hijos.

Lo anterior debe darte mucho ánimo. Debe darte esperanza y confianza, especialmente cuando te enfrentes a desesperanza y tribulación en este mundo. El Dios del Antiguo Testamento es el mismo Dios que está a tu lado hoy (Heb. 13:8). Si eres su hijo, debes saber que, a pesar de tus múltiples faltas, el Señor es “fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad” (Éx. 34:6). Nunca ha fallado ni faltado a su palabra, puesto que “Dios no es hombre, para que mienta, ni hijo de hombre para que se arrepienta” (Nm. 23:19a). No hay nada más glorioso que saber que Dios no se arrepentirá de haberte salvado, sino que “cumplirá su propósito en [ti]” (Sal. 138:8). Así como animó al pueblo de Israel, afirmando: “no te [dejaré], ni te [desampararé]” (Dt. 31:6), él te sostendrá hasta el final, porque ninguno de los suyos se va a perder de su mano (Jn. 10:28). Él es tu “Dios fiel, que guarda el pacto y la misericordia a los que le aman y guardan sus mandamientos, hasta mil generaciones” (Dt. 7:9). Él Señor es “la Roca, cuya obra es perfecta, porque todos sus caminos son rectitud; Dios de verdad, y sin ninguna iniquidad en él; es justo y recto” (Dt. 32:4). De la misma manera que “no faltó palabra de todas las buenas promesas que Jehová había hecho a la casa de Israel” (Jos. 21:45a; cp. 23:14), él cumplirá todo lo que ha prometido para ti.

Dios también fue fiel en hacer un pacto incondicional con David, prometiendo que “[afirmaría] para siempre el trono” (2 S. 7:12-13; cp. 1 Cr. 17:11-12) de uno de su linaje. De la misma forma en que “ninguna palabra de todas sus

promesas que expresó por Moisés su siervo, [faltó]” (1 R. 8:56), el Señor será fiel en cumplir lo prometido a su siervo David. Esto es así porque el Señor “hace memoria de su pacto perpetuamente, y de la palabra que él mandó para mil generaciones” (1 Cr. 16:15). Un día, ese niño que nació (Is. 9:6a) y cuyo nombre es “Admirable, Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de Paz” (9:6b), reinará “sobre el trono de David y sobre su reino” (9:7). Daniel vio claramente en una visión el cumplimiento de esta promesa:

“Miraba yo en la visión de la noche, y he aquí con las nubes del cielo venía uno como un hijo de hombre, que vino hasta el Anciano de días, y le hicieron acercarse delante de él. Y le fue dado dominio, gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran; su dominio es dominio eterno, que nunca pasará, y su reino uno que no será destruido” (Dn. 7:13-14).

El día llegará y el Mesías “será rey sobre toda la tierra. En aquel día Jehová será uno, y uno su nombre” (Zac. 14:9). Él será fiel en cumplir su palabra, su pacto, su promesa.

Además, el Señor es fiel aun cuando su pueblo es infiel. Él sacó a Israel de Egipto “por amor de su nombre, para hacer notorio su poder” (Sal. 106:8). Pero, como el Salmo 106 atestigua, el pueblo constantemente fracasó en ser fiel a Dios. Por eso, Dios los exhortó y disciplinó una y otra vez (Neh. 9:28-30a) hasta que fueron entregados al cautiverio (Jer. 52:12-16; cp. Neh. 9:30b), tal como había sido profetizado (25:8-11). Merecían la disciplina del Señor y habría sido entendible si perdían toda oportunidad futura. Sin embargo, incluso entonces, el Señor muestra su fidelidad: “Porque así dijo Jehová: Cuando en Babilonia se cumplan los setenta años, yo os visitaré, y despertaré sobre vosotros mi buena palabra, para haceros volver a este lugar” (29:10). Por eso Jeremías declaró de la siguiente manera con la certeza de conocer a un Dios fiel: “Por la misericordia de Jehová no hemos sido consumidos, porque nunca decayeron sus misericordias. Nuevas son cada mañana; grande es tu fidelidad” (Lm. 3:22-23). Él no olvidaría sus promesas y pactos para con su pueblo. El Señor, “por [sus] muchas misericordias no los [consumió], ni los [desamparó]; porque [es] Dios clemente y misericordioso” (Neh. 9:31).

El Dios de Israel demostró una vez más que “[su] reino es reino de todos los siglos, y [su] señorío en todas las generaciones” (Sal. 145:13). No olvidó ni rechazó a su pueblo. No sería para siempre, sino que fue “hasta que los setenta años fueron cumplidos” (2 Cr. 36:21). Sabiendo lo que Dios había hablado, Daniel pidió al Señor que cumpliera su palabra (Dn. 9:2-3). Entonces,

“para que se cumpliese la palabra de Jehová..., despertó Jehová el espíritu de Ciro rey de Persia, el cual hizo pregonar de palabra y también por escrito por todo su reino, diciendo: ...Jehová el Dios de los cielos... me ha mandado que le edifique casa en Jerusalén.... Quien haya entre vosotros de su pueblo, sea Dios con él, y suba a Jerusalén que está en Judá, y edifique la casa a Jehová Dios de Israel...” (Esd. 1:1-3).

Tal como había profetizado Habacuc: “Aunque la visión tardará aún por un tiempo, mas se apresura hacia el fin, y no mentirá; aunque tardare, espéralo, porque sin duda vendrá, no tardará” (Hab. 2:3), el Señor sería fiel. El regreso había iniciado. Dios no los había desechado, ni se había olvidado de ellos. El Señor fue fiel en cumplir su palabra.

Ante esta evidencia incontrovertible, no te debe quedar duda que el Señor es un Dios fiel, que guarda su pacto y que cumple su palabra. El Antiguo Testamento está repleto de la fidelidad de Dios. Esta fidelidad revelada debe animarte a confiar cada uno de los días de tu vida. No mires las circunstancias, no mires hacia atrás. Mira a Dios, su carácter y su obra, y confía en él y su verdad. Él nunca te abandonará ni cambiará sus planes. Si eres suyo, no te desechará. El hecho que no haya desechado a Israel y que siga habiendo esperanza para un remanente (Ro. 11) debe ser motivo de gozo para el cristiano de hoy en día. Dios no te dejará por otro pueblo, ni te hará a un lado. Las promesas que te ha hecho son verdad y así como ha cumplido todo lo que ha prometido, él cumplirá todo lo que queda por cumplirse. Debes tener confianza en tu Dios que es “Dios grande, fuerte, temible, que [guarda] el pacto y la misericordia” (Neh. 9:32).

En ti confiaré: Meditando en la fidelidad de Dios en el Antiguo Testamento, te ayudará a pensar bíblicamente acerca del Dios fiel que nunca cambia, que nunca ha faltado a su palabra, sino que se goza en cumplir lo que ha prometido.

xii

tido, abriendo caminos donde parece que no los hay, dando esperanza cuando solo parece haber desesperanza, y rescatando cuando aparentemente todo está perdido. El testimonio de la Escritura debe motivarte a nunca dudar ni temer, sino que a confiar en él siempre y cada día más.

Habiendo meditado en la fidelidad de Dios en el Nuevo Testamento en el primer volumen de *En Ti Confiaré*, era oportuno y necesario ser testigos también de la fidelidad de Dios en el Antiguo Testamento. 39 autores diferentes provenientes de o sirviendo en Argentina, Colombia, Ecuador, El Salvador, España, Estados Unidos, Guatemala, Honduras, México, Venezuela y República Dominicana, son hombres que están sirviendo a Dios fielmente únicamente porque él los salvó, rescató y declaró justos cuando no había esperanza. Doy gracias al Señor por tener el privilegio de servir junto a ellos en este libro y por poder llamarlos hermanos y amigos. Yo he sido bendecido de primera mano al ir por cada uno de sus párrafos, siendo testigo de la fidelidad de Dios no solo en la Escritura, sino también en sus propias vidas. Los autores son en su mayoría pastores y maestros, además de profesores de distintas instituciones académicas, que están haciendo la labor del ministerio donde el Señor ha querido. Es nuestra oración que, a través de cada una de las 39 reflexiones, puedas ver el brillo de la fidelidad de Dios de tal manera que confíes en él, aun y cuando no veas con claridad, aunque la prueba sea dura y parezca que no hay esperanza.

Josué Pineda Dale
Editor General



En ti confiaré

Génesis

por Alberto Solano

“E hizo jurar José a los hijos de Israel, diciendo: Dios ciertamente os visitará, y haréis llevar de aquí mis huesos” (Gn. 50:25).

El libro de Génesis comienza de manera extraordinaria: con el destello de luz de la obra creativa de Dios, con el principio de toda vida y actividad en el universo y con la promesa de la tierra prometida, desde donde su pueblo sería de bendición a las naciones. Pero el final de Génesis es muy distinto. El libro que comienza con vida y promesas termina así: “Y murió José... y fue puesto en un ataúd en Egipto” (Gn. 50:26). ¡Qué manera de concluir el primer libro de la Biblia! La escena de un féretro en una nación foránea es un final trágico para un libro que comenzó con vida, esperanza y seguridad. La escena se complica cuando se recuerda que Jacob está muerto, José acaba de fallecer y entre los hijos de Jacob no hay ninguno que se levante como líder piadoso para guiarlos de regreso a Canaán. Parece que todo está perdido y el mundo se le ha salido de control al Señor.

Confiando en Dios

Pero es justo allí, en el último capítulo de Génesis, que aparece un ejemplo maravilloso de confianza en el Señor en la respuesta de José. Entre todos los acontecimientos de su vida, el episodio en el que más mostró confianza en Dios no fue cuando prefirió la santidad a los placeres carnales de manos de la esposa de Potifar. Tampoco fue cuando pacientemente esperó por años abandonado en un calabozo, sino al final de su vida, cuando habló acerca de qué hacer con sus huesos: “Por la fe José, al morir, mencionó la salida de los hijos de Israel, y dio mandamiento acerca de sus huesos” (Heb. 11:22). José sabía que, aunque se encontraban en una tribulación momentánea y tremenda, po-

día confiar en el Señor y estaba convencido de que Dios tenía un propósito en medio de este final aparentemente triste.

El libro de Génesis termina a propósito de esa manera, con “un ataúd en Egipto”, para causar la pregunta: En la situación más deplorable y conflictiva, cuando piensas que el mundo se le ha salido de control a Dios, ¿confiarás en él? En medio de la muerte, maldad y dolor, ¿confiarás en que Dios es soberano y tiene un plan en medio de todo lo que acontece? Las palabras de José te ofrecen tres razones por las cuales puedes y debes confiar en el Señor, aun cuando pienses que la situación no pudiese empeorar.

Dios es más grande

Primeramente, puedes confiar en Dios porque no hay nada ni nadie mayor que él. Cuando los hermanos de José pensaron que él se vengaría ahora que su padre había muerto, José les preguntó: “¿acaso estoy yo en lugar de Dios?” (Gn. 50:19). José entendió que solamente hay uno que está por encima del universo, y que el Señor es distinto, separado y mucho mayor a todo lo que puedes ver y sentir en la tierra. Él está por encima de todo y gobierna todo, pues es más fuerte, más sabio, más poderoso y cuidadoso que cualquier persona u objeto en el universo (Is. 40:25-31). Él es quien creó, conoce y sustenta todas las cosas. Y si Dios es santo y supremo sobre el universo, puedes confiar en que no hay nada en el universo que se mueva o acontezca sin su consentimiento y voluntad.

Dios es soberano

En segundo lugar, puedes confiar en Dios porque él es soberano. José les dijo a sus hermanos: “Vosotros pensasteis mal contra mí, mas Dios lo encaminó a bien” (Gn. 50:20). Al decir que Dios “lo encaminó a bien”, no está diciendo que Dios, viendo que sus hermanos lo vendieron como esclavo, tuvo que reajustar su plan y sacar provecho de la situación. La palabra en hebreo proviene de la misma raíz que la palabra “pensar” o “diseñar” (Éx. 26:1). Describe a Dios como quien planeó de antemano todo lo que sucede en el último capítulo de Génesis: José fue esclavizado, hubo hambruna en Canaán, Israel salió de la tierra prometida y encontró mortandad en tierra foránea.

Hay días en que puedes verte tentado a pensar que estás viviendo el peor día de tu vida. Te duele hasta el alma, has sido golpeado por los huracanes de la enfermedad, te llueven tormentas de prueba y sientes la punzada de la soledad. Pero es allí, en medio de la tragedia, que puedes confiar en Dios porque él siempre planea todo para su gloria y el bien de su pueblo (Ro. 8:28). Aún el hecho de que Israel hubiera migrado a Egipto por un tiempo había sido diseñado por Dios para que la iniquidad de los cananeos llegara a su colmo (Gn. 15:16) y para preservar a su pueblo de la hambruna de Canaán y así convertirlos en una gran nación (Gn. 47:27): “para mantener en vida a mucho pueblo” (Gn. 50:20). Hoy en día, el Señor continúa gobernando sobre el mundo con su soberanía absoluta. Tras bambalinas, Dios está obrando su perfecta voluntad en todo momento y en todo lugar. Aunque a veces no sepas por qué suceden las cosas, puedes confiar en que Dios es un Dios lleno de amor y de bondad, y que siempre hará lo que es mejor (Mt. 7:11).

Dios está en control

Finalmente, puedes confiar en Dios porque él siempre tiene un plan. En fe, José prometió: “Dios ciertamente os visitará” (Gn. 50:25). En la Biblia, cuando Dios “visita” a alguien, es para intervenir divinamente a su favor (Gn. 21:1; 1 Sa. 2:21; Rut 1:6; Jer. 29:10). En efecto, 400 años después, Dios le dijo a Moisés: “En verdad os he visitado” (Éx. 3:16), demostrando así que, aunque habían pasado muchos años, Dios siempre tuvo un plan fríamente calculado, aún durante la situación más adversa y oscura. Puede ser que ni mañana ni en un año entiendas por qué suceden las cosas presentes, pero puedes estar seguro de que aquel que fue fiel y bueno ayer, lo será mañana y siempre.

Para reflexionar

Cuán difícil es confiar en el Señor a menudo; sin embargo, la realidad de que él es grande y soberano y que nada se escapa de su control debe animarte a creer y confiar, sosteniéndote en él.



Éxodo

por Aaron Gibson

*“Entonces pasó el Señor por delante de él y proclamó: El Señor, el Señor, Dios compasivo y clemente, lento para la ira y abundante en misericordia y fidelidad”
(Ex. 34:6, LBLA).*

La historia del libro de Éxodo es la historia de la fidelidad de Dios. El concepto de fidelidad va ligado a las promesas de Dios, ya que la fidelidad de alguien se mide por el cumplimiento de lo que promete. Dios siempre ha cumplido su palabra al pie de la letra. Nunca ha faltado a su palabra ni le ha fallado a nadie. Él es fiel y cumple lo que promete, a diferencia del ser humano.

Las promesas de Dios

Los pactos en el Antiguo Testamento son promesas que Dios hace a su pueblo. Por medio de los pactos, Dios promete hacerlos su pueblo, ser su Dios y morar entre ellos en una relación íntima y amorosa. Se ha dicho que el tema de Éxodo es “El pacto en acción”, ya que todo el libro demuestra cómo Dios se mantiene fiel a las promesas que hizo en Génesis a Abraham. Esta verdad se puede ver claramente en Éxodo 2:23-25:

“...y los hijos de Israel gemían a causa de la servidumbre, y clamaron; y subió a Dios el clamor de ellos con motivo de su servidumbre. Y oyó Dios el gemido de ellos, y se acordó de su pacto con Abraham, Isaac y Jacob. Y miró Dios a los hijos de Israel, y los reconoció Dios”.

Todo lo que Dios hace en la historia de Éxodo representa el cumplimiento de las promesas —el pacto— que Dios hizo a Abraham. Las promesas de Dios

no son estáticas ni vacías. Son poderosas. Son activas. Son eficaces. Cumplen todo lo que proponen. Por eso Dios afirma lo siguiente acerca de su palabra: “no volverá a mí vacía, sino que hará lo que yo quiero, y será prosperada en aquello para que la envié” (Is. 55:11).

Un rayo de esperanza

Sin embargo, cuando concluye el libro de Génesis, las promesas del pacto todavía no se han cumplido. La descendencia de Abraham todavía no es una nación grande. Aún vive en Egipto, exiliada de la tierra prometida. Para empeorar las cosas, el libro de Éxodo comienza con una noticia devastadora: la descendencia de Abraham ha sido esclavizada por un rey foráneo. Josué afirma además que en Egipto los israelitas eran idólatras, sirviendo a los dioses de sus captores (Jos. 24:14). No conocieron a Jehová, el Dios de sus padres. Este escenario parecía desesperanzador.

Entonces, la pregunta implícita después de Génesis es: ¿qué hará Dios para ser fiel a sus promesas dadas a Abraham y su descendencia? El libro de Éxodo responde, demostrando que Dios no se ha olvidado de su pacto. Por ejemplo, aunque sólo 70 personas de los hijos de Abraham llegaron a Egipto (Éx. 1:5), “los hijos de Israel fructificaron y se multiplicaron, y fueron aumentados y fortalecidos en extremo, y se llenó de ellos la tierra” (1:7). Dios hizo de ellos una nación grande. Luego, cuando la nación pelagra por Faraón, Dios los protege como le había prometido a Abraham (Gn. 12:2-3). Éxodo nos dice que “cuanto más los oprimían, tanto más se multiplicaban y crecían” (Éx. 1:12). Más adelante, cuando Faraón exigía que las parteras mataran a los niños varones de Israel, Dios los protegió y “el pueblo se multiplicó y se fortaleció en gran manera” (1:20). Aun las parteras egipcias experimentaron la fidelidad de Dios cuando protegieron a los hijos de los israelitas. Dios había dicho a Abraham: “bendeciré a los que te bendigan” (Gn. 12:3); por eso Éxodo nos dice que “Dios hizo bien a las parteras” (Éx. 1:20), e incluso “prosperó sus familias” (1:21). En todo esto Dios estaba exhibiéndose como un Dios fiel.

Siempre fiel

En Éxodo se encuentran muchas otras expresiones de la fidelidad de Dios. A

pesar de la incredulidad e idolatría de los israelitas, Dios se les reveló como Jehová, el “Yo Soy” de Israel (Éx. 6:1-6). Él nunca cambia, permanece para siempre y no depende de nada ni nadie. Todo lo que Dios hizo en estos capítulos lo hizo para que Israel tuviera certeza de una realidad fundamental: “Yo soy Jehová vuestro Dios” (6:7; 10:2). A través de las plagas Dios rescató a los Israelitas con su brazo poderoso (15:16), y comenzó su plan de llevarlos a la tierra prometida a su padre Abraham para hacer de ellos una gran nación. Después de sacarlos de Egipto, Dios declaró: “Y habitaré entre los hijos de Israel, y seré su Dios. Y conocerán que yo soy Jehová su Dios, que los saqué de la tierra de Egipto, *para habitar en medio de ellos*. Yo Jehová su Dios” (29:45-46). En Sinaí los constituyó su tesoro especial y nación santa (Éx. 19:6) —un reino de sacerdotes que, como había prometido a Abraham, sería de bendición para todas las familias de la tierra—. Además, les dio su tabernáculo como una expresión tangible de ese propósito de morar entre ellos.

¡Dios es fiel a sus promesas! Nunca ha fallado ni lo hará. Nunca ha cambiado de parecer ni lo hará. Él será fiel en cumplir lo prometido. Esa misma fidelidad que mostró y que mostrará a Israel la ha mostrado —y seguirá mostrando— contigo. Como con Israel, Dios ha establecido su pacto contigo en Cristo Jesús. Como Israel, eres parte del pueblo de Dios. Como hará con Israel, Dios “[te] ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo” (Col. 1:13). Como a Israel, él te ha hecho su tesoro especial (1 P. 2:9). De hecho, “todas las promesas de Dios son en él Sí, y en él Amén” (2 Co. 1:20).

La fidelidad de Dios tiene implicaciones para tu diario vivir. Ahora puedes confiar toda tu vida en las manos del Dios que hace promesas y que las cumple al pie de la letra. La fidelidad de Dios en Éxodo te llama a fijarte constantemente en esas promesas, creer y confiar.

Para reflexionar

Confía en Dios que es fiel, que te sostendrá y que tendrá cuidado de ti siempre. Él llevará a cabo su propósito en tu vida y nunca te fallará, sino que siempre será fiel.



Levítico

por Ángel Cardoza

“Porque yo soy Jehová vuestro Dios; vosotros por tanto os santificaréis, y seréis santos, porque yo soy santo...” (Lv. 11:44).

El pastor británico Charles Spurgeon, hablando sobre uno de sus deseos más fervientes, dijo en una ocasión que anhelaba la santidad por sobre cualquier otra bendición. Este deseo piadoso contrasta con el cristianismo antropocéntrico de estos días, en el cual la santidad no es vista como un atributo que se debe anhelar, reflejar y perseguir. Lamentablemente, la búsqueda de la felicidad centrada en el materialismo y en obtener tu mejor vida ahora —sobre todo en momentos de prueba— es el mensaje que suele prevalecer en muchos pulpitos y es el bien más deseado por muchos cristianos. Sin duda alguna, Dios quiere que vivas a plenitud sus bendiciones en todo tiempo, pero la verdadera plenitud del vivir cristiano es a través de la santidad. No hay un atributo de Dios más confortador que su santidad, ni existe una virtud más vital para el creyente que emularla.

Al comenzar el libro de Levítico el pueblo de Israel se encontraba en un momento inusual pero trascendental. Recientemente habían salido de Egipto y vivían como forasteros. Dios les había prometido una tierra, pero no sabían qué les esperaba en esa travesía. En ese momento de espera, antes de continuar con su camino, Dios establece un sistema de sacrificios enfocándose intensamente en su santidad. La santidad es un tema central y se menciona 150 veces —más que en cualquier otro libro de la Biblia—. Todos los detalles: el diseño del tabernáculo, el uso de los instrumentos, la purificación que debían llevar a cabo los sacerdotes y el pueblo, no son más que un reflejo de la santidad de Dios. Sobre cualquier otro atributo suyo, él deseaba que ellos conocieran que él es santo.

Pero ¿cómo puede un Dios santo habitar en medio de un pueblo pecador, inmundo y desobediente? El énfasis de Dios en su propia santidad implicaba más que simplemente ser separado de su pueblo. En su lugar, revelaba su deseo de que su pueblo fuera santo, así como él es santo. Era la única manera en que su pueblo podría habitar y relacionarse con él. Esta realidad es expuesta en todo el libro, es el centro de Levítico 11:44, y es relevante para ti hoy también ya que resalta dos temas trascendentales que te servirán de consuelo siempre.

Posesión del Dios santo

En primer lugar, el enfoque en la santidad evidencia la posesión de Dios sobre su pueblo: “Porque yo soy Jehová vuestro Dios”. El Señor tenía un derecho legal adquirido sobre Israel, por haberlos rescatado de la esclavitud. Él los había llevado a Egipto para hacer de ellos un pueblo —su pueblo—. Dios no fue pasivo, sino que obró activamente en la liberación de su pueblo de Egipto y lo hizo con un despliegue de señales y milagros. Él había sido su redentor y quien les cuidaría por ser ellos su posesión especial. Los israelitas podían caminar confiados, porque su dueño era el Dios todopoderoso, quien reina sobre toda su creación.

Del mismo modo, así como Israel, tú puedes confiar en que a través de Cristo eres su posesión (1 P. 2:9). Por la obra redentora de Jesucristo en la cruz, puedes confiar y estar seguro de que Dios es tu Señor soberano y tu Salvador. Esta realidad debe confortar tu corazón y debe hacerte caminar confiado en que él tiene cuidado de ti. No importa la prueba por la que atraveses, él tiene el control siempre y estás seguro en sus manos.

Comunión con el Dios santo

En segundo lugar, Dios tiene comunión con los suyos. El objetivo por el cual el pueblo de Dios debía consagrarse era para relacionarse con él. Debido a la entrada del pecado en el mundo, ninguna persona puede tener comunión con Dios por sí misma. Él es perfecto, y fuera de él solo hay imperfección. Él es luz, y fuera de él solo hay oscuridad. Él es puro, y fuera de él solo hay inmund-

dicia. Por lo tanto, esa condición fútil hace que el ser humano esté sin Dios y sin esperanza en el mundo: Él solo puede tener comunión con aquellos a quienes ha llamado a salvación.

Dios, en su gracia y misericordia, estableció una manera para hacer a su pueblo apto para tener comunión con él, y es a través de la santificación. Este llamado a la santidad es el clímax de todo el libro de Levítico. La razón de todos los minuciosos rituales de purificación, no fueron principalmente para la salud física de Israel, sino que todo esto apuntaba a algo más importante y permanente: su santificación y purificación espiritual para relacionarse con Dios. En su vagar por el desierto y en su incertidumbre, este era el bien mayor que debían buscar y el que traería mayor consuelo a sus corazones. Mientras más consagrados estuviesen hacia Dios, más comunión experimentarían con él.

A través de la obra de Cristo el creyente tiene acceso directo ante el Padre (Heb. 10:19). Para los israelitas que vivían bajo la ley, el sistema levítico no suministraba comunión perfecta y continua con Dios, pero para aquellos lavados por la sangre del cordero Jesucristo, su sacrificio los santificó eternamente. Esto quiere decir que en él tienes una posición de rectitud perfecta ante el Padre, haciendo posible que Dios habite siempre, no en medio de sus hijos, sino *en* sus hijos —en ti—. Es por esta razón que aún en medio de la mayor dificultad que atraveses, tu mayor necesidad es crecer en semejanza a Cristo. Mientras más consagrado estés al señorío de Cristo en tu vida, más firme será tu caminar sin importar la situación. “El que ve la belleza de la santidad”, escribió Jonathan Edwards, “ve la cosa más grande e importante del mundo”.

Para reflexionar

Confía en aquel que te ha comprado con precio de su sangre y que te ha apartado para él —te ha declarado santo—. Por lo tanto, vive tu vida consagrado a él, buscando agradarle en todo siempre.



Números

por Carlos Astorga

“Entonces dijo Dios a Balaam: No vayas con ellos, ni maldigas al pueblo, porque bendito es” (Nm. 22:12).

Como cristiano, vives tu vida en la encrucijada de una doble realidad. Por un lado, vives en la certeza del perdón y la salvación que Dios te ha prometido por causa del evangelio. Pero, por otro, vives también en la certeza de tu imperfección y tu rebelión cotidianas. Tu salvación no ha sido aún consumada, y por lo tanto gimes, y en ocasiones te llenas de ansiedad a causa de tu falta de santidad y devoción. Es entonces cuando te haces las siguientes preguntas: ¿cómo puede Dios amar a un pecador tan testarudo como yo?, ¿hasta dónde llegará su paciencia y su fidelidad?, ¿puede Dios verdaderamente amarme incondicionalmente tal y como soy?, ¿qué me garantiza que Dios no se cansará un día de mí? Las Escrituras responden a estas preguntas en múltiples ocasiones, pero una de las respuestas más elocuentes se encuentra en las narrativas históricas y las afirmaciones divinas contenidas en el libro de Números.

Números describe eventos selectos en el período posterior a la construcción del Tabernáculo y la proclamación de la Ley, comenzando con el censo (1-2) y el orden del campamento (2-8). Luego de celebrar la segunda Pascua en Números 9, el pueblo inicia su travesía rumbo a la Tierra Prometida bajo la dirección del Señor: “Al mandato de Jehová acampaban, y al mandato de Jehová partían...” (9:23). Más adelante se encuentra la descripción de su primera jornada en estos términos: “En el año segundo... partieron los hijos de Israel del desierto de Sinaí según el orden de marcha... Partieron la primera vez al mandato de Jehová...” (10:11-13). El versículo 13 es significativo porque, en las narraciones de Números, esta es la primera y última vez en la que los israelitas siguieron específicamente el mandato del Señor sin quejas ni murmuraciones.

La infidelidad de su pueblo

A partir de ese momento, y hasta el capítulo 22, Moisés decide presentar eventos muy selectos de la historia de Israel en el desierto durante los siguientes 40 años que tienen un tema común: la rebeldía de Israel. El capítulo 11 comienza diciendo: “Aconteció que el pueblo se quejó a oídos de Jehová” (11:1). Cuatro versículos más tarde, se encuentra el siguiente evento donde “los hijos de Israel también volvieron a llorar y dijeron: ¡Quién nos diera a comer carne!” (11:4). Luego en el capítulo 12, “María y Aarón hablaron contra Moisés... Y dijeron: ¿Solamente por Moisés ha hablado Jehová?” (12:1-2). En el capítulo 13, encontramos el evento que llevó a los 40 años en el desierto. Antes de entrar a la Tierra Prometida, Moisés envió espías a la tierra quienes reportaron que “ciertamente fluye leche y miel” (13:27). Pero además anunciaron: “No podremos subir contra aquel pueblo, porque es más fuerte que nosotros” (13:31). Tan sombrío fue su reporte que “toda la congregación gritó, y dio voces; y el pueblo lloró aquella noche. Y se quejaron contra Moisés y contra Aarón... y les dijo toda la multitud: ¡Ojalá muriéramos en la tierra de Egipto... ¿Y por qué nos trae Jehová a esta tierra para caer a espada?...” (14:1-3).

El patrón es evidente. Este es un pueblo de dura cerviz: ingrato, descontento, obstinado y desobediente. Y luego de cuarenta años, la nueva generación continuaría este patrón una y otra vez (ver 16:1-3, 13-14, 28-33; 16:41; 20:1-2, 7-12; 21:4-6) hasta llegar al capítulo 22 donde se arriba al clímax de la historia. Israel está de nuevo en la frontera de Canaán acampando en los campos de Moab. Balac, rey de Moab, tiene tanto temor que envía un mensaje al profeta Balaam diciendo: “Un pueblo ha salido de Egipto, y he aquí cubre la faz de la tierra, y habita delante de mí. Ven pues, ahora, te ruego, maldíceme este pueblo, porque es más fuerte que yo” (22:5-6). En este momento, cualquier lector que ha seguido la narración de Moisés sin interrupción, reconocerá que luego de leer los capítulos 10 al 21, no puede sino identificarse con Balac. Parece lo más lógico unirse a Balac diciendo: “¡Sí! ¡Por favor maldice a este pueblo! ¡Son insoportables! ¡¿Que lector no concluiría que este pueblo es digno de ser maldecido?! En la secuencia de las narrativas de Números, ¡la obediencia del pueblo les duró tan solo 3 días en un período de 40 años (ver Números 10:33)!

La fidelidad de Dios

Sin embargo, es aquí donde brilla la inmutable fidelidad de Dios: “Entonces dijo Dios a Balaam: No vayas con ellos, ni maldigas al pueblo, porque bendito es” (22:12). A los ojos de Dios, y en concordancia con la fidelidad a su pacto, este pueblo ingrato, descontento, obstinado y desobediente, era, simplemente, bendito. Escuchaste bien: ¡Bendito! Balaam no debía maldecir al pueblo ni tenía razón para hacerlo. Este era el pueblo *de Dios* (Deut. 7:6-9). Por el contrario, Dios ordenó a Balaam que bendijera explícita y específicamente al pueblo. No una, ni dos, sino tres veces. Y los términos de su bendición revelan inequívocamente la maravillosa gracia que se hace visible en su fiel amor: “He aquí, he recibido orden de bendecir; él dio bendición, y no podré revocarla. No ha notado iniquidad en Jacob, ni ha visto perversidad en Israel. Jehová su Dios está con él, y júbilo de rey en él” (Núm. 23:20-21).

Tan grande es la fidelidad de Dios a su palabra y su pacto con su pueblo que, a pesar de la infidelidad de ellos, él no los desampararía. Lo mismo sucede contigo, querido lector, si él es tu Señor y Salvador. Ante una verdad tan gloriosa, ¿cómo no proclamar con profunda devoción las palabras del antiguo himno!

Oh amor de Dios, su inmensidad,
Que el hombre no podía contar.
Ni comprender la gran verdad
Que Dios al hombre pudo amar.

...

Si fuera tinta todo el mar, y todo el cielo un gran papel.
Y todo hombre un escritor, y cada hoja un pincel.
Nunca podrían describir el gran amor de Dios,
Que al hombre pudo redimir de su pecado atroz.

Para reflexionar

¡El fiel amor de tu Dios y Salvador perdura para siempre! ¡Gloria a su bendito nombre! Por eso puedes vivir confiado, sabiendo que él tendrá cuidado de ti. Si eres su hijo, él nunca te dejará.



Deuteronomio

por Roberto Sánchez

“Conoce, pues, que Jehová tu Dios es Dios, Dios fiel, que guarda el pacto y la misericordia a los que le aman y guardan sus mandamientos, hasta mil generaciones” (Dt. 7:9).

Cierto domingo alabábamos a Dios por su fidelidad en la iglesia. Después de la reunión, alguien nuevo, perplejo, me preguntó: “¿Por qué ustedes hablan tanto de la fidelidad de Dios? No lo entiendo, pero noto que es correcto pensar en la fidelidad de Dios”. Deuteronomio 7:6-11 tiene la respuesta adecuada a esta interrogante y te ayudará a confiar cada vez más en tu Señor y Dios.

Un tema dominante del libro es que el Dios todopoderoso, creador del cielo y de la tierra, ha actuado en la historia llamando a un pueblo para sí mismo. Él los rescató de la esclavitud y entró en pacto con ellos pidiéndoles completa devoción. La generación previa había fallado al no creer la palabra de Dios y había muerto en el desierto. El patriarca Moisés anima a una nueva generación a ser fieles al Señor gozando de las bendiciones que acompañan la obediencia.

Un pueblo especial

Deuteronomio 7:6-11 comienza con una explicación (“porque”) del mandamiento dado en los versículos previos (1-5). Es realmente una exposición de la fórmula del pacto encontrada en la ley: “yo seré vuestro Dios, y vosotros seréis mi pueblo” (Lv. 26:12; cf. Éx. 6:7). La primera parte estipula el carácter de Dios; la segunda, declara la posición especial que Israel tiene delante de Dios. Es esa posición especial a la que el versículo 6 se refiere diciendo: “tú eres pueblo santo para Jehová tu Dios” (7:6a). Israel es un “pueblo”, un térmi-

no más íntimo y personal que solo una “nación”; además, Dios ha escogido a Israel para ser un pueblo “santo”, apartado por completo para él. Por eso Israel es “un pueblo especial, más que todos los pueblos” (7:6).

Pero, ¿por qué Israel es considerado un pueblo santo y especial? Definitivamente no tenían mérito alguno: “No por ser vosotros más que todos los pueblos os ha querido Jehová y os ha escogido, pues vosotros erais el más insignificante de todos los pueblos” (7:7). Su estatus se basaba en la obra y el carácter de Dios, puesto que Dios “[los] amó” (7:8a), “quiso guardar el juramento que [había jurado a sus] padres” (7:8b), “los sacó... con mano poderosa” (7:8c), y “[los rescató] de servidumbre” (7:8c). Todo esto fue por gracia, por el amor y fidelidad incondicionales de Dios.

De la misma forma, tu identidad no es antropocéntrica sino teocéntrica. En otras palabras, no es por lo que tú eres o haces, sino por lo que Dios es y hace. Es por eso que, como hijo de Dios, puedes gozarte en el hecho de que “Dios muestra su amor para [contigo], en que siendo aún [pecador], Cristo murió por [ti]” (Ro. 5:8; cf. Ef. 2:4-5; 1 P. 2:9-10).

Un Dios fiel

Dios amó y sigue amando a su pueblo de manera incondicional. Esto es evidente cuando Moisés, en Deuteronomio 7:9, afirma la base de su amor incondicional: “Jehová tu Dios es Dios, Dios fiel, que guarda el pacto y la misericordia... hasta mil generaciones”. Dios ama no por algo especial en aquel que es objeto de su amor, sino que es movido a misericordia por su fidelidad —¡él es fiel!—.

Pero, ¿qué significa que Dios es fiel? Moisés vincula la fidelidad de Dios con el pacto y la misericordia (9:9). Este es el tipo de amor al que se hace referencia en el Antiguo Testamento: “Aclamad a Jehová, porque él es bueno; porque su misericordia es eterna” (1 Cr. 16:34). Este es el amor eterno, bondadoso, misericordioso, fiel y leal de Dios por su pueblo. Por eso, Dios no abandona a su pueblo. Él es confiable y su palabra permanece para siempre (1 P. 1:25).

Debido a que Dios es confiable, debido a su amor incondicional e inquebrantable, Moisés insta al pueblo a “[guardar], por tanto, los mandamientos,

estatutos y decretos que yo te mando hoy que cumplas” (Dt. 7:11). Obedecer a Dios tiene sentido solamente con base en el pacto, el amor y la fidelidad de Dios. Esto no solo debe dar confianza y esperanza, sino que, como Israel, debes obedecer a Dios porque él te ha amado eternamente y no habrá “sombra de variación” (Stg. 1:17) en su amor hacia ti.

La elección por parte de Dios no puede ser una fuente de orgullo, sino de mucho agradecimiento y humildad. No hay ningún mérito en ti. No eres mejor que nadie más. Si eres de Dios es únicamente por el amor, la gracia y la misericordia de Dios. Por eso puedes estar seguro de que él nunca te abandonará, ya que él es fiel a sus promesas. El Señor es quien comienza y termina la obra divina en ti. Él “no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por [ti]”, entonces, “¿cómo no [te] dará también con él todas las cosas?” (Ro. 8:32). Gózate, puesto que “[eres] más que [vencedor] por medio de aquel que [te] amó” (Ro. 8:37).

Para reflexionar

Porque Dios es fiel puedes como cristiano vivir en victoria, confiado, sabiendo que él no te dejará y que te sostendrá fiel hasta el final. Vive con la esperanza de estar bajo la mano de un Dios fiel.



Josué

por Armando Melo

“No faltó palabra de todas las buenas promesas que Jehová había hecho a la casa de Israel; todo se cumplió” (Jos. 21:45).

Te prometo...”. ¡Cuán peligroso puede ser pronunciar estas palabras! El ser humano es falible e inconstante y tiende a romper sus promesas con facilidad. Tal parece que cumplir las promesas no es más una virtud en estos tiempos. Por eso muchas parejas, después de haberse prometido fidelidad hasta la muerte, rompen su promesa. Aún más, ¡cuántos hijos han escuchado a sus padres prometerles ir al parque o pasar tiempo con ellos, solo para ver esas promesas truncadas! Por otro lado, muchos han escuchado listas interminables de promesas por parte de candidatos políticos que nunca llegarán a cumplirse.

Una promesa rota duele, lastima y ofende. Es muy fácil lastimar a otros al romper una promesa. Por eso hay tanta desconfianza en el mundo, tanta desilusión y dolor. Sin embargo, Dios es digno de confianza; pues él es fiel. Nunca ha fallado. Nunca ha cambiado, ni ha roto una promesa. Él es completamente distinto a nosotros. Por eso puedes estar seguro en sus promesas. Por eso puedes gozarte en ellas y tener esperanza ya que nunca serás lastimado, sino que él cumplirá todo lo que ha prometido, incluyendo su propósito para tu vida.

La promesa ratificada

Después de haber sido liberado por Dios de la tierra de Egipto, Israel fue llevado hacia Canaán para poseerla, tal como el Señor había prometido. Sin embargo, el pueblo no confió en Dios. Por eso fueron disciplinados y toda aquella generación murió en el desierto. Fue la siguiente generación la que cuarenta años después entró con Josué a la tierra prometida. Cientos de años

atrás Dios había hecho un pacto con Abraham donde —entre otras cosas— le había prometido la tierra que Josué y el pueblo de Israel se dispondrían a conquistar: “A tu descendencia daré esta tierra” (Gn. 15:18). Años después, Dios ratificó la promesa a Isaac (26:4) y a Jacob (28:13). Debido a lo certero de la promesa —y a pesar de la infidelidad de Israel (Ex. 32)— Dios confirmó su palabra a Moisés: “Anda, sube de aquí, tú y el pueblo que sacaste de la tierra de Egipto, a la tierra de la cual juré a Abraham, Isaac y Jacob, diciendo: A tu descendencia la daré” (33:1).

Dios ratificó su promesa una y otra vez a lo largo de los años, incluso cuando Israel era infiel. Esto es algo impresionante, ya que Dios no alteró su plan ni cambió de opinión. Cualquier hombre se hubiese dado por vencido o, después de un tiempo, podría haberse olvidado o alterado su plan. Sin embargo, Dios no duda por un momento de la veracidad de su promesa. Era, en un sentido, un hecho consumado, ya que él es confiable y nunca falta a sus promesas (Nm. 23:19).

Las dificultades “insuperables”

No era nada sencillo que esta promesa llegara a cumplirse. Desde un punto de vista humano, era casi imposible que la descendencia de Abraham tomara posesión de Canaán. Los israelitas habían vivido por cuatrocientos años como esclavos, sin tener ningún entrenamiento militar. Sus hijos fueron nómadas por cuarenta años en el desierto, mientras que otras naciones eran “más numerosas y poderosas” (Dt. 9:1) que ellos. También, los espías enviados años atrás por Moisés brindaron un reporte desesperanzador (Nm. 13:32-33). Además, por si lo anterior fuera poco, Israel estaba en constante rebeldía y se caracterizaban a menudo por una continua falta de fe.

El Dios que cumple

Los capítulos 1 y 21 del libro de Josué tienen una relación directa entre ellos y con esta verdad: Dios cumple sus promesas. En el primer capítulo, Dios confirma de nuevo la promesa a Josué y al pueblo: “levántate... a la tierra que yo les doy a los hijos de Israel” (Jos. 1:2). Dios no se había olvidado de ellos.

A pesar de todas las dificultades, a pesar de ellos mismos, el Dios fiel cumpliría su palabra (21:45): “De esta manera dio Jehová a Israel toda la tierra que había jurado dar a sus padres, y la poseyeron y habitaron en ella” (21:43). Sin embargo, este no es el cumplimiento final de la promesa, sino que será poseída en su totalidad en el reino mesiánico (Jer. 16:15).

Para el pueblo era una misión imposible. Reinaban las dificultades. Pero Dios prometió estar con ellos (Jos. 1:5), asegurando el cumplimiento de su promesa (1:6). Como resultado, en los primeros capítulos de Josué (1–12) se describen diversas batallas que resultaron en victorias impresionantes sobre sus enemigos, ya que “ninguno de todos sus enemigos pudo hacerles frente, porque Jehová entregó en sus manos a todos sus enemigos” (Jos. 21:44). El libro de Josué es un relato vívido del cumplimiento de Dios a una promesa muy antigua que él nunca olvidó. Es reconfortante saber que Dios es confiable. Él nunca cambia y lo que promete lo cumple aún a pesar de las aparentes complicaciones que sus hijos puedan percibir.

Dios promete estar con sus hijos “todos los días hasta el fin del mundo” (Mt. 28:20). Por eso puedes acudir a él en cualquier momento, ya que hallarás descanso (Mt. 11:28), él tendrá cuidado de ti siempre porque eres valioso para él (Mt. 6:26). Todo lo que ha prometido será fiel en cumplirlo, por eso puedes “[estar] seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada [te] podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús [tu Señor]” (Ro. 8:38-39). Así como “todo se cumplió” (Jos. 21:45) con Israel, Dios cumplirá fielmente todas sus promesas.

Para reflexionar

Así como Dios ha cumplido sus promesas, él cumplirá su propósito en ti. Nunca te fallará ni dejará de cumplir lo que ha prometido para ti. Confía en él y vive seguro, sabiendo que eres suyo.



Jueces

por Josué Barrios

“Y cuando Jehová les levantaba jueces, Jehová estaba con el juez, y los libraba de mano de los enemigos todo el tiempo de aquel juez; porque Jehová era movido a misericordia por sus gemidos a causa de los que los oprimían y afligían. Mas acontecía que al morir el juez, ellos volvían atrás, y se corrumpían más que sus padres, siguiendo a dioses ajenos para servirles, e inclinándose delante de ellos; y no se apartaban de sus obras, ni de su obstinado camino” (Jue. 2:18–19).

Todo parecía marchar bien para Israel. Ya había terminado el peregrinar en el desierto y estaban empezando a poseer la tierra prometida. El Señor estaba con ellos y les daba la victoria en sus batallas, de manera que el líder Josué podía decirle a todo el pueblo “...que no [había] faltado una palabra de todas las buenas palabras que Jehová [su] Dios había dicho de [ellos]; todas [les habían] acontecido, no [había] faltado ninguna de ellas” (Jos. 23:14). Sin embargo, las cosas empezaron a cambiar cuando Josué murió.

¿Sin esperanza?

Lo que pasó luego nos recuerda cuán profunda es la realidad del pecado en el corazón del hombre —pues por sí mismo no es mejor que los israelitas en días de los jueces—, y al mismo tiempo muestra cuán abundante es la fidelidad de Dios. La nación se apartó de Dios y llegó a un punto en el que se inclinó a otros dioses. Empezó a vivir como las otras naciones en vez de vivir para la gloria del Señor. Por lo tanto, Dios trajo juicio tal como prometió: “Y se encendió contra Israel el furor de Jehová, el cual los entregó en manos de robadores que los despojaron, y los vendió en mano de sus enemigos de alrededor; y no pudieron ya hacer frente a sus enemigos” (Jue. 2:14). ¿Qué hizo el pueblo de Israel entonces? Lo que tú y yo seguramente hemos hecho más de una vez, aunque no nos gustaría admitirlo: clamar al Señor para que nos libre

de nuestras circunstancias adversas, no porque ahora amemos más al Señor, sino porque odiamos nuestras condiciones.

A pesar de eso, Dios fue paciente y bondadoso. Él levantó jueces en Israel que trajeron alivio a la aflicción del pueblo, dándoles victoria y períodos de libertad de la opresión enemiga. El pueblo, en respuesta, debía cambiar su forma de conducirse. Debía volver a Dios de todo corazón, con sinceridad. Jueces 2:18-19 es evidencia de que el pueblo no se volvía hacia Dios. En cambio, perseveraba en su maldad. Todo el libro de Jueces es una espiral de descenso moral. A medida que avanza la historia, los jueces son cada vez más imperfectos e impíos, usados por Dios a pesar de ellos mismos y contra todo pronóstico, en medio de una situación de anarquía en la que todos en la nación hacían lo que bien les parecía (21:25). Todo esto sugería que no habría esperanza de cambio para el pueblo.

El rayo de esperanza

Es precisamente en medio de tales circunstancias que brilla la fidelidad de Dios. ¿Por qué? Porque él no acabó por completo con Israel, como la nación bien merecía por su pecado, sino que les extendió misericordia. Y lo hizo una y otra vez. Lo hizo para avanzar su plan de redención en este mundo por medio del Salvador eterno que nacería de esta nación. La fidelidad de Dios permaneció a pesar del pecado de su pueblo. Por eso Jueces es un fiel recordatorio de cómo la gracia de Dios es más abundante de lo que cualquiera podría imaginar, y cómo sus propósitos siempre se cumplen, aunque por momentos él parezca ausente y todo luzca perdido a nuestro alrededor.

¿Cómo puede esto llenarte de esperanza en tus días difíciles, cuando has pecado, o te sientes abrumado al ver que la maldad en este mundo parece reinar? Puedes descansar en que el Dios que fue fiel a sus propósitos durante uno de los períodos más trágicos de la vida de su pueblo es el mismo Dios que sigue fiel a su plan para tu vida hoy. Puedes estar seguro de eso porque él levantó para ti un juez perfecto, el Señor Jesucristo, quien vivió, murió y resucitó por ti. Él te perdona con su gracia abundante, te libra definitivamente de tus mayores enemigos, y además es capaz de hacer lo que ningún hombre pudo hacer

en tiempos del Antiguo Testamento: cambiar tu corazón para que ahora puedas vivir una vida consagrada al Señor (cp. Jer. 31:31-34; Mt. 26:28).

El último versículo de Jueces no fue el final de la historia bíblica porque la cruz y tu salvación siempre estuvieron en el designio eterno de Dios para Israel y para ti. De igual forma, tus crisis y momentos difíciles presentes no son el final de la historia si has sido redimido por el Salvador, le amas y dependes de su gracia. Medita en esto a diario, pues necesitas recordarlo una y otra vez. Descansa en la fidelidad de Dios, gózate en su gracia y busca vivir en adoración a él (cp. 1 P. 1:16-19). Cuando todo a tu alrededor parezca ir de mal en peor, y te sientas hundido y abandonado por Dios, levanta los ojos: ¡Tienes un Salvador glorioso que es fiel a su promesa! El sufrimiento y la maldad en este mundo tienen sus días contados. Dios sigue siendo fiel a su propósito, como también lo fue en tiempos de los jueces.

Para reflexionar

Dios es fiel siempre; por lo tanto, nunca debes temer. A pesar de los momentos difíciles pero temporales de esta vida, recuerda que tu Dios es fiel y que en él hay esperanza, gozo y paz.



Rut

por Daniel Puerto

*“Lado sea Jehová, que hizo que no te faltase hoy pariente,
cuyo nombre será celebrado en Israel” (Rut 4:14).*

Dios es soberano sobre la historia. Él está llevando a cabo su plan. El mundo y la humanidad no están siendo gobernados por el azar ni por el destino ni por la suerte, sino por Dios. El libro de Rut permite ver eso con toda claridad. Los eventos ahí narrados se desarrollaron en uno de los peores momentos de la historia de Israel: “en los días que gobernaban los jueces” (Rut 1:1), donde “cada uno hacía lo que bien le parecía” (Jue. 21:25). Era un tiempo de anarquía, idolatría y pecado en la nación. Pero Dios siempre está en control y él tiene su remanente fiel.

¡Qué panorama!

Elimelec era esposo de Noemí. Ellos tenían dos hijos: Mahlón y Quelión. Toda la familia era de Belén de Judá (Rut 1:2). El nombre Belén significa “casa de pan”, pero paradójicamente no había pan en la casa de pan (Rut 1:1). Debido a esa situación de necesidad, Elimelec decidió mudarse a Moab, una nación idólatra y enemiga del pueblo de Dios. Por otro lado, esta familia enfrentaba un escenario en extremo difícil por el nombre que le dieron a sus hijos: Mahlón significa “débil” o “enfermo” y Quelión significa “llegar a su fin” o “mortalidad”. Esta era la identidad de los jóvenes. ¡Vaya panorama al que se enfrentaban!

El panorama empeoró: Elimelec, líder de la familia, murió en Moab. Además, Mahlón y Quelión se casaron con dos mujeres moabitas, Orfa y Rut. Diez años después, murieron también los dos hijos, quedando sola Noemí con sus dos nueras (Rut 1:5). La muerte de todos los hombres en una familia significaba que ya no estaban los responsables de mantener el nombre y la

descendencia familiar y ya no estaban quienes debían proveer para los suyos. Además, la viudez en ese tiempo significaba casi la muerte.

Ante ese panorama, Noemí tomó la decisión de regresar a Belén porque oyó que Jehová había provisto pan a la casa de pan (Rut 1:6). Ella rogó a sus nuevas que regresaran a su tierra. Orfa sí regresó a casa de sus padres, pero Rut no. Rut dijo a Noemí: “No me ruegues que te deje, y me aparte de ti; porque a dondequiera que tú fueres, iré yo, y dondequiera que vivieres, viviré. Tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios mi Dios” (Rut 1:16).

Cuando Noemí entró a Belén, su dolor y amargura eran tan grandes que dijo: “No me llaméis Noemí, sino llamadme Mara” (Rut 1:20). El nombre Noemí significa “placentera” o “dulce”. El nombre Mara significa “amarga” o “amargura”. No eran días fáciles. El dolor de Noemí era horrible. Pero en todo momento ella sabía que Dios estaba en control (Rut 1:13, 20).

¡Qué desenlace!

¿Cómo se mantendrían económicamente dos viudas recién llegadas a Belén? Por la gracia de Dios, ellas llegaron “al comienzo de la siega de la cebada” (Rut 1:22). Esto es a finales de marzo o inicios de abril. Rut, siendo una mujer esforzada y trabajadora, fue a buscar alimento para ella y para su suegra. No fue por casualidad que de todos los campos que se estaban cultivando, ella llegó a un campo que “era de Booz” (Rut 2:3). Rut no tenía idea, pero Dios estaba en control. Booz era un hombre de muchos recursos económicos, generoso, bondadoso y piadoso (Rut 2:1, 4-16). Pero no solamente eso: Booz “era de la familia de Elimelec” (Rut 2:1, 3). Dios estaba cuidando de cada detalle.

Además, Booz era pariente redentor (Rut 2:20). La palabra “pariente” es traducción de la palabra hebrea *goel*. Un *goel* era más que un familiar. Este era un pariente que podía rescatar, liberar y redimir. Un *goel* era un varón que guardaba el honor familiar. Dependiendo de la situación, él podía casarse con la viuda de uno de sus familiares fallecidos para dejarle descendencia. Esa noche, Rut llegó a casa de Noemí con un efa de cebada (Rut 2:17), lo cual equivale a entre 14 y 18 kilos de cebada. Con esto, las viudas tendrían comida asegurada para muchos días.

Booz decidió llevar a cabo su rol de pariente redentor y se casó con Rut para rescatar el nombre de la familia de Elimelec y redimir a las viudas que tanto habían sufrido (Rut 3-4). Entonces “Jehová le dio [a Rut] que concibiese y diese a luz un hijo” (Rut 4:13). Este niño se llamó Obed (Rut 4:17).

Si la historia terminara ahí, ya tendría el lector de qué maravillarse. Después de tanto dolor, Dios regaló a Noemí y a Rut un hogar, seguridad, paz y un nieto (a Noemí) e hijo (a Rut). Pero la narración continúa. Obed fue padre de Isaí e Isaí de David. ¡Sí, el dulce cantor de Israel (2 S. 23:1) y el varón conforme al corazón de Dios (1 S. 13:14)!

Dios está en control

Dios está en control de tu vida y está llevando a cabo su plan. No hay nada que se escape de su mano, él todo lo conoce y lo controla. Dios toma lo que parece ser malo, y lo usa para tu bien y su gloria. En el caso de Rut y Noemí, Dios transformó su situación extrema en la ocasión por medio de la cual los bisabuelos de David se conocieron y se casaron. Sin Rut y Booz se pierde la línea genealógica de los reyes de Israel, se pierde casi la mitad de la historia de Israel, se pierde la mayoría de los Salmos (porque David los escribió) y se pierde Proverbios, Eclesiastés y Cantares (porque fueron escritos por Salomón, hijo de David). Sin ellos no tendrías al gran Redentor Jesucristo ni de la gran salvación que se ofrece en él.

Nada en esta vida sucede por suceder. Dios está obrando para su gloria y el bien de quienes le aman (Ro. 8:28). Nada sucede por casualidad, por karma o por el destino. Dios está moviendo la historia hacia el gran final: glorificar su nombre y que sus redimidos se gocen en su presencia para siempre. Confía en él.

Para reflexionar

No importa la circunstancia por la que atraveses, el Señor siempre está en control, cuidándote, sosteniéndote y amándote. Solo confía y nunca dudes de su palabra.



En ti confiaré

1 Samuel

por Samuel Hornbrook

*“No hay santo como Jehová; porque no hay ninguno fuera de ti,
y no hay refugio como el Dios nuestro” (1 S. 2:2).*

¿Qué es lo que cautiva tu atención de tal manera que olvidas todo lo demás por el asombro, admiración, emoción y gozo que sientes al contemplarlo? Dios es quien te debe impresionar más porque él es el único Dios creador, santo, bueno, justo, poderoso, amoroso y fiel. Nada ni nadie se le compara. Impresionarse más por cualquier otra persona o cosa, es ser engañado y desviado de la verdad. Ese camino, esa idolatría, conduce únicamente al castigo eterno como enemigo del único Dios verdadero. Al observar las vidas de algunos personajes clave en el libro, 1 Samuel te ayudará a examinar tu corazón para ver si realmente estás dando a Dios el lugar que le corresponde en tu corazón.

La historia de Ana

El libro de 1 Samuel empieza con Ana. Ella era creyente en el Dios de Israel, pero era estéril y luchaba con el deseo de tener y criar hijos. Aumentaba más y más su tristeza y vergüenza ante los comentarios crueles de Penina, la otra esposa de su marido, quien sí tenía hijos. Ana se quedaba tan angustiada que, a veces, dejaba de comer. Pero un día hubo un cambio importante en su perspectiva: llevó su tristeza a Dios y puso su confianza en él, entendiendo que él era mucho más impresionante y grande que su angustia. Esto la llevó a prometerle a Dios, que, si él le daba un hijo, ella lo dedicaría, desde pequeño, a servir a Dios “todos los días de su vida” (1 S. 1:11).

A partir de ese momento, Ana ya no se turbó por lo que no tenía. En 1 Samuel 1:18 se dice que “comió, y no estuvo más triste”. Después de esto Dios

la bendijo con un hijo a quien llamó Samuel. El cambio en el corazón de Ana se refleja en el hecho de cumplir con su promesa con gozo. En lugar de volver a estar triste al quedarse nuevamente sin hijos, Ana dejó muy en claro lo que había impresionado su corazón. Al despedirse de su pequeño hijo, cuando lo dejó en el templo, ella cantó: “Mi corazón se regocija en Jehová. Mi poder se exalta en Jehová. Mi boca se ensanchó sobre mis enemigos, por cuanto me alegré en tu salvación. No hay santo como Jehová; porque no hay ninguno fuera de ti, y no hay refugio como el Dios nuestro” (2:1-2). Ana se gozó en la fidelidad de Dios.

La historia de Saúl

Otro personaje de quien puedes aprender en 1 Samuel es el rey Saúl, el primer rey de Israel. Él es un ejemplo de lo que no debe ocurrir en tu corazón. En lugar de ser impresionado por Dios, Saúl quería ser impresionante ante la gente. En 1 Samuel 15, después de desobedecer las claras instrucciones de Dios y ser rechazado por Dios, Saúl no se arrepintió de corazón. Aunque varias veces en este libro Saúl decía haber pecado y pedía perdón, lo que más le importó fue quedar bien delante del pueblo.

Lo que más le impresionaba a Saúl era lo que la gente decía de él y no lo que Dios decía de él. En 1 Samuel 15:30, Saúl le dijo a Samuel: “te ruego que me honres delante de los ancianos de mi pueblo y delante de Israel, y vuelvas conmigo para que adore a Jehová tu Dios”. Su adoración en ese momento no estaba enfocada en la grandeza de Dios. Estaba enfocada en cuidar la apariencia de piedad. Durante el resto del libro de 1 Samuel, Saúl reflejó un corazón corrupto y necio que buscaba ser visto como un rey impresionante. Siempre buscaba su propia gloria y buscaba eliminar a los que trataban de honrar al Señor, aunque fuera su propio hijo (20:33) o su súbdito más leal: David (18:11).

La historia de David

Cuando Dios envió al profeta Samuel a ungir al que tomaría el lugar de Saúl, Samuel estaba a punto de elegir al hijo mayor de Isaí, porque era impresionante en apariencia. Entonces “Jehová respondió a Samuel: No mires a su

parecer, ni a lo grande de su estatura, porque yo lo desecho; porque Jehová no mira lo que mira el hombre; pues el hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Jehová mira el corazón” (16:7). Dios escogió al pequeño e insignificante David, porque era “un varón conforme a su corazón” (13:14).

En 1 Samuel 17 se detalla lo que impresionaba al corazón de David. El gigante Goliat era intimidante para Saúl, los hermanos mayores de David y todo el ejército de Israel. Goliat medía casi tres metros de alto, su armadura parecía impenetrable y era un campeón experimentado. Sin embargo, cuando el pequeño David escuchó a Goliat maldecir y retar al ejército de Israel, no temió. No se dejó impresionar, sino que dijo: “¿quién es este filisteo incircunciso, para que provoque a los escuadrones del Dios viviente?” (17:26). David sabía que Dios no usa a las personas por ser impresionantes. Él dijo: “Jehová no salva con espada y con lanza” (17:47). David sabía que tampoco era su propia virtud ni fuerza la que movía a Dios a usarlo. Confiaba en que Dios derrota a sus enemigos por medio de los humildes que confían en él. David se consideraba un siervo del Dios viviente. La victoria de David sobre Goliat y los filisteos es una gran lección que muestra la importancia de la fe que reconoce la fidelidad de Dios en honrar su propio nombre y en cuidar a los que confían en él.

Lo que resalta en la vida de David es su confianza en el plan de Dios. Nunca se atrevió a eliminar al rey Saúl, aunque tuvo oportunidades de hacerlo. Saúl lo persiguió, haciendo que la vida de David fuera muy difícil. Pero tal como sucedió con Ana, David eligió encontrar su asombro y su satisfacción en Dios. Eso lo convirtió en un hombre conforme al corazón de Dios. Que Dios te dé un corazón como el de Ana, Samuel y David, quienes no se dejaron impresionar por cosas vanas, sino únicamente por la fidelidad del omnipotente Dios.

Para reflexionar

Debes vivir confiado en el plan de Dios. Ten fe en él y vive anclado a él y su palabra. Maravíllate en su fidelidad y vive con la certeza de saber que estás en sus manos en cada momento.



2 Samuel

por Diego Naranjo

“En mi angustia invoqué a Jehová, y clamé a mi Dios; [Él] oyó mi voz desde su templo, y mi clamor llegó a sus oídos” (2 S. 22:7).

Seguramente la mayor parte de las personas han sentido angustia en algún momento de sus vidas. La angustia puede ser descrita como un estado de aflicción, intranquilidad o ansiedad, que es ocasionada por la amenaza de o temor a una fatalidad, peligro o desgracia. Debido a que suele presentarse con sudoración, agitación o falta de aire, la raíz de su nombre tiene que ver con algo estrecho, angosto, o apretado.

El rey David conoció la angustia desde su juventud al ser perseguido injustamente por Saúl, quien buscaba acabar con su vida. Dicha persecución se extendió por muchos años. Sin embargo, los problemas de David no terminaron con la muerte de Saúl. Durante los años de su reinado se vio asediado por fuertes y poderosos enemigos: los moabitas, los amonitas, los edomitas, los sirios y los filisteos. Todos ellos fueron motivo de gran angustia para David. El capítulo 22 de 2 Samuel es un canto de alabanza escrito posiblemente cuando David estaba en el ocaso de su vida. Goza de gran relevancia, ya que en este capítulo David describe cómo fue librado de sus enemigos y cómo actuaba él en momentos de tribulación. Ya sea que estés experimentando algún grado de ansiedad o no, podrás sacar provecho no solo de esta meditación, sino también de todo el capítulo.

Reconoce tu debilidad

Al inicio de 2 Samuel 22:7 encontramos esta frase: “En mi angustia”, dando a entender que David no se ocultó tras una falsa apariencia de ser un hombre inquebrantable. David fue transparente durante su vida. Expresó su angustia

cuando murieron Saúl y Jonatán: “Angustia tengo por ti, hermano mío Jonatán” (2 S. 1:26). Sus hombres lo vieron llorar de dolor, incluso humillándose ante Dios cuando pecó: “Entonces David dijo a Gad: En grande angustia estoy; caigamos ahora en mano de Jehová, porque sus misericordias son muchas, mas no caiga yo en manos de hombres” (24:14). Numerosos fueron los hombres que vieron al rey acudir frecuentemente a los pies de su Señor, inclusive cuando todo parecía ya perdido.

El creyente honesto y maduro reconoce cuando está viviendo momentos de angustia, y no trata de mostrarse fuerte cuando en verdad está débil y necesita la ayuda de otros creyentes. La enseñanza secular de que un líder no debe mostrarse frágil es contraria a la transparencia con la que se presentan los siervos de Dios en la Biblia. La Biblia en ningún momento trata de ocultar las debilidades de ellos. Jacob, por ejemplo, reconoció haber vivido angustia (Gn. 35:3). También José, Elías, Job y el mismo Señor Jesucristo expresaron haber transitado por momentos de aflicción.

Al igual que David, cuando experimentes quebranto, no aparentes ser fuerte. Más bien acude al Señor con tu debilidad y comparte tu carga con tus hermanos en Cristo. En esos momentos es un gozo saber que podrán “[sobrellevar] los unos las cargas de los otros” (Gá. 6:2). Por lo tanto, el primer paso para librarte de la aflicción es reconocer tu debilidad, tu estado de insuficiencia. No fuiste creado para ser independiente. Por eso Pablo escribió: “Por lo cual, por amor a Cristo me gozo en las debilidades, en afrentas, en necesidades, en persecuciones, en angustias; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte” (2 Co. 12:10).

Ora con fe

Una vez has reconocido tu debilidad en el momento de angustia, debes acudir en oración ante la presencia de Dios. David lo hizo: “En mi angustia invoqué a Jehová, y clamé a mi Dios” (2 S. 22:7). No fueron las alianzas estratégicas con otros reinos lo que llevó a David a la victoria. No fue su fuerza, ni su poderío militar. Fue Dios quien lo libró de todos sus enemigos. En palabras de David: “Estos confían en carros, y aquellos en caballos; mas nosotros del nombre de Jehová nuestro Dios tendremos memoria” (Sal. 20:7).

El triunfo de David sobre la angustia —ante la inminente presencia de sus enemigos— se ve en la confianza que tenía en su Dios. Varios ejemplos de esa fe se evidencian en 2 Samuel 22: “Jehová es mi roca y mi fortaleza” (22:2); “en [él] confiaré... Salvador mío” (22:3); “Invocaré a Jehová... y seré salvo de mis enemigos” (22:4); “Jehová fue mi apoyo” (22:19); “escudo es a todos los que en [él] esperan” (22:31); “Dios es el que me ciñe de fuerza” (22:33). David tenía fe en su Dios.

El camino para ser librado de la angustia no depende de hombres, medicamentos, dinero ni poder, sino de Dios, a quien debes clamar continuamente. La dependencia de tu Señor Jesucristo debe ser tal como él lo enseñó. En otras palabras, así como las ramas dependen de la planta de la vid, así debes depender de él. Si así lo haces serás alimentado y sostenido, incluso ante la presencia de fuertes tormentas que lleguen a tu vida. Si dependes diariamente de tu buen Padre y esperas en él, él te va a sostener y va a remover toda plaga nefasta que estorbe tu crecimiento espiritual.

Regocíjate en Dios

No existen palabras tan reconfortantes como estas: “Él oyó mi voz desde su templo, y mi clamor llegó a sus oídos” (22:7). El cuadro es precioso: El Rey de reyes que está sentado en su trono, y que es adorado por serafines, se toma el tiempo para inclinarse y escuchar a un indigno ser humano débil y pecador. Esto es sencillamente conmovedor. Además, no solo lo escucha, sino que él mismo acude a él en su ayuda y lo libra de todas sus zozobras, tal como lo hizo con David: “[Extendió] su mano desde lo alto, tomó la mía y me sacó del mar profundo” (22:17).

Para reflexionar

En el tiempo de angustia confía en tu Dios, acude a él y depende de él. Él está presto para ayudarte, alentarte y sostenerte. Nunca estarás por tu cuenta si eres su hijo. Por lo tanto, gózate en su verdad.



1 Reyes

por Héctor Salcedo

“...Y he aquí Jehová que pasaba, y un grande y poderoso viento... pero Jehová no estaba en el viento. Y tras el viento un terremoto; pero Jehová no estaba en el terremoto. Y tras el terremoto un fuego; pero Jehová no estaba en el fuego. Y tras el fuego un silbo apacible y delicado. Y cuando lo oyó Elías, cubrió su rostro con su manto, y salió, y se puso a la puerta de la cueva...” (1 R. 19:11-13).

El profeta Elías es un personaje muy conocido. Fue un valiente mensajero de Dios hacia su pueblo en uno de los momentos más oscuros, espiritualmente hablando. El rey Acab gobernaba junto a su infame esposa Jezabel, y la idolatría a Baal se había extendido por toda la tierra.

Siendo testigo de la obra de Dios

Luego de profetizar una sequía (1 R. 17:1), Elías se esconde junto al arroyo de Querit y es alimentado por cuervos por un tiempo. Una vez seco el arroyo, Dios lo dirige a Sarepta (17:9) y vive bajo el techo de una pobre viuda y su hijo. Allí sería testigo junto a ellos, del milagro diario de harina y aceite que no se agotaban (17:14). Se estima que Elías estuvo un período de tres años entre el arroyo de Querit y su estancia en Sarepta. Al final de dicho período, Dios hace que se encuentre con Acab para confrontar la idolatría que se había extendido bajo su reinado. De hecho, Elías propone un “duelo” con unos 450 profetas de Baal en el monte Carmelo.

Dicho duelo es quizás el momento “cúspide” en el ministerio de Elías. El duelo consistía en que el dios que respondiera con fuego e hiciera quemar unos bueyes colocados en un altar (18:23-24), sería el Dios verdadero y sería digno de ser adorado. Tal y como era de esperar, a pesar de los diversos y prolongados intentos de los profetas de Baal, no hubo respuesta de parte de sus dioses.

Cuando Elías invocó a Dios el fuego consumió no sólo “el holocausto”, sino también “la leña, las piedras y el polvo”, e incluso el agua (18:38). Nuevamente, Elías era testigo del poder sobrenatural de Dios a través de otra respuesta milagrosa.

Sucumbiendo ante el temor

Debido a que Elías fue testigo en múltiples ocasiones del poder soberano de Dios, se podría suponer que era un hombre con una fe incommovible y una confianza absoluta en el poder y cuidado de Dios. No obstante, 1 Reyes 19:3 afirma que Elías tuvo miedo y “se levantó para salvar su vida”, ante la amenaza de Jezabel (19:2). Esta amenaza sucedió inmediatamente después del desafío que Elías tuvo con los profetas de Baal. Es increíble que, ante la victoria contundente, el profeta de Dios fuera intimidado por la amenaza de esta mujer. Pero Elías era humano, pecador y caído. Su fe, al igual que todo hijo de Dios, tenía fluctuaciones que hacían tambalear su fe y confianza en Dios.

Puede que te preguntes: ¿cuál fue la razón de la fluctuación en la fe y la confianza de Elías? Una primera razón —aunque no por ello la más importante— es que Elías se acostó “debajo del enebro [y] se quedó dormido” (19:5). Luego un ángel lo levanta, le da algo para comer y Elías se duerme de nuevo (19:7). El ángel lo despierta de nuevo y lo alimenta; entonces Elías sigue su camino. Por lo visto Elías estaba físicamente exhausto, agotado y además hambriento. Es posible que este estado físico haya conducido a Elías a una falta de fortaleza para resistir la amenaza de Jezabel. Puede suceder que, por descuido de tu descanso y estado físico, te encuentres física y emocionalmente débil para resistir los momentos difíciles. El descanso es un mandato de Dios y un reconocimiento de tus limitaciones. Descansar y tener un cuidado físico es, no sólo necesario, sino también un acto de humildad. Una segunda razón fue su desenfoque en Dios y de la forma en que Dios trabaja. Puede que te preguntes en qué habrá estado enfocado Elías cuando huyó de Jezabel. ¿Se olvidó acaso del Dios que detuvo la lluvia, que envió cuervos a alimentarlo, que multiplicó la harina y el aceite y que dio la victoria sobre 450 profetas de Baal? Es patético la forma en que el ser humano olvida las portentosas obras de Dios en su vida cuando se presenta un nuevo desafío. Para Elías, en el momento de su huida, Jezabel fue más grande que Dios. Entonces tuvo que huir. Su desenfoque en Dios lo traicionó.

Confiando en Dios

Esta historia revela que Elías no solo se cansó y se desenfocó, sino que, en cierto sentido, también se decepcionó con los propósitos de Dios. Elías llega al monte Horeb, entra en una cueva y Dios lo cuestiona por estar ahí (19:8-9). Elías responde haciéndose la víctima, afirmando que había quedado solo (19:10). Hay decepción en sus palabras, pues Abdías había escondido a 100 profetas del Señor (18:4). Parecería que Elías estuviera decepcionado con los resultados del plan de Dios. Elías está “informando” a Dios del “fracaso del plan divino”. Ante dicha declaración, la respuesta de Dios no se hizo esperar. Un viento fuerte, un terremoto y fuego son producidos de manera sobrenatural frente a Elías, pero se nos dice que el Señor no estaba en ninguna de estas manifestaciones. Pero luego vino “el silbo apacible y delicado” (19:13). Fue entonces cuando Elías se cubrió el rostro con su manto, porque reconoció que Dios se había revelado. Dios siempre está en control, aun cuando no sea de la manera que se espera.

Los fenómenos de los que fue testigo Elías demuestran claramente que Dios no siempre trabaja en formas que son dramáticas y visibles. Quizás Elías esperaba que luego de su victoria sobre los profetas de Baal, Dios destronaría de manera inmediata a Acab y Jezabel, trayendo un arrepentimiento de todo el pueblo. Pero eso no ocurrió. Por lo visto, Elías se sintió desanimado y decepcionado porque Dios no respondió como él quiso. El hecho de que no puedas detectar la forma en que Dios trabaja no quiere decir que él no esté obrando. Es precisamente eso lo que indica el “silbo apacible y delicado” (19:12). Aun cuando no puedas “sentir, palpar o ver” a Dios o su obrar, espera confiado en él.

Para reflexionar

Dios opera de maneras que muchas veces no entenderás. Debes vivir confiado en su voluntad. Cree su palabra, busca conocerlo más y vive agradecido y en paz, sabiendo que él sabe lo que es mejor.



2 Reyes

por Jérémie Roy

*“Con todo eso, Jehová no quiso destruir a Judá, por amor a David su siervo, porque había prometido darle lámpara a él y a sus hijos perpetuamente”
(2 R. 8:19).*

Santiago era un hombre importante que formaba parte de una familia que poseía una gran cantidad del negocio de ganado de su país en América Latina. Pero cuando cambió el gobierno, lo perdieron todo. Por otro lado, Luis, viviendo en el caribe, tenía un buen negocio en la zona turística. Pero vinieron tiempos políticos y económicos difíciles que hicieron que, como Santiago, perdiera todo económicamente. En este mundo bajo la maldición del pecado, hay muchas dificultades. A veces las pruebas surgen por nada más que vivir bajo un mundo pecador, a pesar de uno serle fiel a Dios. Otras veces, uno es directamente afectado por el pecado de otro, y otras veces, las pruebas son consecuencias del pecado de uno. Los ejemplos anteriores hablan de dificultades económicas, pero hay dificultades de todo tipo. El cristiano no está exento de sufrir dificultades, pero al ver tanto pecado y maldad al derredor, debe recordar las promesas de Dios y su fidelidad.

Un pueblo infiel, un Dios fiel

El libro de 2 Reyes presenta al pueblo de Dios en pecado contra él. Pocos de los líderes fueron fieles a Dios y, los pocos que hicieron bien, siguieron adorando a otros dioses a la misma vez. Pero la gran mayoría vivieron en rebelión. El libro presenta a Dios como santo y soberano juez, también como fiel y misericordioso. En 2 Reyes 8:19, el versículo inicia diciendo: “con todo eso”. “Eso” hace referencia a la maldad de los reyes de Judá e Israel. A continuación, el versículo indica que a causa del pacto que Jehová hizo con David, seguiría fiel para con Judá: “Jehová no

quiso destruir a Judá, por amor a David su siervo, porque había prometido...” (2 R. 8:19). ¡Qué contraste observar la infidelidad del pueblo y la fidelidad de Dios!

Ante lo sucedido con Judá, puede que alguien se pregunte hasta qué punto es Jehová misericordioso. Después de todo, Jehová decide destruir a Judá por sus pecados —aunque no por completo— mandando a ejércitos contra ella (24:2-3). Luego, bajo el rey Joaquín, Judá es llevada cautiva a Babilonia (24:10-17). Sin embargo, se debe hacer notar que, a pesar de la destrucción y cautividad por el justo juicio de Dios, él guarda su pacto con David; por lo tanto, su promesa y su fidelidad permanecen. La línea de David sigue existiendo porque el rey de Judá, Joaquín, es librado por el nuevo rey de Babilonia (25:27-30). Dios es fiel y cumple sus promesas.

La promesa inquebrantable

La promesa a la que se hace referencia en 2 Reyes 8:19 es una promesa eterna que Dios hizo a David en 2 Samuel 7:12-16: “Y será afirmada tu casa y tu reino para siempre delante de tu rostro, y tu trono será estable eternamente” (2 S. 7:16). Esta promesa es una promesa incondicional: el Señor no puso condiciones para el cumplimiento, sino que dio su palabra unilateralmente. Esto quiere decir que pase lo que pase, él cumplirá. La promesa es eterna: “porque había prometido darle lámpara a él y a sus hijos perpetuamente” (2 R. 8:19). Lo perpetuo es eterno. El asunto de la lámpara se ve con detalles añadidos en 1 Reyes 11:36 y en su contexto: “para que mi siervo David tenga lámpara todos los días delante de mí en Jerusalén”. Este versículo indica que habrá una persona del linaje de David que tendrá reinado eterno en Jerusalén y hace referencia al pacto que Dios hizo con David que se mencionó con anterioridad. Finalmente, alguien del linaje de David reinará para siempre: el Mesías prometido. Esta promesa se cumplirá por completo en la tierra durante el milenio y por toda la eternidad (Lc. 1:31-33; Ap. 11:15). Mientras tanto, Cristo, habiendo vencido en la cruz, se levantó de entre los muertos y está sentado a la diestra del Padre en gloria (Ef. 1:19-23; 1 P. 3:22), “hasta que haya puesto a todos sus enemigos debajo de sus pies” (1 Co. 15:25). Un día, él regresará y reinará, cumpliendo fielmente su promesa.

¿Tu mejor vida hoy?

Dios cumple sus promesas, porque él es fiel y verdadero. Ante esta realidad el impío no tiene esperanza, pues esta vida es difícil y es lo mejor que tendrá. Enfrentará al juicio de Dios y al castigo eterno en la vida venidera. No te debes dejar engañar y vivir como si solo existiera este mundo. La realidad es que, gracias a las promesas de Dios, este mundo es lo peor que enfrentarás. Por su fidelidad y su misericordia, por medio de la fe en la obra redentora de Cristo, serás partícipe en su reino. Se te ha prometido la vida eterna al servicio de Dios y para su gloria.

Muchos se amargan afirmando no creer en Dios porque dicen que personas buenas sufren cosas malas. La realidad es que no hay personas buenas (Ro. 3:10-11). Nadie merece algo bueno. Si Dios le diera al ser humano lo que merece, todos terminarían en el infierno. Cada respiro que das es un don de Dios. Esa es la perspectiva real. A la luz de ella, debes asombrarte de que Dios, en su misericordia y amor, te da la oportunidad de ser su hijo y ser heredero en su reino.

Ante la dificultad, tienes dos opciones de cómo reaccionar: como impío o creyente. En los ejemplos del principio, Santiago pensó en todo lo que tenía y que decía merecer, y entonces, amargado y avergonzado, maldijo a Dios y se rebeló contra él. Luis, por otro lado, se aferró a las maravillosas promesas de Dios, meditando en su salvación a la luz de lo que él sabía merecer. Esto lo llevó a meditar en y reconocer la absoluta soberanía de Dios en su situación, decidiendo servirle con acción de gracias, aunque su dolor seguía estando ahí. Sigue su ejemplo y medita en la verdad de Dios y en que, a la luz de ella, puedes “palpar” su fidelidad aun en tiempos difíciles.

Para reflexionar

Las promesas de Dios son fieles y verdaderas, así como él es fiel y verdadero. Confía siempre en él y reconócelo en todos tus caminos. Vive tu vida a la luz de la esperanza puesta delante de ti.



1 Crónicas

por Manuel Herrera

*“Jehová, no hay semejante a ti, ni hay Dios sino tú,
según todas las cosas que hemos oído con nuestros oídos” (1 Cr. 17:20).*

El cuerpo humano trabaja mediante complejos mecanismos para mantenerse en función. Un ejemplo de ello ocurre cada vez que el ser humano tiene hambre: la grelina, una proteína encargada de despertar el apetito, se produce y se libera en la sangre cada vez que el cuerpo necesita comer y cubrir sus necesidades nutrimentales. Por el contrario, cuando el ser humano se sacia de comer, su cuerpo produce leptina, una hormona que estimula a sentirse saciado. No obstante, es casi seguro que cada vez que sientes hambre y te alimentas, ignoras la forma en la que Dios sustenta el mecanismo de la grelina y la leptina que permite que disfrutes de alimentos que él siempre provee para ti, y que mantengas tu cuerpo funcionando y saludable. Así como con el cuerpo humano, Dios obra de múltiples formas de acuerdo con sus propósitos eternos, más allá de lo que tu perspectiva alcance a ver.

La cercanía

David fue un hombre conforme al corazón de Dios (Hch. 13:22), quien, desde pequeño, gozó de muchas bendiciones durante toda su vida. Desde luego que ninguna de estas fue a causa de sus logros o su inalcanzable esfuerzo, sino por la grande misericordia y gracia de Dios reflejada en él. Un distintivo que lo caracterizó siempre fue que Dios estaba con él (1 Cr. 17:2). Ni la mejor compañía posible, ni la posición honrosa de ser el rey podrían compararse con la cercanía de Dios en cada momento de su vida. Saber que Dios siempre estuvo con David es una evidencia de su fidelidad.

La “contrapropuesta”

La presencia de Jehová en la vida de David lo motivó a desear un lugar digno en que él habitase (17:1). Su corazón agradecido con Dios no le permitía voltear y ver su casa de cedro, y al mismo tiempo pensar que el arca del pacto de Jehová permanecía en un tabernáculo móvil. Su deseo entonces era honrar a Jehová edificándole casa, pues hasta el momento él le había mostrado de múltiples formas su fidelidad: lo pasó de ser un humilde pastor de ovejas a ser el “príncipe [de] Israel” (17:7), lo libró de enemigos y le prometió un nombre prominente (17:8). De la misma manera había obrado fielmente para con su pueblo amado, Israel, desde los tiempos de los jueces (17:10). Sin embargo, mientras el deseo de David era bien intencionado, Jehová respondió revirtiendo la propuesta de David: él “[le edificaría] casa” (17:10); y no solo eso, sino que promete que después de él vendría un rey a quien Jehová “[confirmaría] su trono eternamente” (17:11-12).

El pacto

La fidelidad de Dios comienza desde el momento que promete algo. Dios hizo una promesa muy específica y detallada porque sería fiel en cumplir su palabra. Dios evidencia su carácter fiel al prometer a David un descendiente a quien jamás privaría “[de su] misericordia” (17:13), y a quien “[confirmaría] en [su] casa y en [su] reino eternamente” (17:14). Aún en medio de la bendición que Dios había traído a David, Dios promete a un rey glorioso e incomparable cuyo “trono será firme para siempre” (17:14). Jehová decide hacer un pacto con David, pero no a base de lo que el actual rey fue o hizo durante su reinado, sino que, de manera totalmente “inesperada”, él promete a base de su carácter divino y en armonía con su glorioso plan de redención. Cristo es el testimonio del carácter fiel de Dios. Dios es fiel, y la evidencia de esa fidelidad es la persona de Jesucristo. Él es aquel que Jehová le prometió a David. Es el último David y su trono será firme para siempre. Un día se sentará en su trono aquí en la tierra (Dn. 7:13-14; Zac. 12-14) y todos serán testigos de la fidelidad de Dios al cumplir con su pacto desde los tiempos de David.

La confianza

Si Dios ha sido fiel a su pacto y lo ha reflejado en la persona de Cristo, entonces tú puedes confiar plenamente en él. Su plan y propósito en tu vida va más allá de lo que crees conveniente para tu vida. Todo lo que ocurre es para su gloria —para desplegar sus atributos— mientras te moldea al carácter de su amado Hijo Jesucristo. Mirar la fidelidad de Dios en el cumplimiento de su pacto te debe llevar a pensar en lo eterno. Piensa esto: luego que Jehová hizo un pacto con David, la vida del rey y de su pueblo Israel se vio llena de tribulación. No obstante, en medio de la infidelidad de David y de su pueblo, Dios permanece fiel, aún por encima de lo que el hombre pueda percibir. La respuesta de David ante la promesa genuina de Jehová fue de alabanza a su nombre: “Jehová, no hay semejante a ti, ni hay Dios sino tú, según todas las cosas que hemos oído con nuestros oídos” (1 Cr. 17:20). Él reconoció su incapacidad y en cambio exaltó al soberano Dios quien, en su misericordia y su gracia, hace un pacto con él. La única manera de responder ante la fidelidad de Dios y sus promesas es con alabanza.

Para reflexionar

Fija tu mirada en lo eterno mientras descansas en la fidelidad de Dios. Contempla a Cristo a través de las Escrituras, quien es testimonio perfecto de la fidelidad de Dios, y adora al Dios fiel.



2 Crónicas

por Joel Rosario

“tú oirás desde los cielos, desde el lugar de tu morada, su oración y su ruego, y ampararás su causa, y perdonarás a tu pueblo que pecó contra ti. Ahora, pues, oh Dios mío, te ruego que estén abiertos tus ojos y atentos tus oídos a la oración en este lugar” (2 Cr. 6:39–40).

Las grandes historias captan la atención desde sus primeras palabras. Ya considerado un clásico, *La Historia de Dos Ciudades* invita a su mundo de esta manera:

Eran los mejores tiempos, eran los peores tiempos, era el siglo de la locura, era el siglo de la razón, era la edad de la fe, era la edad de la incredulidad, era la época de la luz, era la época de las tinieblas, era la primavera de la esperanza, era el invierno de la desesperación, lo teníamos todo, no teníamos nada, íbamos directos al Cielo, íbamos de cabeza al Infierno; era, en una palabra, un siglo tan diferente del nuestro que, en opinión de autoridades muy respetables, solo se puede hablar de él en superlativo, tanto para bien como para mal.

Con mucha intencionalidad, Charles Dickens presenta su historia con paralelismos de las dinámicas de la vida con una introducción que despierta la curiosidad. Si te dijera que la intención de 1 y 2 Crónicas (originalmente “El Libro de Crónicas”) es similar a la de Dickens, es muy probable que te sorprendas. Para muchos, estos libros representan uno de los grandes retos del plan de lectura de la Biblia, ya que sus peculiaridades —¡especialmente esas eternas genealogías!— se les hacen muy extrañas y, a veces, hasta innecesarias. Si ese es tu caso, espero que al final de esta meditación puedas cambiar de opinión y descubrir las riquezas en este maravilloso libro.

La promesa

Es interesante hacer notar que la posición del libro de Crónicas en la Biblia hebrea difiere del Antiguo Testamento actual, ya que, en la Biblia hebrea, Crónicas era parte de la última sección —“Ketuvim” o “Escritos”— y era además el último libro en esa sección. Esto es importante porque el Antiguo Testamento concluye con un comentario profético y teológico sobre la historia de Israel en el libro de Crónicas. Así como Génesis empieza con Adán, Crónicas abre su narración con Adán. Ambos libros trazan el progreso de la simiente de la mujer a través de genealogías (descendencia). A través de un esquema cronológico, la historia es trazada desde Adán hasta Noé, continúa hacia Abraham, Israel y finalmente el rey David, con quien Dios hace un pacto eterno (2 Cr. 13:5; 21:7). Este bosquejo afirma que, a través del pacto, Dios está avanzando su reino y que la promesa a Abraham será cumplida: convertirlo en una gran nación, darle un gran nombre y convertirlo en una fuente de bendición para todas las naciones.

La fidelidad

Aunque el autor de Crónicas no se autoidentifica, tradicionalmente se le ha llamado “el Cronista”. Probablemente fue un sacerdote o levita formado como escriba con acceso a los registros del templo y empleado para su servicio durante el período persa (539–332 a. de C.). El Cronista escribe durante el período en que el pueblo de Israel está siendo restaurado de su exilio en Babilonia, un período lleno de preguntas: ¿qué lugar ocupa Israel en los propósitos de Dios y cuál es el significado de sus antiguas promesas a David? El libro de Crónicas se enfoca primordialmente en el pacto de Dios con David como la base de la vida y la esperanza de Israel. El pacto con David tiene dos características esenciales, la descendencia de David y el templo. Como entidades, ambas están relacionadas (1 Cr. 17:10b-14), ya que juntas representan las realidades del reino de Dios, la presencia de Dios entre su pueblo escogido bajo el dominio de su ungido (2 Cr. 13:5, 8). El Cronista redacta su libro para explicar, interpretar y promover la restauración espiritual y social del pueblo de Israel. ¿Su método? Invitar a sus oyentes a volver a la historia de Israel y recordar la fidelidad de Dios para su pueblo afirmando que la historia no está terminada. El autor quiere recordarle al pueblo de Judá las intenciones ori-

ginales de Dios, no sólo para Israel, sino también para la creación, y ayudar a alinear sus corazones y vidas fielmente a ese plan divino.

La espera

En 2 Crónicas 6, un texto lleno de paralelismos con la oración de Jesús en Juan 17, Salomón dedica el templo a Dios e intercede por el pueblo. La oración incluye: afirmación del pacto con David; intervención y perdón divino cuando el pueblo peca contra Dios y contra sí mismos; refugio para el extranjero; provisión por las necesidades. Cuando el pueblo orara en este lugar, Salomón afirma que Dios “[oiría] desde los cielos ...y [ampararía] su causa” (2 Cr. 6:39). Pero, como sabes, una de las grandes dificultades de una vida de oración es tener que esperar que Dios responda. A menudo, cuando el ser humano ora, tiene un sentir de urgencia tan grande que cuesta ser paciente: “Dios cuida de mi familia, salva a mis hijos, perdona a mi esposa, provee pan, líbrame del sufrimiento, sana mi enfermedad”. Por eso, el Cronista apela al pueblo a tener presente dos principios para enfrentar las dificultades: En primer lugar, debían esperar en él. La misma idea es comunicada en el Salmo 40:1: “Pacientemente esperé a Jehová, y se inclinó a mí, y oyó mi clamor”. Recuerda que Dios siempre ha sido fiel, siempre escucha a su pueblo y actúa para su beneficio. Por último, la historia de la dedicación del templo ilustra cómo Dios actúa mientras esperas pacientemente. Al terminar “la casa de Jehová, y la casa del rey” (2 Cr. 7:11) —¡trece años después!—, Dios habla a Salomón diciendo: “Yo he oído tu oración, y he elegido para mí este lugar por casa de sacrificio” (7:12). Solo confía en tu Dios y espera en él pacientemente. No desmayes en tu tiempo de espera sabiendo que “cualquier tribulación momentánea [producirá] en [ti] un cada vez más excelente y eterno peso de gloria” (2 Co. 4:17).

Para reflexionar

Nunca dudes de tu Dios. Aunque no siempre recibirás la respuesta que esperas, lo cierto es que él siempre escucha, está en control y hará su voluntad para su gloria y tu bien.



En ti confiaré

Esdras

por Enrique Oriolo

*“En el primer año de Ciro rey de Persia, para que se cumpliese la palabra de Jehová por boca de Jeremías, despertó Jehová el espíritu de Ciro rey de Persia...”
(Esd. 1:1).*

El pueblo de Israel tenía el privilegio de haber sido escogido para tener una relación de pacto con el Dios único y verdadero, a quien debían amar con todo su corazón, adorarle y servirle. Había todo un sistema de ofrendas y sacrificios que debía cumplirse rigurosamente para acercarse al Señor. Los sacerdotes mantenían la adoración viva. Un sacrificio continuo era ofrecido en el altar del templo cada mañana y cada tarde. De esta manera se sustentaba la comunión de un Dios santo con un pueblo pecador. El templo de Jerusalén, por lo tanto, era el lugar más sagrado del universo: allí se encontraba la gloria de Dios. Pero eso no duraría por mucho tiempo.

Es el año 586 a. de C. y el templo de Jerusalén arde en llamas. Los sacerdotes son asesinados por los caldeos, los ciudadanos yacen muertos por todos lados. La ciudad cae en manos de Babilonia. Las murallas son destruidas y todo es desolación. El pueblo de Dios estaba recibiendo el juicio por sus pecados, por haber abandonado el pacto y haber ido en pos de falsos dioses para adorarles y servirles. Ya no había más remedio que experimentar el trago amargo del pecado. Algunos de los que sobrevivieron fueron exiliados a Babilonia, mientras que los más pobres fueron dejados en esa tierra arrasada.

La promesa de restauración

Los años pasaron de aquel día desolador. Los judíos en el exilio están ahora bajo el poder del imperio persa que conquistó Babilonia bajo el mando de Ciro, llamado “El Grande”. Setenta años están cumpliéndose desde el primer

exilio babilónico. El Señor Dios había anunciado por boca del profeta Jeremías lo siguiente: “...Cuando en Babilonia se cumplan los setenta años, yo os visitaré, y despertaré sobre vosotros mi buena palabra, para haceros volver a este lugar. Porque yo sé los pensamientos que tengo acerca de vosotros, dice Jehová, pensamientos de paz, y no de mal, para daros el fin que esperáis” (Jer. 29:10-11). Al cumplirse el tiempo señalado, el Señor despierta el corazón de un incrédulo rey persa para llevar a cabo su voluntad: Ciro decreta el retorno a Jerusalén para reedificar el templo (Esd. 1:1-2). La fidelidad de Dios brilla en abundancia.

Cuando se trata de Dios mostrando su fidelidad, no hay nada que lo detenga. Las circunstancias nunca son un obstáculo para el cumplimiento de sus promesas. ¿Qué tenía que ocurrir para que el remanente regresara a Jerusalén? Parecía una misión imposible. Sin embargo, no importando lo complejo que algo sea a los ojos del hombre, si Dios así lo quiere, ocurrirá. Nota como Esdras afirma que fue Dios quien “despertó el espíritu de Ciro rey de Persia”. Este fue el inicio de todo. Dios hizo, en su fidelidad, algo que parecía imposible.

La soberanía de Dios en favor de los suyos

La soberanía de Dios no es algo exclusivo para los creyentes, sino que Dios es soberano sobre todo cuanto existe. Él es soberano incluso sobre los gobernantes más poderosos y tiranos. “Como los repartimientos de las aguas, así está el corazón del rey en la mano de Jehová; a todo lo que quiere lo inclina” (Pr. 21:1). Dios extiende su mano y decide para qué lugar se moverá el corazón del rey. El rey está a la merced del Señor, *él* lo gobierna.

Esta verdad debe traer gran consuelo al creyente cuando experimenta momentos de opresión o persecución por parte de autoridades malvadas. Nada de lo que ocurre escapa al plan de Dios para la historia y para el bienestar de los suyos. La fidelidad de Dios sigue siendo siempre el tono de la canción. Y cada nota está subordinada. Puedes confiar en un Dios que es soberano sobre el corazón de los presidentes, de los gobernadores y hasta de los jefes. Esdras te muestra cómo Dios movió el corazón de los reyes Ciro, Darío, Jerjes y Artajerjes, para mostrar favor a su pueblo. Los gobiernos y sus representantes

pueden cambiar, pero Dios no. Los imperios y naciones pueden desaparecer, pero la fidelidad de Dios siempre permanecerá. Y el plan que Dios tiene para tu vida también permanecerá y *él* lo llevará a cabo.

El toque de la gracia de Dios

Pero el corazón del pueblo remanente también necesitaba el toque de la gracia de Dios: “Entonces se levantaron los jefes de las casas paternas de Judá y de Benjamín, y los sacerdotes y levitas, todos aquellos cuyo espíritu despertó Dios para subir a edificar la casa de Jehová, la cual está en Jerusalén” (Esd. 1:5). Ellos debían dejar todo lo que habían construido en Babilonia y volver a comenzar de cero en Judá y alrededores. Había mucho que sacrificar. Y sin duda necesitaban una gracia especial de Dios en ese momento.

De la misma forma, nunca debes caer en la trampa de pensar que no necesitas la gracia de Dios para obedecer su voluntad. Tu corazón puede ser tan duro como cualquier otro si no es por su gracia. ¡Qué maravilloso recordatorio! No te quedarás fuera de la buena voluntad de Dios para tu vida porque Dios no solo puede mover el corazón de otros, sino que también el tuyo cuando sea necesario. Dios es fiel. Y esa fidelidad en el libro de Esdras no se ve solamente en el cambio de circunstancias en favor de su pueblo. Se ve también en el cambio del corazón de su pueblo para su propio bienestar, que es la restauración de la adoración al Dios que los rescató de la esclavitud. Por eso debes depender de Dios siempre. Necesitas de él, de su gracia, de su misericordia, de su guía y de su fidelidad.

Para reflexionar

Dios cumplirá todas sus promesas en tu vida, sin importar la adversidad. Él nunca ha fallado a su palabra. Confiar en él hará que puedas “palpar” con mucha más claridad su fidelidad.



Nehemías

por Moisés Gómez

“No quisieron oír, ni se acordaron de tus maravillas que habías hecho con ellos; antes endurecieron su cerviz, y en su rebelión pensaron poner caudillo para volverse a su servidumbre. Pero tú eres Dios que perdonas, clemente y piadoso, tardo para la ira, y grande en misericordia, porque no los abandonaste”
(Neh. 9:17).

“**Y**a no me vas a querer porque te desobedecí”, fueron las palabras de unos de mis hijos luego de que lo discipliné por su desobediencia. Al mirarlo, me sentí identificado por las veces que he pensado lo mismo acerca de Dios cuando he recibido su disciplina. ¿Te ha pasado? Quizás has tenido momentos en los que has vuelto a pecar y piensas que Dios ya no te ama, que te ha abandonado, que se ha alejado y olvidado de ti.

El libro de Nehemías te recuerda que Dios no es así. Él es fiel a pesar de tu infidelidad. Tanto Esdras como Nehemías (los cuales forman un solo libro) tratan acerca del período en el que los judíos regresaron a Jerusalén. Después que los babilonios destruyeron los muros, el templo y la nación, los llevaron cautivos al exilio por setenta años. Dios no solo profetizó que esto sucedería, sino que les aseguró que él sería fiel a su pacto y que continuaría con su plan de redención (Jer. 25:9-12).

Avivamiento

En el capítulo 8 de Nehemías, Esdras y los líderes expusieron la Palabra de Dios delante del pueblo. Esto produjo en ellos un deseo de buscar y obedecer a Dios. Cuando inicia el capítulo 9, se ve al pueblo de nuevo siendo expuesto a la Palabra. Como era de esperarse, esta los confronta y los mueve a un tiempo de arrepentimiento, confesión de pecados y adoración: “Y puestos de pie en

su lugar, leyeron el libro de la ley de Jehová su Dios la cuarta parte del día, y la cuarta parte confesaron sus pecados y adoraron a Jehová su Dios” (Neh. 9:3).

Luego, un grupo de líderes y levitas clamaron y adoraron a Dios. Al hacer eso recordaron dos cosas importantes que el pueblo no podía olvidar. Por un lado, hicieron memoria acerca del carácter del pueblo de Dios, un pueblo olvidadizo, rebelde y duro de cerviz: “No quisieron oír, ni se acordaron de tus maravillas que habías hecho con ellos; antes endurecieron su cerviz, y en su rebelión pensaron poner caudillo para volverse a su servidumbre” (9:17a). Y, por otro lado, recordaron la verdad inmutable del carácter de Dios: “Pero tú eres Dios que perdonas, clemente y piadoso, tardo para la ira, y grande en misericordia, porque no los abandonaste” (9:17b). A pesar de la infidelidad del pueblo, la fidelidad de Dios permanece y brilla abundantemente. Por eso la oración estuvo cargada de nuevas esperanzas que descansan en el carácter de Dios, quien es perdonador, piadoso, misericordioso, inmutable y fiel.

Infidelidad

Después de haber clamado y adorado, el pueblo se comprometió a vivir en obediencia. De hecho hicieron un pacto, una “fiel promesa” que escribieron y firmaron (9:38). Sin embargo, si conoces cómo sigue la historia, recordarás que el pueblo vuelve a desviarse, vuelve a desobedecer y a incumplir el pacto que hicieron en este capítulo con Dios. Una vez más, ellos se rebelaron contra Dios, demostrando la tendencia de sus corazones. Pero ¿sabes qué? Dios nunca incumplió.

A lo largo de la narrativa bíblica vemos el mismo patrón: Dios es fiel y su pueblo no lo es. Esto no es más que un espejo que sirve para ver tu propia realidad. ¡Qué bueno que Dios dejó las palabras de Nehemías 9:17 en su libro como recordatorio! Tal como en la oración de los levitas, necesitas recordar estas dos verdades constantemente: eres infiel, pero Dios permanece fiel. A pesar de la infidelidad y desobediencia de su pueblo escogido, Dios continuaría mostrando su amor y fidelidad en las siguientes generaciones hasta que — en el cumplimiento de su tiempo— él enviaría a su Hijo Jesucristo a mostrar esas mismas cualidades de su carácter, dando esperanza sin par.

Esperanza

Hoy puedes mirar a la cruz y escuchar el eco de las palabras de Nehemías: “tú eres Dios que perdonas, clemente y piadoso, tardo para la ira, y grande en misericordia, porque no [me] abandonaste” (9:17b). Hoy puedes correr al trono de la gracia en confesión y arrepentimiento sabiendo que Dios no te dará la espalda. Él nunca te abandonará porque en Cristo ha provisto perdón para todos tus pecados, ha aplacado su ira que pesaba sobre ti, ha mostrado su misericordia y compasión, ha desplegado su bondad y te ha adoptado en su familia, haciéndote su hijo.

¡Oh, Gloria a Dios! Él es fiel a pesar de tu infidelidad. Él te amó y te sostendrá por la eternidad. Él lo hará a pesar de ti mismo, todo por amor a su nombre y para tu bien. Así que la próxima vez que sientas que Dios te abandonará a causa de tu pecado o cuando el enemigo te acuse por tus faltas, recuerda Nehemías 9:17; luego vuelve a mirar a la cruz y recuerda que Dios es fiel a pesar de ti. Más aún, la calidad de su amor no está basada en tu desempeño, sino en el desempeño perfecto de Cristo. Descansa en esta verdad: Dios es fiel a pesar de ti.

Para reflexionar

Es reconfortante recordar una y otra vez que Dios es fiel, aunque no merezcas esa fidelidad. Que la verdad en su Palabra te sostenga firme y te anime a vivir tu vida agradecido y en obediencia.



Ester

por David González

“Entonces dijo Mardoqueo que respondiesen a Ester: No pienses que escaparás en la casa del rey más que cualquier otro judío. Porque si callas absolutamente en este tiempo, respiro y liberación vendrá de alguna otra parte para los judíos; mas tú y la casa de tu padre pereceréis. ¿Y quién sabe si para esta hora has llegado al reino?”
(Est. 4:13-14).

El libro de Ester es una de las historias más fascinantes del Antiguo Testamento. Abarca todo lo necesario para crear un drama intrigante: romance, lujo, realeza, conflicto, venganza, heroísmo. Las escenas se desarrollan en la corte real del imperio más poderoso del mundo de mediados del siglo V a. de C., el imperio persa. Allí los judíos en el exilio ven cómo sus vidas son amenazadas de muerte, debido al complot de Amán y el consecuente decreto del rey Asuero. Sin embargo, ante un planeado y trágico final de exterminación judía sucede un giro inesperado de las circunstancias que concluye en un memorable final de victoria. Esta reversión muestra que más allá de las tretas o intenciones del ser humano, hay un Dios soberano que arregla los eventos: un Dios que es Rey de reyes y gobierna, un Dios que es fiel y cumple su palabra, un Dios que no descuida a nadie ni nada, y que tiene todo bajo su control.

El silencio de Dios

Hacía más de cincuenta años que los judíos deberían haber regresado a Jerusalén debido al edicto de Ciro (Esd. 1); sin embargo, muchos todavía permanecían acomodados bajo el imperio persa. Entre ellos estaba Mardoqueo, a quien se presenta enfáticamente como un benjamita descendiente de Cis y por lo tanto pariente de Saúl, el primer rey de Israel (1 S. 9:1-2). Por otro lado, Amán es identificado una y otra vez como agagueo, es decir, descendiente de Agag, el rey de Amalec. Los amalecitas fueron los primeros en luchar

contra el pueblo de Israel después de que éste salió de Egipto. Se levantaron para atacar el trono de Dios y Dios prometió que haría guerra contra ellos de generación en generación (Éx. 17:14-16). Fue precisamente el rey Saúl quien tuvo el cometido de destruir a Amalec, y aunque Saúl no obedeció completamente a Dios, los amalecitas fueron destruidos y su rey Agag muerto (1 S. 15). Esta historia es la que subyace y tensa la trama del libro de Ester. El malvado Amán prepara su venganza planeando la aniquilación de los judíos mientras que Dios permanece en silencio.

La aparente ausencia de Dios en la narrativa es notable porque el autor lo oculta intencionalmente. Mientras que el rey persa es citado 190 veces en 167 versículos, el nombre de Dios no se menciona ni una sola vez. De esta manera, el silencio de Dios funciona en el libro como una proclamación de su fidelidad. El autor de Ester tiene el propósito de alentar al pueblo de Dios mostrándole que, aunque a veces Dios esté en silencio, él siempre defiende y protege a sus escogidos. Él es fiel y siempre cumple sus promesas aun cuando las circunstancias sean contrarias.

La fidelidad de Dios

Esta verdad fue la que Mardoqueo declaró a Ester diciendo, “si callas absolutamente en este tiempo, respiro y liberación vendrá de alguna otra parte para los judíos” (Est. 4:14a). La reina Ester debía advertir al rey del complot del malvado Amán, pero si no lo hacía, la liberación vendría igualmente de otra manera. El término “respiro” se refiere a un intervalo tranquilo, de alivio y sosiego; mientras que el término hebreo que se traduce como “liberación” es único en la Escritura y tiene relación con salvar, rescatar, liberar. Mardoqueo confiaba en que vendría un tiempo de respiro y rescate para los judíos porque así Dios lo había prometido (Éx. 17:16; Nm. 24:20). Por eso alude a la provisión de Dios mediante la referencia a “alguna otra parte”. No sabe cómo, cuándo, ni de dónde vendrá tal liberación, pero tiene la firme esperanza de que Dios rescatará a su pueblo, ya sea por medio de Ester o no. Este versículo es una expresión de plena confianza en la fidelidad de Dios. Las palabras de Mardoqueo revelan que su esperanza estaba cimentada en un Dios fiel.

Mardoqueo conocía las promesas de Dios hechas a Abraham y a su descendencia. Conocía el pacto y la fidelidad de Dios. Y sabía que Dios proveería liberación para su pueblo escogido por amor a su pacto (Gn. 12:2-3; 17:1-8). Así también lo reconoció Zeres, la mujer de Amán, quien dijo a su esposo: “Si de la descendencia de los judíos es ese Mardoqueo delante de quien has comenzado a caer, no lo vencerás, sino que caerás por cierto delante de él” (Est. 6:13). Dios es siempre fiel a su palabra. Y aunque a veces esté en silencio o aparentemente ausente, él nunca deja de ser fiel.

Tu esperanza

La milagrosa protección y preservación de los judíos narrada en el libro de Ester te enseña que aun en la situación más trágica y contraria que puedas estar viviendo, Dios permanece fiel. Su Palabra no cambia y sus promesas no pueden ser quebrantadas. Por tanto, en medio de catástrofes mundiales, desórdenes políticos, gobernadores tiranos, extrema persecución o amenazas, Dios sigue siendo fiel. Puede que parezca ausente por un tiempo, pero su fidelidad es inalterable. Cuando las circunstancias te aflijan u opriman recuerda que, aunque a veces Dios esté en silencio, él siempre es fiel.

Para reflexionar

No hay algo más esperanzador y reconfortante que meditar en y reconocer la fidelidad de Dios en la historia y en tu vida. No te turbes ya que, aunque parezca que no está presente, él cuidará de ti.



Job

por Bruce Burkholder

“He aquí, aunque él me matare, en él esperaré” (Job 13:15a).

¿Alguna vez alguien ha sufrido tanto como Job? Este hombre, a quien Dios describe como “perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado de mal” (Job 1:8), inesperada y repentinamente perdió sus riquezas, su posición social en la comunidad y su familia (1:13-19). Sus hijos adultos a quienes él había criado y amado desde que nacieron, murieron todos juntos en un instante. Asimismo, sus siervos fueron muertos por merodeadores y muchos de sus bienes terrenales fueron robados o destruidos. Todo perdido en un instante. Para colmo, Job fue afligido con llagas dolorosas “desde la planta del pie hasta la coronilla de la cabeza” (2:7). Job sufrió fiebre (30:30), pesadillas (7:14), insomnio (7:4) y estaba demacrado (19:20). ¿Puedes imaginarte la miseria, el dolor y la soledad que experimentaba? Cuando los amigos de Job llegan, él se ve tan desfigurado por el daño físico y emocional que no lo reconocieron (2:12).

El remedio ante el sufrimiento

Lo antes descrito es sufrimiento intenso y, mientras que la experiencia de Job pueda ser extrema, no es única. Como resultado de la Caída (Gn. 3:1-19), fracaso, pérdida, enfermedad y muerte son todos parte de la experiencia humana. Job mismo dice: “El hombre nacido de mujer, corto de días, y hastiado de sinsabores” (Job 14:1). Como Job, el ser humano a menudo no entiende la razón de su sufrimiento. Tal vez cuestiona a Dios, busca respuestas o busca consejo de otras personas, pero muchas veces no hay una pronta explicación. ¡El ser humano vive, sufre y luego muere! El cristianismo a menudo se representa como una experiencia de mendigo a millonario, pero surge la pregunta: ¿puedes confiar en Dios cuando tu vida no funciona así, cuando pierdes a tu

familia o tu salud? En otras palabras, ¿puedes confiar en Dios cuando la vida duele? ¡El libro de Job responde a estas preguntas con un sí rotundo! De hecho, Job te recuerda que confiar en Dios es el único y verdadero remedio para los dolores y sufrimientos de la vida.

Mientras que Job sí cuestiona los motivos de Dios —una cosa por la cual se arrepiente después (42:1-6)—, nunca deja de confiar en él. Después de recibir las horribles noticias de la muerte de sus hijos y la pérdida de sus posesiones, Job se postró en tierra y adoró diciendo: “Jehová dio, y Jehová quitó; sea el nombre de Jehová bendito” (1:21). Mientras sufre de llagas malignas y su esposa le anima a maldecir a Dios y morir, Job responde: “¿Recibiremos de Dios el bien, y el mal no lo recibiremos? En todo esto” —el texto dice— “no pecó Job con sus labios” (2:9-10). Y, en lo que posiblemente sea la declaración de fe más poderosa del libro, Job dice: “aunque él me matare, en él esperaré” (13:15). En otras palabras, nada que pudiera sucederle en esta vida haría que volviera su corazón de Dios. Ni dolor, ni pérdida, ni aun la muerte pudieron disuadirlo. Su fe en Dios era inquebrantable.

La confiabilidad de Dios

Sin embargo, el propósito primario del libro de Job no es presentar a Job como un hombre de fe excepcional, sino realzar la confiabilidad de Dios, aun en medio del sufrimiento. Durante treinta y tres capítulos (4-37), Job y sus amigos participan en un diálogo polémico acerca de los motivos y propósitos de Dios detrás del sufrimiento de Job. Elifaz, Bildad y Zofar acusaron a Job de iniquidad y habían determinado que él simplemente estaba recibiendo la ira de Dios (Job 4-5, 8, 11, 15, 18, 20, 22, 25). La ira de Dios se encendió a causa del consejo de ellos y finalmente los manda a Job para que él ore por ellos para que sean perdonados (42:7-8). En contraste, Job defiende su propia justicia mientras cuestiona a Dios acerca de la naturaleza de su sufrimiento (Job 3, 6-7, 9-10, 16-17, 19, 23-24, 26-31).

Cuando Dios finalmente habla con Job (38:1-40:2; 40:6-41:34), aunque parece raro, no justifica sus acciones. No contesta las preguntas de Job ni busca satisfacer su curiosidad. Más bien, mediante una larga sarta de preguntas directas, Dios le recuerda a Job que solo él es eterno, grande, poderoso y

sabio: “¿Dónde estabas tú [Job] cuando yo fundaba la tierra?” (38:4); “¿[has] considerado tú hasta las anchuras de la tierra?” (38:18); y finalmente, “¿[es] sabiduría contender con el Omnipotente?” (40:2). Con dicha conversación, Dios enseña a Job acerca de su absoluta confiabilidad. Por eso Job declara con fiadamente: “Yo conozco que todo lo puedes, y que no hay pensamiento que se esconda de ti” (42:1). Mediante esta experiencia Job adquirió más que confianza en la persona de Dios y también profundizó su relación con él. Solo así se explica que pudo confesar lo siguiente: “De oídas te había oído; mas ahora mis ojos te ven” (42:5). A través de su sufrimiento, Job pudo experimentar a Dios en maneras que le eran desconocidas anteriormente. Ahora podía entender más y confiar más.

Finalmente, la fidelidad de Dios se revela por medio de la promesa de un futuro Redentor. Múltiples veces en el libro, Job anhela encontrar un mediador, un abogado (árbitro) que defendiera su caso y lograra misericordia y restauración (5:1; 9:33; 16:21). Sin embargo, con palabras de esperanza profética Job declara: “Yo sé que mi Redentor vive” (19:25). Como creyentes neotestamentarios, podemos identificar a ese Redentor al que Job apuntó. Es Jesucristo, el eterno Hijo de Dios, quien sufrió —aun más que Job— para redimirnos y llevarnos a Dios (1 P. 3:18). Este es el mensaje de Job. Aun cuando la vida duela, podemos poner nuestra confianza en Dios.

Para reflexionar

Debido al pecado, esta vida es dura. Hay tribulación y prueba; sin embargo, no estás solo. Cristo murió por ti, pagando por tu pecado y haciéndote suyo. Él te entiende y estará a tu lado siempre.



En ti confiaré

Salmos

por Lucas Alemán

*“Mas tú, Jehová, eres escudo alrededor de mí; mi gloria,
y el que levanta mi cabeza” (Sal. 3:3).*

Mi hijo mayor a menudo le tiene miedo a la oscuridad. A sus cinco años no le es nada fácil subir las escaleras de nuestra casa y tener que enfrentarse al pasillo “de sombra de muerte” (Sal. 23:4). Inmediatamente (pero con cautela) enciende todas las luces disponibles y habla en voz alta para “ahuyentar” a cualquier monstruo que se esconde en la profundidad de la noche. Hay días que me llama urgentemente desde el penúltimo escalón para expresarme que no tiene el valor para hacerlo. Algunas veces ni siquiera se anima a subir los primeros escalones. Los adultos también se enfrentan al miedo de la oscuridad —incluso durante el día—. Aunque quizás no sean monstruos (o por lo menos eso espero), la fe del cristiano es desafiada por la oscuridad cada mañana. Todos tienen enemigos que se multiplican con el paso del tiempo. Y por esta razón es fácil identificarse con David cuando dice: “¡Oh Jehová, cuánto se han multiplicado mis adversarios! Muchos son los que se levantan contra mí” (3:1).

Un contraste claro

El Salmo 3 fue escrito por David “cuando huía de delante de Absalón su hijo”. Su propio hijo había cautivado el corazón del pueblo de Israel y dio inicio a una rebelión sin precedentes (2 S. 15:12-13). Tal era la determinación de estos adversarios que, para ellos, ¡ni Dios mismo podía intervenir para rescatar a David! Se animaban el uno al otro con las siguientes palabras: “No hay para él salvación en Dios” (Sal. 3:2). En su mente, David era un caso perdido. No tenía remedio. Pensaban que Dios lo había abandonado. Probablemente estaban sacando a relucir su pecado con Betsabé y su asesinato de su marido Urías (2 S. 11:1-27). En resumen, la condición de David era tan grave que

no propiciaba ningún tipo de ayuda para la multitud de sus enemigos. Pero en la oscuridad de su adversidad salió un brillo de esperanza. Precisamente cuando los “muchos” (Sal. 3:1-2) consideraban que este era el fin de David, la fidelidad de Dios iluminó su mente. Su corazón se revistió de confianza al contemplar quién es Dios. De hecho, el contraste no puede ser más claro en el pasaje: “Mas tú, Jehová, eres escudo...” (3:3a).

Un escudo protector

David sabía que Dios no lo había abandonado. A pesar de la oscuridad que lo rodeaba, su fe estaba firmemente arraigada en “Jehová”, que era como un “escudo alrededor [suyo]” (Sal. 3:3). Esta imagen del “escudo” alude a una armadura de defensa. Tenía una forma circular y, por lo general, era utilizada por la infantería para protegerse de las espadas, las lanzas o las flechas de los enemigos. A diferencia de otros escudos (cp. 5:12), este equipo de batalla en particular no era lo suficientemente grande para proteger a toda la persona. No podía rodear a David. Pero Dios sí. Él había sido su escudo en otras circunstancias y David sabía que volvería a serlo. David aquí rompe los límites de la imagen y recuerda que ninguna protección terrenal puede ser tan completa como la de Dios. No hay mayor amparo y fortaleza que Jehová. Él es “[tu] pronto auxilio en las tribulaciones” (46:1b). En verdad, Dios es tu único “escudo” porque solo en él hay “salvación” (18:2, 35).

Una protección segura

Esta capacidad protectora de Jehová resulta en la “gloria” de David (3:3). Aunque la palabra “gloria” se utiliza comúnmente en el Antiguo Testamento para describir a Dios como el ser más importante que existe (19:1), aquí hace hincapié en el honor y la dignidad que David había recibido al ser proclamado rey de Israel. No radicaba en ninguno de sus logros pasados, ni mucho menos en su condición presente. Su gloria, en cierto sentido, era un derivado mismo de la gloria de Dios. Era una de las muchas consecuencias del compromiso que Jehová tiene consigo mismo. Aunque David había tenido que huir de Jerusalén lo más rápido posible (2 S. 15:14-17), todavía estaba lleno de esperanza porque sabía que “Dios no es hombre, para que mienta, ni hijo

de hombre para que se arrepienta [...]» (Nm. 23:19). Dios ya le había prometido una “casa” (dinastía), un “reino” (nación) y un “trono” (soberanía) para “siempre” (2 S. 7:8-16). Esta era la promesa que respaldaba la gloria de David. Dios lo iba a proteger “porque fiel es el que prometió” (Heb. 10:23). De igual modo, Jesús prometió estar contigo “todos los días, hasta el fin del mundo” (Mt. 28:20). Por lo tanto, “[mantén] firme, sin fluctuar, la profesión de [tu] esperanza” (Heb. 10:23) —él es tu gloria —(Gá. 6:14).

Una verdad segura

Por último, David reconocía que Jehová es “el que levanta [su] cabeza” (Sal. 3:3). Esta expresión solía aludir a los antiguos entornos penales, cuando se liberaba de la prisión a alguna persona (Gn. 40:13, 20; Jer. 52:31). Sin embargo, esta no es la imagen que retrata el Salmo 3. Dicha expresión tiene sentido únicamente en el contexto de la rebelión que encabezaba Absalón. David había subido la cuesta de los Olivos “llorando” y con “la cabeza cubierta” de tristeza (2 S. 15:30), pero también estaba seguro de que Dios lo haría volver a Jerusalén (15:25). El gesto de “levantar la cabeza” era el brillo de la esperanza de David. Él confiaba en la capacidad que Dios tiene de transformar la adversidad y restaurar a una persona a su condición anterior para alabanza de su nombre (Sal. 27:6). David esperaba en Jehová cuando su fe era desafiada por la oscuridad de sus adversarios. Se acostaba y dormía porque Dios lo “sustentaba” (3:5). Ni el “valle de sombra de muerte” (23:4) lo asustaba. No temía a “diez millares de gente” (3:6) porque sabía que la “salvación es de Jehová” (3:8). Aquí está la clave para enfrentar el miedo de la oscuridad con esperanza: contemplar quién es Dios y reconocer que permanecerá así para siempre (Mal. 3:6).

Para reflexionar

El Señor es tu escudo protector y tu pronto auxilio. No debes temer. Cuando te encuentres atemorizado, acude a él, contéplalo, reconócelo y adóralo cada día de tu vida.



Proverbios

por Juan Moncayo

“El principio de la sabiduría es el temor de Jehová; los insensatos desprecian la sabiduría y la enseñanza” (Pr. 1:7).

En un abrir y cerrar de ojos me encontré en lo que parecía “la tormenta perfecta”: una temporada donde varias decisiones importantes y eventos ocurrían simultáneamente. Mi corazón luchaba con la incertidumbre de lo desconocido mientras me preguntaba: ¿Qué va a pasar de manera relacional, laboral, espiritual y personal? Más de una docena de años ha transcurrido y puedo compartirles —¡oh, sorpresa!— que Dios fue y es fiel. Las puertas que creía necesarias nunca se abrieron y otras que no consideré importantes se han convertido en piedras angulares de mi vida. Vivo en un país y trabajo en una “profesión” que no eran parte del plan. Inclusive estoy felizmente casado con una mujer increíble que no era por quien oraba en ese entonces. Les puedo contar, además, que ha habido varias nuevas “tormentas perfectas”. Los días no se han vuelto necesariamente más fáciles y, con cada año y etapa de la vida, hay nuevas decisiones, tentaciones, dificultades y situaciones que manejar en lo relacional, personal, laboral y espiritual.

La vida después de Génesis 3 es difícil, por lo que encontramos al inicio del libro de Proverbios a un padre fiel que transmite una serie de amonestaciones a su hijo amado. El padre exhorta a su hijo a caminar en sabiduría y le advierte del peligro de una vida en necesidad. Al pensar en la fidelidad de Dios, lo que viene a mi mente es su fidelidad al amar a su pueblo infiel. Pero hay otra manera de ver la fidelidad de Dios —que muchas veces no viene a nuestra mente— y se exhibe claramente en los Proverbios: el libro de Proverbios muestra la fidelidad de Dios de manera preventiva. Dios te da un libro que te ayuda a desarrollar las habilidades y herramientas para que puedas navegar

por las complejidades, tentaciones, y dificultades de la experiencia humana en un mundo caído.

El principio de la sabiduría: el temor de Dios

El creador y redentor del mundo dice que “el temor” de Dios es el cimiento para tener una vida sabia: “El principio de la sabiduría es el temor de Jehová” (Pr. 1:7a). Este principio enmarca el libro de comienzo a fin. Se ve al inicio (1:7), aparece a lo largo del libro (1:29; 2:5; 3:7; 8:13; 10:27; 14:26-27; 15:16; 15:33; 16:6; 19:23; 22:4; 23:17) e inclusive cierra el texto al ser agregado como la característica clave de la mujer piadosa (31:30). Considero que cada creyente ha escuchado o incluso ha citado esta frase en algún momento de su vida. Lamentablemente, que dicho principio sea conocido no significa que muchos lo entiendan o sepan cómo vivirlo. Sugiero que una manera práctica de meditar en el temor de Dios es pensar en: revelación y relación.

El temor de Dios: revelación

Bíblicamente, el temor de Dios está unido íntimamente con su Palabra. En Deuteronomio 31:9-13 se ve que el pueblo debe interactuar con la Palabra de Dios “para que ... aprendan, y teman a Jehová [su] Dios” (31:12). La misma idea se repite en Deuteronomio 4:10, cuando Dios pide reunir al pueblo “para que yo les haga oír mis palabras, las cuales aprenderán, para temerme todos los días que vivieren sobre la tierra, y las enseñarán a sus hijos”.

El temor de Dios: relación

En segundo lugar, el temor de Dios está unido a su relación con su pueblo. En contraste con la idea de temor relacional —cuando se ha experimentado abuso, manipulación, intimidación, decepción y deserción, etc.— el temor a Dios en el Antiguo Testamento está fundamentalmente unido con la fidelidad de Dios al cuidar a su pueblo. Por ejemplo, después que Dios rescata a su pueblo de los egipcios, Éxodo 14:31 dice: “Y vio Israel aquel grande hecho que Jehová ejecutó contra los egipcios; y el pueblo temió a Jehová, y creyeron a Jehová y a Moisés su siervo”. De manera similar, al entrar a la tierra prometida, Josué dice: “para que todos los pueblos de la tierra conozcan que la mano de Jehová

es poderosa; para que temáis a Jehová vuestro Dios todos los días” (Jos. 4:24). Finalmente se ve en los Salmos que una correcta relación con Dios está basada en este temor reverente (Sal. 25:14; 130:3-4). En resumen, el temor de Dios esta intrínsecamente unido a un amor por Dios y su Palabra. No puedes temer y amar a quien no conoces (Dt. 10:12-13).

La sabiduría personificada

En el Nuevo Testamento, el temor de Dios lleva a reconocer que una relación con Dios solo puede ocurrir mediante su Hijo, quien es el verbo encarnado, y por medio del cual Dios se revela hoy (Jn. 1:1, Heb 1:1). Cristo es la sabiduría personificada (1 Co. 1:24) y es “en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento” de Dios (Col. 2:3). Amado, crece hoy en el temor de y en el amor hacia Dios leyendo, escuchando y estudiando su Palabra.

La sabiduría y las facetas de la vida

En conclusión, una vida sabia es una que se somete a la revelación de Dios, basada en una relación que solo puede ocurrir cuando pones tu confianza en Cristo, quien es la sabiduría encarnada. Es solamente en él que ahora puedes buscar sabiduría a toda costa (Pr. 1:20-23; 4:7-9), aun en medio de las tormentas perfectas que vendrán. Es en Cristo que el temor de Dios toma forma práctica en todas las áreas de tu vida, no solo en las tormentas, sino en la vida cotidiana, de tal forma que él sea glorificado. El temor de Dios moldea tu relación con Dios, con el prójimo (familia, cónyuge, hijos, vecinos) o incluso contigo mismo, al ser buen mayordomo de tu comunicación, recursos, sexualidad, trabajo, emociones, etc. Todas estas áreas y más se encuentran en este precioso libro. Finalmente, recuerda que Cristo es la base para que un Dios santo pueda mantenerse fiel a una persona infiel como tú y como yo (2 Ti. 2:13), mientras navegamos por la vida en este mundo caído.

Para reflexionar

Gózate en que en Cristo puedes encontrar sabiduría. Busca someterte a él y su Palabra y deposita tu vida en sus manos. No desprecies conocerle más y más, sino que aférrate a su verdad.



Eclesiastés

por Jack Smith

*“He entendido que todo lo que Dios hace será perpetuo; sobre aquello no se añadirá, ni de ello se disminuirá; y lo hace Dios, para que delante de él teman los hombres”
(Ec. 3:14).*

Una de las preguntas más intrigantes que alguien puede hacer es: “¿qué hora es?”. Aunque la pregunta parece simple a primera vista, en realidad revela el profundo interés del ser humano en el tiempo. La vida del hombre está limitada por el tiempo: vive y muere en el marco de un tiempo preciso, marcado por dos fechas específicas. Toda su vida está organizada, regulada, restringida, gobernada y arreglada por el ritmo y las limitaciones de los momentos de tiempo ordenados entre esas fechas. Por lo tanto, quien controla ese tiempo tiene un inmenso poder en tu vida. ¡No es de extrañar el obsesivo interés del ser humano por el tiempo! Salomón, el autor de Eclesiastés, estaba tan fascinado por el tiempo que escribió el tratado más significativo que existe (Ec. 3:1-22). En el mismo, Salomón revela cinco importantes realidades que te permitirán aprovechar al máximo el tiempo que Dios te ha dado. Al considerar cada realidad, verás la fidelidad de Dios en todo momento y sabrás que él tiene siempre el control y que todo lo ha hecho perfecto en su tiempo.

Dios es soberano

Primero, Salomón revela que Dios es el único que gobierna sobre el tiempo (3:1-8). Él afirma que todo “debajo del cielo tiene su hora” (3:1), recordando al lector que hay un Dios en el cielo que gobierna sobre todo lo que sucede bajo el sol. Salomón utiliza la palabra “tiempo” veintinueve veces en estos ocho versículos. Hay un tiempo para cada acción, evento y actividad común en la vida: “tiempo de nacer, y tiempo de morir” (3:2a); “tiempo de llorar, y tiempo de reír” (3:4a); “tiempo de buscar, y tiempo de perder” (3:6a); “tiempo de callar, y tiempo de hablar” (3:7b); “tiempo de guerra, y tiempo de paz”

(3:8b). En esta sección Salomón usa una figura retórica llamada merismo para incluir todo lo que está entre los contrastes que presenta. Dios gobierna y regula todo lo que sucede, no hay nada que esté fuera de su alcance o control.

Dios obra en su tiempo

En segundo lugar, Salomón recuerda que Dios no sólo controla el tiempo, sino que él mismo está trabajando en el contexto de las dimensiones de tiempo y espacio (3:9-13). Dios es quién ha capacitado a los hombres para trabajar (3:9-10). Mientras tanto, Dios también está obrando para hacer “todo... hermoso en su tiempo” (3:11). Esto tiene que ver con que Dios siempre está haciendo precisamente lo correcto en el momento adecuado. Por eso, aun cuando no todo parezca bello inmediatamente, cuando el trabajo te desgaste, cuando no entiendas el por qué de lo que estás pasando, debes saber que Dios está trabajando para asegurar que lo “correcto” esté sucediendo en el momento adecuado, y cuando todo se revele, será para tu bien y para su gloria (Ro. 8:28). Aunque no lo puedes ver en ese momento, Dios está haciendo las cosas hermosas en su tiempo.

Dios tiene un propósito

En tercer lugar, Salomón afirma que Dios tiene un propósito para el tiempo (Ec. 3:14-15). Salomón se dio cuenta de que sólo Dios gobierna el tiempo y que nada puede ser añadido o restado a su propósito. Él hará lo que tenga que hacer, según su voluntad. Sólo él sabe todo lo que ha sucedido, está sucediendo y sucederá bajo el sol. Debido a que Dios ha limitado la capacidad del hombre de comprender lo que está sucediendo todo el tiempo, tu corazón debe ser atraído a confiar y seguir al único que puede traer verdadera alegría, satisfacción y significado a tu pequeño “segmento” de tiempo. Nada ni nadie podrá alterar lo que Dios hace, y todo será perfecto, en su tiempo y a su manera.

Dios juzgará

En cuarto lugar, Salomón recuerda que se debe evaluar con cuidado y precisión el carácter moral del tiempo actual (3:16-21). La maldad, la injusticia y la opresión se encuentran incluso en los lugares donde se espera ver y ex-

perimentar la rectitud; el tiempo bajo el sol ocurre en un contexto moralmente malo (3:16-17). Además, tus días son limitados y pronto terminarán (3:18-21). Por eso Salomón señala que algunos hombres adoptan la filosofía de comer y beber, porque mañana puede llegar la muerte. Sin embargo, los que entienden la verdadera sabiduría se dan cuenta de que Dios juzgará a los justos y a los malvados, porque hay un tiempo para cada asunto (3:17). Es posible que Pablo estuviera pensando en el consejo de Salomón cuando aconsejó a los cristianos de Éfeso que “[aprovecharan] bien el tiempo, porque los días son malos” (Ef. 5:16).

Dios redimirá el tiempo

Finalmente, Salomón reconoce que Dios redimirá el tiempo de una manera asombrosa para un propósito asombroso (Ec. 3:22). Salomón termina esta sección preguntando quién puede llevar al hombre “para que vea lo que ha de ser después de él” (3:22b). ¡Sólo Dios puede hacer esto! Él está en una misión para redimir lo que se perdió y restaurar lo que se rompió para que un día funcione como él lo estableció: “Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo... para que redimiese a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos... Así que ya no eres esclavo, sino hijo; y si hijo, también heredero de Dios por medio de Cristo” (Gá. 4:4-7). Eres heredero de una nueva y restaurada creación (Ro. 8:18-25; Ap. 21-22) aunque por el momento no puedas verla. Cristo venció a la muerte y un día revertirá los efectos de la maldición en esta tierra que te ha prometido como una gloriosa herencia.

Con base en lo anterior, vive tu vida poniendo tu mirada “en las cosas de arriba, no en las de la tierra” (Col. 3:2). Vive confiado en Dios, quien está en control de todo. Busca amarle y temerle todos los días de tu vida, sabiendo que tu vida está en sus manos.

Para reflexionar:

Regocíjate en saber que Dios está transformando el trabajo de tus manos en el trabajo de su mano para que él sea glorificado. Confía en él y sus propósitos para tu vida, y no te afanes nunca.



Cantares

por Emanuel Elizondo

“He aquí que tú eres hermosa, amiga mía; he aquí eres bella...” (Cnt. 1:15).

El Cantar de los Cantares no es un libro fácil de interpretar. Muchos creyentes no saben qué hacer con un libro que comienza así: “¡Oh, si él me besara con besos de su boca! Porque mejores son tus amores que el vino” (Cnt. 1:2). Quizá por eso no se escuchan muchos sermones de Cantares.

Si ese es tu caso, no eres el único que se siente así con respecto a este libro. Los antiguos judíos, al encontrar algunos versículos demasiado explícitos, postularon que el libro se trataba más bien del amor entre Dios y el pueblo de Israel. En los primeros siglos de la Iglesia cristiana, algunos intérpretes siguieron el mismo patrón que los judíos, y rápidamente se popularizó la interpretación alegórica del libro; es decir, que se trata del amor entre Jesús y la Iglesia.

Sin embargo, la interpretación de este precioso libro poético es, al final, bastante sencilla en esencia. Se trata de un poema que celebra el amor entre un esposo y una esposa. Pero no pienses que esto le quita espiritualidad al libro. Por el contrario, el amor y la intimidad sexual dentro del pacto matrimonial es el plan de Dios. Y, de hecho, a lo largo del libro de Cantares se puede ver la fidelidad de Dios de muchas maneras.

Dios es fiel al mostrar la belleza del amor

Cantares 1:15-16 muestra el siguiente diálogo: “He aquí que tú eres hermosa, amiga mía; he aquí eres bella; tus ojos son como palomas. He aquí que tú eres hermoso, amado mío, y dulce; nuestro lecho es de flores”. A lo largo del libro, por medio de poesía, metáforas y símiles, el autor —Salomón— demuestra que el amor es bello. El esposo constantemente alaba a su esposa, y la compara con las palomas, la grana, una torre, la gacela, el aceite, el panal de miel, un

huerto lleno de flores, etc. (Cnt. 4). De la misma manera, la esposa compara a su esposo con el manzano, el cervatillo, las flores, una paloma, etc. (Cnt. 2). Dios ha creado el deseo sexual para que sea legítimamente satisfecho dentro del pacto matrimonial.

En el Nuevo Testamento, Pablo usa el amor que Cristo tiene por su Iglesia para ilustrar el tipo de amor que el esposo debe tener por su esposa: “Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella” (Ef. 5:25). La fidelidad de Dios se demostró en la cruz, que es la manifestación más grande del amor. Si bien nada puede compararse con el amor que Cristo tiene para con los suyos, el amor en el matrimonio debe ser un reflejo del amor de Dios.

Dios es fiel al dar el pacto matrimonial

En seis ocasiones Salomón llama “esposa” a su amada (4:8-12; 5:1). Es cierto que, por desgracia, Salomón cayó en pecado al casarse con muchas mujeres, las cuales desviaron su corazón (1 R. 11:4). Algunos intérpretes piensan que quizás Salomón escribió este poema en un momento en su vida en el cual se dio cuenta de que el amor de pacto debe ser entre un hombre y una mujer, como escribió en Proverbios 5:18-19: “Sea bendito tu manantial, y alégrate con la mujer de tu juventud, como cierva amada y graciosa gacela. Sus caricias te satisfagan en todo tiempo, y en su amor recreáte siempre”.

Las Escrituras claramente revelan que el plan de Dios es el matrimonio entre un hombre y una mujer, para toda la vida (Mt. 19:4-6). Es allí donde los seres humanos encontrarán la verdadera libertad y la belleza de ser una sola carne con su pareja. Dios mostró su fidelidad para con los seres humanos desde el principio, cuando vio que no era bueno que el hombre estuviera solo, y le proveyó una ayuda idónea (Gn. 2:18). Esa fidelidad de Dios se ve en Cantares, pues muestra la belleza del pacto matrimonial por medio de la belleza del lenguaje poético.

Dios es fiel al revelarse a sí mismo en el amor

Si bien, como dije al principio, Cantares no es una alegoría del amor entre Cristo y la Iglesia, eso no quiere decir que no podamos encontrar paralelos

entre el amor en el matrimonio y el amor que Jesús tiene para con su pueblo. El amor de Jesucristo es completo y entregado (Ef. 5:25), como debe ser el amor entre los esposos. La Iglesia, la esposa del Cordero, es alabada y ataviada de manera bella para su boda (Ap. 19:7-8); de la misma manera, los esposos deben procurar alabar (de manera apropiada) a su cónyuge, y Cantares es un excelente ejemplo de ello.

Sin embargo, debes notar que al igual que hay similitudes, también hay diferencias. Mientras que el matrimonio entre Jesús y su esposa —la Iglesia— es eterno, el matrimonio en la tierra no lo es (Mt. 22:30). Eso habla de que el amor matrimonial en la tierra es tan solo una sombra que apunta al amor de pacto de Dios para con los suyos. Mientras que tu amor aquí en la tierra es imperfecto, el amor de Dios no tiene imperfección alguna. Puede que demuestres mucho amor; sin embargo, Dios es amor (1 Jn. 4:8). Al final, la fidelidad de Dios se demuestra en que “si [fueras infiel], él permanece fiel” (2 Ti. 2:13).

Conclusión

El libro de Cantar de los Cantares es una joya que habla del verdadero disfrute que hay en aquellos que siguen el plan de Dios. ¡Qué hermoso es el amor en el matrimonio! ¡Qué dolor hay para aquellos que lo niegan con sus actos! Mientras que a tu alrededor eres testigo de múltiples ejemplos de infidelidad, las Escrituras te muestran a un Dios fiel y lleno de amor que envió a Jesucristo al mundo para rescatar y presentarse a sí mismo una Iglesia gloriosa.

Para reflexionar:

Gózate en saber y reconocer que Dios es amor, te ama y te amará siempre. Él es un Dios fiel que no cambiará de parecer y que no solo te ama, sino que te permite amar y ser amado.



Isaías

por Eduardo Izquierdo

“Porque así dijo el Alto y Sublime, el que habita la eternidad, y cuyo nombre es el Santo: Yo habito en la altura y la santidad, y con el quebrantado y humilde de espíritu, para hacer vivir el espíritu de los humildes, y para vivificar el corazón de los quebrantados” (Is. 57:15).

Una paradoja es una figura literaria que consiste en una idea que aparenta ser una contradicción lógica pero que cuenta con cierto sentido y coherencia. Por ejemplo, en el contexto musical es importante tener armonía entre los diferentes instrumentos, algo que es posible si cada instrumento tiene su espacio y no buscan todos sobresalir al mismo tiempo. La frase que comúnmente se usa para recordar esto es: “menos es más”. Otro ejemplo se encuentra cuando en una reunión con amigos o familiares, cierta persona no llega a la reunión, y entonces se afirma que dicha persona “brilla por su ausencia”. Ambos casos son paradojas ya que, si bien aparentan ser una contradicción lógica, a la misma vez comunican una idea que tiene sentido para quien la escucha. En el Nuevo Testamento tanto Jesús como Pablo usaron este recurso del lenguaje para comunicar la idea de hacer morir el pecado (Mt. 16:25; 1 Co. 3:18). Hay una gloriosa paradoja en el libro de Isaías que te hará maravillarte ante la gloriosa fidelidad y majestad de tu Dios.

El alto y sublime

Al estudiar el libro de Isaías, el profeta expresa de principio a fin el poderío y la majestad de aquel que está sentado en el “trono alto y sublime” (Is. 6:1; 57:15; 66:1). Él es llamado “santo, santo, santo” (Is. 6:3; Ap. 4:8), y se afirma que “la virgen concebirá, y dará a luz un hijo, y llamará su nombre Emanuel” (Is. 7:14). Además, “se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de Paz” (9:6). Más adelante se le describe como

alguien que “se deleitará en el temor del Señor” (11:3, LBLA) y “que juzgará al pobre con justicia y fallará con equidad por los afligidos de la tierra” (11:4, LBLA). Si bien es cierto que esto traería consuelo y esperanza a aquellos que esperaban con ansias la llegada del Mesías, a partir del capítulo 13 de Isaías se encuentra lo inevitable: los gobernantes, los reyes, las naciones y el mismo diablo buscan lo que solamente le pertenece a aquel sentado en el trono alto y sublime. El deseo de hacerse “semejante al Altísimo” (14:14) o de “[alzar la] voz, y [levantar los] ojos... contra el Santo de Israel” (37:23) no tienen lugar delante de su poder y majestad, por lo que él pondrá fin a todos sus intentos (13:11). La realidad es que solo hay un Dios eterno que habita en la altura y santidad y permanece para siempre (40:8, 28; 43:13; 46:9-10; 57:15) y este ha puesto sus ojos en su siervo —Jesucristo— quien es exaltado en gran manera (42:1; 49:7; 52:13).

El siervo del Señor

El siervo del Señor es descrito de manera clara por Isaías. Capítulo tras capítulo Isaías se encargó de preparar el camino para presentar una descripción clara de quién es aquel sentado en el trono alto y sublime. No se trataba de un hombre poderoso o de una nación aguerrida, sino que se trataba del siervo sufrido descrito en Isaías 53. En Filipenses 2:5-11, Pablo hace esta recapitulación haciendo un énfasis importante en el ejemplo perfecto de humildad y obediencia de Cristo. Pero no queda solamente ahí, sino que termina dejando en claro la suprema exaltación del Señor Jesucristo. Él es aquel genuinamente contrito y humilde (Is. 57:15). Es la paradoja más gloriosa que puede haber: Él es mesías (9:6-7) y siervo (42:1-4) al mismo tiempo. La verdadera humildad muestra quien debe ser exaltado: Jesucristo. Nada ni nadie puede privarlo de “la gloria debida a su nombre” (Sal. 29:2-4). Si has sido lavado por su sangre puedes confiar en que “todas las cosas [te] ayudan a bien” (Ro. 8:28) simple y sencillamente porque él está sentado en su trono alto y sublime y no hay nadie que le pueda hacer frente. Gracias a la obra de Jesús eres adoptado como su hijo y tu pecado es perdonado (Is. 53:10). Por eso, lejos de buscar confiar en tus propias fuerzas, eres llamado a rendirte ante él porque, como el salmista recuerda, él está cercano “a los quebrantados de corazón” (Sal. 34:18): Él “atiende al humilde” (138:6). Solo confiando en él podrás gozar de fuer-

zas renovadas para todo aquello que venga durante tu vida en esta tierra (Is. 40:29-31).

Querido amigo, no existe otra verdad que pueda traer genuino consuelo, paz y fuerza a tu corazón hoy. El control de todo lo que sucede lo tiene aquel que está sentado en el trono alto y sublime. Nada se escapa de sus manos. El mismo que te ha dado vida estando antes muerto en tu pecado (Ef. 2:5) está cuidándote, amándote y preservándote. Que estas verdades perforen tu corazón y no te permitan vivir de una manera temerosa, sabiendo la grandiosa confianza que tienes en Cristo. Sin lugar a duda es en Jesús en quien se encuentra la paradoja más gloriosa de la historia de la humanidad, una paradoja en la que la majestad armoniza con la humildad. El Rey de reyes tomando el rol de siervo es un tesoro invaluable para el hombre ya que él es la única esperanza eterna. Reconoce su poder y majestad y proclama las palabras de Pablo: “Cristo [en nosotros es] la esperanza de gloria” (Col. 1:27).

Para reflexionar:

No hay nada más sorprendente y esperanzador que saber que tu Dios está en control de todo. Si eres su hijo no debes temer, sino confiar en aquel que te ama y que obrará todo para bien.



Jeremías

por Ricardo Daglio

“He aquí que yo soy Jehová, Dios de toda carne; ¿habrá algo que sea difícil para mí?” (Jer. 32:27).

Durante veintitrés años el profeta Jeremías anunció un mensaje constante, uniforme e invariable (Jer. 25:3). Era un mensaje que advertía acerca del juicio, cautiverio y desolación de la tierra y la conquista que Babilonia haría de toda la nación por causa de su infidelidad y pecado (25:5-11). La tierra quedaría en poder de sus enemigos y el futuro del pueblo a merced de extranjeros con costumbres que eran totalmente desconocidas para el pueblo de Israel. No había ningún tipo de esperanza en el horizonte. Nadie podía mirar la tierra de Israel como un lugar para hacer una inversión confiable para algún tipo de proyecto. Lo único que esperaban de acuerdo con el mensaje del profeta era que la tierra los vomitara de una vez por todas (Lv. 18:28; 20:22).

Una solicitud incierta

Pero Dios sorprende a Jeremías, “...diciendo: He aquí que Hanameel hijo de Salum tu tío viene a ti, diciendo: Cómprame mi heredad que está en Anatot; porque tú tienes derecho a ella para comprarla...” (Jer. 32:6-7). Debido al contexto, ¡esto era algo que no hacía sentido! Dios pide al profeta que haga una compra que parecía ser muy incierta. Él pide que invierta en una tierra de acuerdo con las leyes de la herencia; un proyecto que, frente a toda la perspectiva que Jeremías había dado acerca de lo que ocurriría en la tierra, era absolutamente irracional e incomprensible.

A pesar de lo incomprensible del mandato, el profeta obedeció: “Y compré la heredad de Hanameel, hijo de mi tío...” (32:9). Él hizo exactamente lo que Dios le mandó aunque no entendía: “Y después... oré a Jehová, diciendo: ¡Oh

Señor Jehová!... la ciudad va a ser entregada en mano de los caldeos... ¿y tú me has dicho: Cómprate la heredad por dinero, y pon testigos; aunque la ciudad sea entregada en manos de los caldeos?” (32:16-17, 24-25). Jeremías actuó en obediencia y fe, aunque el momento no parecía propicio, ya que sabía que el mandato era de parte de Dios: “Entonces conocí que era palabra de Jehová” (32:8).

Después de la obediencia del profeta “vino palabra de Jehová a [él], diciendo: He aquí que yo soy Jehová, Dios de toda carne; ¿habrá algo que sea difícil para mí?” (32:27). Aunque todo esto no hacía sentido y parecía que no había esperanza, Dios reafirma al profeta con esa verdad inmutable. Dios también revelaría acerca de la restauración futura de la nación (32:37-44). Jeremías hizo lo correcto, y el Señor cumpliría su propósito fielmente.

Pasos de fe

Los pasos de fe no son pasos al vacío. Tampoco son pasos presumidos. Son pasos que se dan apoyando los pies en la verdad que Dios ha hablado. Son pasos que se basan en la fidelidad de su palabra. Cualquier otro paso que no se basa en su palabra se encuentra lejos de ser una experiencia espiritual y solo conducirá a falsedad, creando problemas, generando dudas, confundiendo a los espectadores y sembrando sospechas sobre la obra de Dios y especialmente sobre las Escrituras. De manera que, cuando andes por fe, hazlo basado en lo que Dios dice, porque de otra manera no será una verdad sostenible. Esto no implica un enfoque romántico de la vida cristiana, sino una decisión racional que se basa en la documentación divina: la voz de Dios que vive y permanece para siempre. No tengas temor de obedecer a Dios cuando las circunstancias no parezcan acompañar las decisiones, sólo necesitas obedecer lo que Dios ha dicho y confiar en él. Jeremías así lo experimentó y Dios así se lo confirmó; no será diferente contigo.

Fidelidad inquebrantable

Pero ¿qué es lo que hizo que este hombre a quien el pueblo jamás escuchó continuara haciendo caso a Dios? Detrás de todo estaba la convicción de que Dios es fiel. A pesar de toda la infidelidad de la nación; a pesar de haber

abandonado al Señor, “fuente de agua viva, y [haber cavado] para sí cisternas, cisternas rotas que no retienen agua” (2:13); a pesar de su persistente idolatría y continuo desafío a la bondad de Dios; a pesar de todo esto, el Señor se mantuvo fiel. Dios no abandonaría a su pueblo. Él cumpliría sus promesas, aunque todo indicara lo contrario. Incluso en medio de las profecías que aseguraban la bendición futura, Dios les habla de la disciplina que estaba por venir: “Porque yo estoy contigo para salvarte, dice Jehová, y destruiré a todas las naciones entre las cuales te esparcí; pero a ti no te destruiré, sino que te castigaré con justicia; de ninguna manera te dejaré sin castigo” (30:11). Jeremías sabía que Dios amaba a su pueblo y que sería fiel en cumplir su palabra.

A pesar del clima desesperanzador que imperaba, antes de la compra de la heredad de su tío, el profeta Jeremías ya había tenido que expresar una de las verdades más alentadoras que haya recibido la nación —una verdad que hacía brillar una vez más la fidelidad del Señor a favor de ellos—: “Porque yo sé los pensamientos que tengo acerca de vosotros, dice Jehová, pensamientos de paz, y no de mal, para daros el fin que esperáis” (Jer. 29:11). Él sabía que había esperanza. El Señor cumpliría. Él sería fiel a su palabra, y el pueblo regresaría de la cautividad.

Experiencia propia

El apóstol Pablo dice que “por la paciencia y la consolación de las Escrituras” puedes obtener esperanza (Ro. 15:4). La experiencia del profeta Jeremías es un precioso ejemplo de esto ya que, en medio de las circunstancias más desalentadoras para el ojo humano, miró por encima de ello y confió en que Dios sabía lo que le pedía. Para Dios nada es imposible, y es además un Dios fiel. Ahora puedes echar mano de estas cosas y enfocarte igualmente en dar pasos de fe sobre lo que debas hacer “porque fiel es el que prometió” (Heb. 10:23).

Para reflexionar:

Confía en tu Dios y su palabra, que es verdad. No hay nada ni nadie que pueda limitar a tu Dios. Busca conocer su palabra cada día más para que seas transformado y que tu fe no falte nunca.



En ti confiaré

Lamentaciones

por Justin Burkholder

*“Por la misericordia de Jehová no hemos sido consumidos, porque nunca decayeron sus misericordias. Nuevas son cada mañana; grande es tu fidelidad”
(Lm. 3:22-23).*

Todos en algún momento de su vida se han enfrentado a algún tipo de dolor: enfermedad, pérdida de un ser querido, conflicto interpersonal, rechazo, etc. Seguramente tú no estás exento de haber sentido algún tipo de dolor en tu vida. Sea cual sea el sufrimiento, puede que te hayas preguntado si a Dios le importa tu dolor o incluso si Dios es bueno.

El libro de Lamentaciones manifiesta quizás la expresión más fuerte de estas preguntas. Lamentaciones es una oración poética que lamenta la caída de Jerusalén y del reino de Judá. Expresa el dolor de la ciudad al ser desolada y destruida por Babilonia. En general es un libro oscuro en su tono y triste en su contenido, recordando que aun la Biblia no se avergüenza del dolor y las preguntas difíciles. Este libro confronta la profundidad del dolor y del sufrimiento con la bondad y justicia de Dios. Hay cinco poemas en Lamentaciones que resumen una lección robustamente Dios-céntrica en cuanto al sufrimiento y la fidelidad de Dios.

Esperanza en medio de la aflicción

Lamentaciones no es el tipo de libro donde uno pensaría encontrar afirmaciones de la fidelidad de Dios. Al contrario, uno esperaría muchas afirmaciones de su justicia y su ira. Sin embargo, casi al centro del libro se encuentra este mensaje lleno de esperanza: “porque nunca decayeron sus misericordias. Nuevas son cada mañana; grande es tu fidelidad” (Lm. 3:22b-23).

Seguramente conoces estos versículos, pero es importante entender el contexto para dimensionar adecuadamente su importancia y relevancia. En este capítulo el autor está expresando su gran angustia causada por la justicia de Dios. Se siente completamente afligido y arrinconado por Dios: “Me cercó por todos lados, y no puedo salir; ha hecho más pesadas mis cadenas... Mis dientes quebró con cascajo, me cubrió de ceniza; y mi alma se alejó de la paz, me olvidé del bien” (3:7, 16-17). La aflicción es extrema. Es una angustia profunda en su propia alma. Lamentaciones 3:22-23 cobra mucha más claridad cuando se entiende la gran angustia y sufrimiento que estaban presentes en ese momento.

La esperanza del poeta viene del carácter de Dios, no de sus circunstancias. Si buscara esperanza en sus circunstancias, terminaría con las manos vacías. Sin embargo, el poeta no permite que sus circunstancias le cieguen de contemplar el carácter de Dios. Él sabe que Dios es bueno ya que ha visto y escuchado de la fidelidad de Dios a lo largo de la historia de Israel. Dios los había escogido, por gracia. Los multiplicó, los liberó de Egipto, les dio la tierra que les había prometido, les protegió de enemigos, proveyó para sus necesidades y bendijo sus cosechas. Dios hizo milagro tras milagro para proveer para su pueblo, aun cuando ellos tenían ídolos y rechazaban continuamente al único Dios verdadero. Él siguió siendo fiel, compasivo y misericordioso. Por eso podía el autor confiar en Dios y no en las circunstancias.

Dios es fiel y te ama cada mañana

La palabra “misericordia” que se lee en Lamentaciones 3:22b —“porque nunca decayeron sus misericordias”— tiene implicaciones más ricas de lo que se puede entender en español. La palabra en hebreo aquí para “misericordia” es *hesed* y, en este contexto, se refiere específicamente a un amor de pacto, fiel, ilimitado, inagotable e incondicional de Dios. Ese amor de Dios jamás se termina: es nuevo cada mañana (3:23a).

El autor evita una tentación común en medio del sufrimiento: juzgar a Dios con base en las circunstancias, en vez de juzgar las circunstancias a base del carácter de Dios. A menudo, el orgullo hace creer que mereces un trato mejor. Además, la ignorancia o una mala memoria de quién es él, lo que ha hecho

y hará, puede hacer que cuestiones a Dios. Sin embargo, Dios es bueno cada mañana y en todo momento. Su fidelidad es para siempre y él te ama incondicionalmente. Es fundamental recordar esto a diario, mucho más cuando te encuentres ante el sufrimiento.

La evidencia de la bondad de Dios hacia ti es verdaderamente abrumadora. Cada vez que te levantas de la cama en la mañana es una manifestación de la bondad y fidelidad de Dios. Él es quien te mantiene con vida, quien te permite respirar. El Señor provee techo para tu cabeza, comida sobre la mesa, y te brinda amistades y buenos momentos que disfrutas a diario. Dios es el dador de todo. Pero mucho más importantemente, él te ha perdonado tus pecados en Cristo para que puedas estar con él para siempre. Él ha cumplido sus promesas en Cristo. La cruz y la tumba vacía son evidencia de que él ha vencido. Por eso, cuando te enfrentes con dificultad, sufrimiento, dolor, aflicción y entonces empieces a dudar, es imperativo que mires a la cruz de Cristo: es por esa cruz y esa tumba vacía que Dios te ha demostrado su bondad y su infinito amor.

No sé a qué te estás enfrentando hoy, pero te puedo decir sin lugar a duda que Dios es fiel. Tus circunstancias no determinan la fidelidad de Dios, sino que es la fidelidad de Dios la que debe determinar cómo enfrentas las circunstancias difíciles en tu vida.

Para reflexionar:

¡Qué esperanza más grande es reconocer que Dios te ama y está contigo en medio de las pruebas de la vida! Él es un Dios fiel que abunda en bondad y que da misericordia al que no lo merece.



Ezequiel

por Eduardo Ortíz

“Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne. Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis en mis estatutos, y guardéis mis preceptos, y los pongáis por obra” (Ez. 36:26-27).

La razón principal por la que se debe realizar un trasplante de corazón en una persona es porque ese órgano está débil y enfermo. Por ende, requiere de un nuevo corazón que tenga la capacidad de bombear sangre rica en oxígeno al resto del organismo. Si no es trasplantado, la probabilidad de morir es muy alta. De forma similar, el hombre en su estado natural requiere de un trasplante de corazón pues está contaminado por el pecado: “[está muerto] en [sus] delitos y pecados” (Ef. 2:1b). Requiere, por lo tanto, de un corazón nuevo y sano que pueda oxigenar espiritualmente todo su ser y que le permita vivir.

El problema del corazón

El libro de Ezequiel narra de manera bellísima lo que Dios se propone hacer en los corazones del pueblo de Israel para que sean renovados espiritualmente. Dios va a trasplantar sus corazones debido a que se habían obscurecido y endurecido. Como pueblo santo de Dios ellos debían dar gloria a su santo nombre y mostrar entre las naciones la relación, el conocimiento y la bendición de Dios. Contrario a esto, el pueblo de Israel muestra una actitud de infidelidad a Dios, abandonando y desobedeciendo sus mandatos, contaminando la tierra con sus caminos (Ez. 36:17), adorando a sus ídolos (36:18) y menospreciando su santo nombre delante de las naciones (36:20), convirtiéndose así en un pueblo rebelde que no deseaba escuchar a Dios (2:3-7). Este pueblo tenía un grave problema: su propio corazón.

Ante esta situación, Dios interviene y trae juicio por medio de la destrucción de sus ciudades y el exilio (Ez. 5:12; 22:15; 36:19; Lv. 26:38; Dt. 28:64), ya que la santidad de Dios no puede ser profanada. En su exilio, perdieron toda esperanza de volver a sus casas y de su futuro. Pensaron que no tenían ya más oportunidad de vivir y que la destrucción llegaría. Por eso se preguntaban: “¿cómo pues viviremos?” (Ez. 33:10).

En un sentido, el hombre con un corazón de piedra hoy en día se encuentra igualmente “exiliado”, como Israel y como Adán y Eva, quienes fueron también exiliados del huerto. No hay solución humana que pueda cambiar la triste condición presente y futura del hombre. Sin Cristo no hay esperanza. Lo maravilloso de todo esto es que solo la gracia, la misericordia y la fidelidad de Dios pueden llegar a donde el hombre no puede llegar para solucionar su problema. Dios te ama y pacientemente espera que te arrepientas (2 P. 3:9); no te quiere más perdido en este mundo y sin esperanza.

La solución para el corazón

Dios, a la pregunta de su pueblo desesperado y perdido: “¿cómo pues viviremos?” (Ez. 33:10), responde de forma fiel y misericordiosa: “Vivo yo, dice Jehová el Señor, que no quiero la muerte del impío, sino que se vuelva el impío de su camino, y que viva. Volveos, volveos de vuestros malos caminos...” (Ez. 33:11). Aunque este texto aplica literalmente al pueblo de Israel y su restauración se cumplirá en el futuro (Jer. 31:33-34; Ro. 11:25-27), la maravillosa noticia es que, por su gracia y fidelidad y bajo el nuevo pacto en Cristo, esa limpieza y cambio de corazón se produce también en ti. Jesús mencionó a Nicodemo acerca del nuevo nacimiento a través del “agua y del Espíritu” (Jn. 3:5). Pablo también lo mencionó al decir que el creyente ha sido lavado, santificado, y justificado en “Jesús, y por el Espíritu de nuestro Dios” (1 Co. 6:11).

Dios lleva a cabo la regeneración del alma muerta en tres formas que son vitales para lograr el propósito de la restauración. Primero, él rocía “agua limpia” (Ez. 36:25), lo cual tiene que ver con el perdón divino (Sal. 51:2, 7). Esto solo es posible por la sangre y muerte expiatoria del Señor Jesucristo. En segundo lugar, Dios quita ese corazón de piedra que es obstinado, insensible e inclinado a la maldad (Gá. 5:19-21), e imparte nueva vida otorgando un corazón

nuevo y dócil que responde en obediencia a Dios. Además, da un “espíritu nuevo” (Ez. 36:26) que permite tener pensamientos y conductas correctas. Finalmente, Dios pone su propio Espíritu en cada uno (Ez. 36:27) con el propósito de guiar y ayudar a poner por obra su plan para que sean hombres obedientes, dispuestos a guardar su palabra (Ga. 5:16-18).

Hay esperanza para tu corazón

Israel no merecía la restauración. Sus actos constantes de desobediencia habían ofendido y profanado el “santo nombre” (Ez. 36:22) de Dios. Del mismo modo tú no la mereces. No tienes ninguna obra de justicia que te pueda restaurar ni dar esperanza. Sin embargo, la buena noticia es que su fidelidad y su gracia son más grandes que tus iniquidades. Por eso, en Cristo puedes ser perdonado y redimido (Tit. 3:4-7).

Puede que hoy tu condición sea la de un alma muerta (Ef. 2:1), sin esperanza, entristecida por el pecado. Sin embargo, esto puede cambiar. Dios puede darte vida y darte un nuevo corazón con el cual podrás amar a Dios y a los demás; podrás perdonar y vivir la vida con la esperanza de las promesas que Dios te otorga como su hijo. Solo en él podrás ver la vida con sentido y verdad, porque tu corazón estará irrigando oxígeno sano y adecuado a tu ser. Durante los años que he pastoreado la iglesia del Señor, Dios me ha permitido contemplar la transformación de corazones que llegaron afligidos, tristes, derrotados y sin esperanza. No hay mayor milagro que ver a los hombres volver a la vida, ser testigo de un nuevo nacimiento por la fidelidad, misericordia y poder de Dios perdonando y cambiando vidas.

Para reflexionar:

No estés triste, perdido y sin esperanza. Solo ven a los pies de Dios y permite que él, por medio de su Hijo Jesucristo, cambie tu corazón de piedra por un corazón de carne, para gozo y vida eterna.



En ti confiaré

Daniel

por Josué Ortíz

“pero en aquel tiempo será libertado tu pueblo, todos los que se hallen escritos en el libro. Y muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados, unos para vida eterna, y otros para vergüenza y confusión perpetua” (Dn. 12:1c-2).

¿Has tratado de armar algo sin antes leer las instrucciones? Yo sí. Mi esposa y yo esperábamos el nacimiento de nuestra primera hija y, para prepararnos, adquirimos una cuna de esas que son armables y desarmables. Estas cunas son prácticas porque las puedes llevar contigo a dondequiera que vayas. Pensamos que no necesitábamos leer el instructivo porque se veía relativamente fácil de armar; sin embargo, ¡estábamos equivocados! Al paso de unos cuantos minutos de “pelear” con la cuna porque no quería cooperar, un terrible sonido de “crac” se escuchó. Mi esposa y yo nos miramos a los ojos: ¡la habíamos roto! Ambos comenzamos a reír sin parar. Nuestra hija aún no había nacido y nosotros ya estábamos cometiendo errores como padres.

En el sentido espiritual a veces se hace lo mismo. El ser humano quiere vivir su vida cristiana sin leer la instrucción que Dios le ha dejado. Abre la Biblia en un determinado libro, después de unas semanas lee un poco de otro, y al paso del tiempo cambia una vez más. Pero la Biblia no se puede leer así.

La Biblia es la revelación de quién es Dios y cómo rescata a la creación y a la criatura por medio de Dios el Hijo. Cada libro de la Biblia despliega su revelación y plan. Dios es un Dios fiel en revelarse y salvar, y fiel en hablarte y rescatarte. El libro de Daniel no es la excepción: Dios despliega su evangelio, su voluntad de rescatar y su misión de salvar.

La soberanía de Dios

Daniel tenía 14 años aproximadamente cuando fue capturado en el año 605 a. de C. en Jerusalén. El imponente reino de Babilonia no solamente capturaba ciudadanos, sino que también destruía ciudades. Judá y Jerusalén no fueron la excepción: la ciudad quedó en ruinas. Años atrás, el profeta Habacuc ya había profetizado que este cautiverio llegaría, a menos que los hijos de Dios se arrepintieran genuinamente (Hab. 1:5-12). Desafortunadamente, no fue así y, por lo tanto, fueron disciplinados por medio de la conquista de Babilonia. Dios disciplina al que ama (Heb. 12:7).

De tal modo que, al inicio del libro de Daniel, las cosas no iban nada bien para la nación que había abandonado a Dios. Sin el reino del norte, que había caído a manos de los Asirios 117 años atrás (2 R. 14-20), y sin el reino del sur, Judá, no habría línea por la cual el Mesías podría llegar —y sin Mesías, no habría salvación—. El inicio oscuro de Daniel fue profundamente preocupante para el lector original de este libro: el pueblo de Dios estaba cautivo, era rebelde e incrédulo, la ciudad fue destruida, el templo fue profanado y estaban sin aparente escapatoria. Pero Dios es fiel y soberano.

El hecho de que Dios ya había profetizado años atrás que este evento sucedería, demuestra que nada toma por sorpresa a Dios. Israel no había sido abandonando —Dios es fiel a sus promesas—. Israel no había sido vencido permanentemente —Dios es fiel a su pueblo—. El plan mesiánico aún estaba por cumplirse —Dios es fiel a su rescate—. El punto del libro de Daniel es precisamente mostrar que la redención llegaría en el momento en el que más lo necesitaban. Es un claro recordatorio de que Dios es soberano. Nada se interpone a la voluntad de Dios: ni el imperio más poderoso del mundo, ni un enemigo oscuro, ni una nación rebelde.

La promesa de Dios

En el libro de Daniel se encuentran asombrosas visiones que dibujaban el futuro desde la perspectiva de Daniel. Estas visiones estaban diseñadas para que Daniel y sus lectores descansaran en que Israel no estaba totalmente destruido. En otras palabras, el fin de Israel no había llegado. A pesar de la constante

rebeldía de Israel, Dios permanecería fiel a sus promesas. Ya en el cautiverio, Daniel recibe la revelación de que Dios “levantará un reino que no será jamás destruido” (Dn. 2:44). Será un reino como ningún otro —un reino que “permanecerá para siempre” (2:44)—. Este reino traería paz, justicia y prosperidad a un mundo que se duele por el terrible dolor del pecado.

El libro de Daniel es una joya de la fidelidad de Dios: Él aún hablaba a pesar de que la nación estaba en cautiverio. Dios se revela, rescata y se muestra glorioso en cada página. Es claro que reyes caerán, pero Dios nunca lo hará. Y al final de los tiempos la promesa es clara: “pero en aquel tiempo será libertado tu pueblo, todos los que se hallen escritos en el libro. Y muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados, unos para vida eterna, y otros para vergüenza y confusión perpetua” (12:1c-2).

El concepto de vida eterna no es exclusivo del Nuevo Testamento. Dios desde siempre ha ofrecido vida a todo aquel que cree en él: un reino eterno, con un Dios eterno, en una gloria eterna. Eso sí es vida: vida eterna y plena en él. El reino eterno de Dios será el momento en el que la culminación de la profecía de Daniel se lleve a cabo. Al leer el libro de Daniel podrás ver las promesas fieles de Dios a un pueblo que no se merecía fieles promesas.

El libro de Daniel también te recuerda que mientras vivas en esta tierra, no debes doblar tus rodillas ante reyes terrenales. No caigas en idolatría de cosas materiales, pasajeras, temporales y carnales. Que al igual que Sadrac, Mesac y Abed-Nego, estés convencido de que seguir a tu Dios vale la pena y que no se compara con nada más. Que puedas unirte a ellos al decir: “He aquí nuestro Dios a quien servimos puede librarnos...” (3:17). Esto requiere una confianza absoluta, sabiendo que, a pesar de cualquier clase de aflicción, persecución y dolor, él puede librarte, si es su voluntad.

Para reflexionar:

Dios ha cumplido sus promesas siempre. Todo lo que ha prometido se ha cumplido y se cumplirá. Por eso, confía en él, cree en su palabra y aférrate a la verdad para que vivas en paz.



Oseas

por Santiago Armel

“Me dijo otra vez Jehová: Ve, ama a una mujer amada de su compañero, aunque adúltera, como el amor de Jehová para con los hijos de Israel, los cuales miran a dioses ajenos, y aman tortas de pasas” (Os. 3:1).

Imagina a un esposo que le diga a su mujer: “Te amo con todo mi corazón. Eres lo más importante para mí. Eres la mujer más bella que conozco...”, pero que al mismo tiempo le dijera: “Tendrás mi fidelidad solamente el 90% del tiempo. Prometo serte fiel el 90% de mi vida, pero el 10% restante te seré infiel”. Suena absurdo, ¿cierto? Lo es, pero lo cierto es que la actitud del pueblo de Israel era aún más descarada que esta escena hipotética. La adoración en tiempos del profeta Oseas era adoración de labios hacia afuera, con ritos externos, pero con un corazón lejos de Dios. No obstante, y a pesar de la dureza de corazón y el adulterio espiritual de Israel, Dios prometió mantener su pacto perpetuo con esta nación, resaltando una vez más la gloriosa fidelidad de nuestro Dios.

Un Dios siempre fiel

El libro de Oseas se desarrolla en medio de la prosperidad que vivía el reino del norte en Israel. La abundancia de pertenencias materiales les hizo pensar que su relación con Dios marchaba bien; sin embargo, Dios deja al descubierto su realidad y les dice que no eran más que un pueblo adúltero que se prostituía con cualquier dios que les ofreciera una paga momentánea. A pesar de esta traición generalizada por parte de Israel, Dios decide recordarles que, aunque ellos fueran infieles él permanecería fiel a sus promesas (Os. 14:4).

De manera impactante, Dios pide a su siervo Oseas que se case, ame y restaure a una mujer prostituta (1:2; 3:1). Todo esto lo hace Dios con el fin de

ilustrar su relación con su pueblo traicionero. La profecía de Oseas magnifica la fidelidad de Dios hacia un pueblo infiel, pero también recuerda al lector del estado espiritual de toda alma antes de ser rescatada por Cristo (Ef. 2:1).

Lo vil y menospreciado

Hoy en día muchos piensan en su salvación de manera romántica. Es cierto que las Escrituras afirman que la Iglesia es la esposa de Cristo (5:25), y esto podría llevar a algunos a concluir que Dios ha fijado su atención en ellos tal como lo hace un hombre enamorado hacia su hermosa doncella. Sin embargo, este no es el panorama que presenta la Biblia, sino todo lo contrario. Por más crudo y chocante que suene, Dios no vio nada bueno en Israel ni en ti para elegirte (Dt. 7:7-9; 1 Co. 1:27-28). Como una prostituta que va tras sus amantes y que se resiste a estar en casa fiel a su marido, así es el hombre en su relación natural con Dios (Stg. 4:4). Cuando Dios ve a los seres humanos antes de estar en Cristo, solamente puede ver cadáveres espirituales (Col. 2:13; Ef 2:5), huesos secos que no tienen vida (Ez. 37) y que carecen de toda sensibilidad para las cosas de Dios (Zac. 7:12; Hch. 28:27; Ef. 4:18-19). Esta es la imagen de la primera cita entre Dios y el hombre: un rey celestial, hermoso y glorioso, se encuentra con seres que hieden ante la podredumbre de sus pecados.

Sin embargo, por su propio beneplácito y de una manera que no se puede explicar completamente, Dios decide poner su mirada de amor sobre algunos de estos cadáveres espirituales. No hay explicación en el universo que se pueda dar, más allá de que él soberanamente decide amarlos (Ef. 2:8). No vio nada hermoso en ellos. No vio nada que pudiera causarle agrado, sino que, por el contrario, como bestias salvajes huían de él. Pero él, en un acto de gracia soberana decide hacer un pacto con ellos y atraerlos hacia sí mismo (Jn. 6:44). Él remanga su manga, estira su brazo y de en medio de la suciedad los saca y los pone en su mano (10:28). Y allí, con la delicadeza más tierna, los limpia de sus maldades (Heb. 10:10) y les dice: “No te desampararé, ni te dejaré” (13:5).

Un amor sinigual

¿Qué se puede decir ante un amor y fidelidad tan incomparable? Los seres humanos naturalmente dan su amor y fidelidad hacia otros seres humanos

que son recíprocos a sus afectos. Pero el amor de Dios es un amor fuera de este mundo. Es un amor que ama a quien no tiene nada para ofrecerle a cambio: es un amor de pura gracia. En Oseas 3:1 hay un contraste entre el amor de Dios y el amor adúltero de Israel. Mientras que el amor de Dios es noble, abnegado, generoso y protector, el amor de Israel era un amor maligno, egoísta, autoindulgente y enfocado en su propio placer.

Hoy en día, como parte de la esposa de Cristo, tu llamado es a vivir de una manera digna y fiel a tu Señor. Puede ser que en la iglesia haya personas que definitivamente no sean hijos de Dios. Sus vidas no han dado ningún fruto y simplemente se engañan a sí mismas esperando el día que escuchen: “Nunca os conocí; apartaos de mí” (Mt. 7:23). Al mismo tiempo, puede haber creyentes verdaderos que estén tambaleándose en su fe en este momento. Puede que estén viendo sus pies resbalar y quieren abandonar la fidelidad a su Dios. Posiblemente el pecado les está dando una fuerte embestida. Este puede ser tu caso hoy. ¿Te estás sintiendo tentado a traicionar a Dios? Te suplico que consideres a Cristo. Recuerda sus heridas en la cruz por tus pecados. Medita en cómo él te rescató de la vana manera de vivir que llevabas. No te distraigas, ¡Considera a Cristo! recuerda que él te ha amado de pura gracia y sería una locura traicionarle a aquel que permanece fiel.

Para reflexionar:

Reconoce lo que Dios ha hecho por ti. Reconoce que sin él no serías nadie y vivirías como muerto, sin esperanza alguna. Vive tu vida para él, adórale y ámale con todas tus fuerzas.



En ti confiaré

Joel

por Alejandro Peluffo

“Rasgad vuestro corazón, y no vuestros vestidos, y convertíos a Jehová vuestro Dios; porque misericordioso es y clemente, tardo para la ira y grande en misericordia, y que se duele del castigo” (Jl. 2:13).

El escritor norteamericano Mark Twain, famoso por sus dichos sarcásticos, dijo en una oportunidad: “Dejar de fumar es la cosa más fácil del mundo. Yo lo sé muy bien, pues lo he hecho miles de veces”. Esto refleja una triste realidad: cambiar un hábito es la cosa más difícil del mundo. Cuesta mucho dejar de hacer lo que se sabe que está mal. El concepto bíblico central para que exista un verdadero cambio se llama arrepentimiento. La doctrina del arrepentimiento es clave no solo para la salvación sino también para la santificación. Sin arrepentimiento genuino no hay cambio verdadero ni duradero. Y el gran problema que presenta es que se puede confundir fácilmente con remordimiento, que es un pseudoarrepentimiento. Ese era el problema de Israel y de Judá, y ese es el gran tema del libro de Joel.

El remanente

Joel es el libro donde más se concentra el tema escatológico del Día del Señor. Una plaga de langostas ha devastado la tierra, arruinando la cosecha y trayendo pobreza extrema. Y Joel dice que las cosas iban a empeorar hasta que llegara el Día de Jehová (1:15; 2:1, 11, 31; 3:14). Cada evento en el libro tiene que ver con este “día”: Dios intervendrá de manera sobrenatural para derramar juicio sobre la maldad, tomará venganza de sus enemigos y también traerá juicio contra su pueblo rebelde. Pero, porque Dios ha hecho un pacto con su pueblo escogido, el Día del Señor conducirá también a la restauración gloriosa de un remanente humilde y leal a Jehová (2:32). El pueblo entonces es llamado a arrepentirse para que Dios, en su misericordia, les restaure y derrame sobre ellos bendiciones.

Este concepto de un remanente es esperanzador, pero a la vez perturbador, puesto que implica que Dios volverá a tener misericordia de su pueblo, pero no de todos, sino solo de unos pocos de entre ellos. Por eso es crucial distinguir el genuino arrepentimiento. Este remanente será caracterizado por humildad y celo por las cosas de Dios, y será formado por todos aquellos que genuinamente se conviertan a Jehová, humillándose y buscándole de todo corazón.

Más allá del remordimiento

El propósito del libro es llamar al pueblo de Dios al arrepentimiento para así evitar peores castigos de parte de Dios, y en lugar de ello recibir bendición y restauración. Joel 2:12-14 es la declaración más clara y contundente de lo que es el verdadero arrepentimiento y qué papel juega el remordimiento en él. Al igual que 2 Corintios 7:8-10, Joel distingue entre tristeza (remordimiento) y arrepentimiento que produce cambio (conversión). En estas pocas líneas se encuentran todos los elementos del verdadero arrepentimiento y una clara advertencia a no conformarse con el remordimiento.

El verdadero arrepentimiento siempre es urgente (ahora) porque es una gracia de Dios. Nadie puede presumir de él. El verdadero arrepentimiento a veces incluye tristeza, pero siempre implica volverse a Dios. Cuando es genuino, el arrepentimiento incluye estos tres elementos: confesión —“lloro y lamento” (Jl. 2:12)—; contrición —“ayuno y lloro y lamento... Rasgad... vuestros vestidos” (2:12-13)—; y conversión —“convertíos a mí... Rasgad vuestro corazón... convertíos a Jehová” (2:12-13)—. En cambio, el remordimiento solo contiene los dos primeros elementos: confesión y contrición.

Cambio de dirección

La clave es el cambio de dirección: volverse del pecado a Dios. Si hay tristeza, pero no hay un enfoque hacia Dios, todos los cambios que se hagan serán penitencias; es decir, actos de autohumillación, mortificación o devoción, realizados para mostrar tristeza o arrepentimiento por el pecado. En otras palabras, son acciones para compensar una ofensa. Esto es lo que Pablo llama “tristeza del mundo” que conduce a la muerte (2 Co. 7:10): el pecador se vuel-

ve de su pecado a las obras, para —por medio de ellas— tratar de satisfacer a Dios. En el genuino arrepentimiento, el pecador se vuelve del pecado que lo condena, a lo que Dios ha hecho para salvarlo. El pecador busca gracia perdonadora, gracia salvadora. En el remordimiento, el pecado siempre regresa, porque no hay poder en las obras humanas para vencerlo. Esa tristeza según el mundo se basa en el orgullo y alimenta el orgullo.

El arrepentimiento verdadero, en cambio, se basa en el carácter de Dios “porque misericordioso es y clemente, tardo para la ira y grande en misericordia, y que se duele del castigo” (Jl. 2:13b). Es porque Dios es fiel para con los suyos, que puedes confiar que serás perdonado, librado y cambiado cuando lo busques quebrantado por tu pecado. Cuando confiesas tus pecados, arrepentido, “él es fiel y justo para perdonar [tus] pecados...” (1 Jn 1:9). La garantía del resultado no eres tú, sino el carácter y la fidelidad de Dios. El fruto del genuino arrepentimiento se traduce en una actitud humilde: “¿Quién sabe si volverá y se arrepentirá y dejará bendición tras de él...?” (Jl. 2:14). El pecador perdonado ya no se centra en su propio beneficio sino en adorar a Dios. Por eso Joel describe la bendición resultante como “ofrenda y libación para Jehová” (2:14).

Esta contundente declaración sobre el genuino arrepentimiento está vigente en cada una de sus partes porque se basa en la fidelidad de Dios. No debería sorprenderte que el Nuevo Testamento comience con un llamado al arrepentimiento en boca de Juan el Bautista. Tampoco que en su primer sermón Pedro urja a sus oyentes a que se arrepientan y cite las bendiciones prometidas en este libro de Joel. Mucho menos que Pablo también use Joel 2:32a: “porque todo aquel que invocare el nombre de Jehová, será salvo” (Ro. 10:13). Porque Dios es fiel, si tú te arrepientes ahora de todo corazón, y te vuelves a él por medio de Cristo y su obra en la cruz, tú también recibirás salvación.

Para reflexionar:

Que tu vida sea siempre un ejemplo de humildad y arrepentimiento. Que puedas dolerte por tu pecado y, al mismo tiempo, gozarte en la salvación que Dios brinda por gracia, por medio de la fe.



Amós

por Carlos Llambés

“Y traeré del cautiverio a mi pueblo Israel, y edificarán ellos las ciudades solitarias, y las habitarán; plantarán viñas, y beberán el vino de ellas, y harán huertos, y comerán el fruto de ellos. Pues los plantaré sobre su tierra, y nunca más serán arrancados de su tierra que yo les di, ha dicho Jehová Dios tuyo” (Am. 9:14-15).

Si das un paseo por el Antiguo Testamento te darás cuenta de que los tres grandes males del pueblo de Dios se pueden resumir en los siguientes: idolatría, ritualismo religioso e injusticia social. En el libro de Amós se dejan ver los tres muy claramente. Sin embargo, Dios no está ausente, y llama al arrepentimiento apuntando a una esperanza futura que deja ver su misericordia y un futuro glorioso para el remanente escogido.

Juicio inminente

El profeta Amós fue un portavoz vigoroso de la justicia de Dios. Este pastor, quien además cultivaba higos en Tecoá, es llamado por el Señor a pesar de que carece de educación o formación sacerdotal. La misión de Amós está dirigida a su vecino del norte, Israel. Amós ve que, a pesar de la prosperidad y el poder externos de Israel, internamente la nación es corrupta hasta la médula. Los pecados por los cuales Amós denuncia a la gente son extensos: negligencia de la Palabra de Dios, idolatría, adoración pagana, avaricia, liderazgo corrupto y opresión de los pobres. Amós comienza pronunciando un juicio sobre todas las naciones vecinas, luego sobre su propia nación de Judá, y finalmente el juicio más severo se lo da a Israel. Sus visiones de Dios revelan el mismo mensaje enfático: el juicio está cerca.

El juicio inminente de Dios sobre Israel no sería un simple golpe punitivo para advertir (Am. 4:6-11), sino una destrucción casi total. Estaba a punto de

ocurrir lo impensable: como no se habían consagrado fielmente a su señorío, Dios entregaría a su pueblo elegido en manos de una nación pagana. Aun así, si se arrepintieran, había esperanza de que “el Dios de los ejércitos[tendría] piedad del remanente...” (5:15; ver 5:4-6, 14). De hecho, el Señor tenía un futuro glorioso para su pueblo, más allá del juicio inminente. La casa de David volvería a gobernar sobre Israel, incluso extendiendo su dominio sobre muchas naciones, e Israel estaría una vez más seguro en la tierra prometida, festejando con vino y fruta (9:11-15). El Dios de Israel, el Señor de la historia, no abandonaría a su pueblo elegido o su programa de redención predeterminado.

Restauración futura

El libro termina con la promesa de Dios a Amós acerca de la futura restauración del remanente de Israel. Amós termina con una gloriosa promesa para el futuro: “Pues los plantaré sobre su tierra, y nunca más serán arrancados de su tierra que yo les di, ha dicho Jehová Dios tuyo” (9:15). El cumplimiento final de la promesa de la tierra de Dios a Abraham (Gn. 12:7; 15:7; 17:8) ocurrirá durante el reinado milenar de Cristo en la tierra (Jl. 2:25-27). Apocalipsis 20 describe el reinado de mil años de Cristo en la tierra, un tiempo de paz y gozo bajo el gobierno perfecto del Salvador mismo. Ese día vivirán y reinarán con Cristo junto a todos los que han sido lavados por la sangre del Cordero (Ap. 5:9).

El Dios por quien habla Amós es Dios soberano, y gobierna sobre todo cuanto existe. Él usa una nación contra otra para llevar a cabo sus propósitos (Am. 6:14). Él es el gran Rey que gobierna todo el universo (4:13; 5:8; 9:5-6). Como es soberano, el Dios de Israel tiene en sus manos la historia y el destino de todos los pueblos y del mundo. Israel debe saber que no solo es el Señor de su futuro, sino que también es el Señor de todo, y que tiene propósitos que van mucho más allá de sus fronteras. Israel tenía un reclamo único, pero no exclusivo, de Dios. Israel necesitaba recordar no solo los compromisos del pacto, sino también sus obligaciones de pacto con Dios.

Arrepentimiento requerido

A la luz de Amós, es evidente que el Señor de la historia no abandona a su pueblo escogido. Sin embargo, hay un llamado de parte de él al arrepenti-

miento. La Biblia, en repetidas ocasiones, muestra que el Señor es un Dios de segundas, terceras y cuartas oportunidades. Una muestra de ello se encuentra en el libro de Amós, en el cual Dios llama a un hombre poco probable para profetizar y llevar su mensaje a su pueblo, exhortándolos a volverse a él. Aunque lo había hecho anteriormente, él seguía teniendo misericordia y les brindaba esperanza al saber que él cumpliría su palabra y sería fiel a pesar de la infidelidad de ellos.

La sociedad de hoy no es muy diferente. La Iglesia de Dios tampoco es muy diferente. Como hijo de Dios eres capaz de caer en los mismos pecados en que cayó Israel. Si embargo, al igual que en aquellos tiempos, Dios te da la oportunidad de arrepentirte, de volverte a él con la esperanza de hallar misericordia. Si ese es tu caso, puedes estar confiado de que el Señor no abandona a los suyos. Él no te dejará. Él es fiel a sus promesas. Pedro lo expresó de la siguiente manera muchos años después de que Amós profetizara: “Así que, arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados; para que vengan de la presencia del Señor tiempos de refrigerio” (Hch. 3:19). Dios es misericordioso y perdonador; es “tardo para la ira y grande en misericordia, [y] perdona la iniquidad y la rebelión” (Nm. 14:18). Aunque todos sean infieles, Dios permanece fiel e inquebrantable a su pueblo. Confía en aquel que hace todo nuevo, aquel que da gracia y misericordia a montones, sabiendo que nunca te desampará.

Para reflexionar:

Dios siempre ha cumplido lo que ha prometido, por eso puedes estar seguro de que terminará lo que ha comenzado en tu vida. Vive confiado en él y vive para él, conforme a su voluntad.



Abdías

por Heber Torres

“y el reino será de Jehová” (Abd. 21b).

En la Biblia encuentras historias de hermanos enfrentados entre sí en competencia extrema: Caín y Abel, Raquel y Lea, o el mismo José vendido por sus hermanos. Pero, sin duda, un conflicto dominante a lo largo del Antiguo Testamento es el que tuvo lugar entre Jacob y Esaú, y sus descendientes. Génesis 25 informa cómo desde el vientre de su madre ya contendían. Y es precisamente esta rivalidad la que subyace en el libro de Abdías.

La profecía se escribe poco después del ataque de Edom contra Jerusalén, aproximadamente en el 845 a. de C. bajo el reinado de Joram (2 Cr. 21:1, 8-20). Con el tiempo, Esaú y sus descendientes se sitúan en una región montañosa al sur del mar Muerto. En Números 20 se lee cómo Edom prohíbe a Israel atravesar su territorio cuando el pueblo viaja desde Egipto a la tierra prometida. Pero, a pesar de ello, Dios demandó a Israel que tratase con respeto y delicadeza a Edom (Dt. 23:7). No obstante, los edomitas siempre guardaron rencor a sus “hermanos” israelitas.

Fidelidad en castigar

A lo largo de este breve libro encontrarás palabras muy duras en contra de Edom, y la pregunta entonces es inevitable: ¿qué es lo que ha sucedido para que este pueblo pase de tener que ser respetado por el pueblo de Israel a ser condenado por Dios mismo? No existe una sola nación en toda la Biblia que sea reprendida más veces de manera directa por parte de Dios (Sal. 83:5-18; 137:7; Is. 11:14; 21:11-12; 34:5; 63:1-6; Lm. 4:21-22; Ez. 25:12-14; 35:1-15; Jl. 3:19; Am. 1:11-12; 9:11-12; Mal. 1:2-5). Pero el juicio en contra de Edom no es un capricho divino. En Abdías 10-14 se encuentra una lista de los pe-

cados que habían despertado el celo y la ira de Dios: confiaban en sus aliados poderosos, descansaban en su ubicación geográfica entre montañas y se creían inexpugnables. Pero lo que Dios reprueba especialmente es que ignoraron la necesidad de su hermano Jacob (Abd. 10-11) hasta disfrutar de las desgracias y penurias de Israel (12). Los saquearon y desvalijaron (13) y fueron crueles (14), matándolos y entregándolos para ser ejecutados, sin misericordia de los heridos o de los huidos.

A lo largo de los años, Edom se había aliado con distintas potencias para protegerse y luchar contra Israel. Sin embargo, el profeta anuncia que esos grandes imperios terminarían por quedarse con su riqueza y posesiones. Humanamente este mensaje resultaba una locura a los ojos de aquellos receptores originales. ¡Ni judíos ni edomitas podían creer lo que se estaba diciendo! Edom acaba de derrotar de manera total a Israel y se enseñorea sobre su enemigo íntimo. Pero Dios es fiel. Y aunque en este momento se encuentra victorioso frente a sus enemigos y en Israel solo quedan ruinas, el Señor anuncia el castigo de Edom y la restauración de su pueblo en Sion.

De alguna manera, Edom ejemplifica la corrupción y rebeldía de todos los hombres. De una humanidad que reniega y rechaza la autoridad de Dios. Así que Abdías, movido por el Espíritu de Dios, va a hacer extensible este juicio desde Edom a todas las naciones. Como menciona el versículo 16, Dios mismo ejecutará su sentencia y los pueblos, tal y como fueron conocidos, dejarían de existir.

Fidelidad en preservar

El primer nombre con el que se presenta a Dios en el libro es “Yahveh” —el Dios del pacto—, que se traduce como “Jehová” (1). Él es aquel que promete y se compromete con su pueblo, pero no porque Israel fuese mejor que Edom. Se sabe que Esaú era un hombre carnal, preocupado por lo material y lo inmediato: comida, disfrute, dinero. Pero Jacob también lo era: manipulador y mentiroso, complaciente y condescendiente. La prosperidad de Israel nunca sería resultado de su grandeza, su nobleza o su piedad (Dt. 7:6-11). Con todo, Dios es fiel a sus promesas: fue Él quien los preservó de las dificultades, los ataques y las deportaciones. Fue él quien articuló todas las cosas para que el Mesías se encarnase. Y será él, como termina diciendo el versículo 21, el que

hará posible el que un día desde Sion se levanten cantos de adoración al Señor, mientras el Mesías se sienta en el trono de su padre David.

Edom se mantuvo siempre cerca de Israel, de sus profetas, de sus milagros, de su Mesías, pero su final fue realmente desastroso. En el año 37 a. de C., un edomita descendiente de Esaú, fue declarado *rey* de Judea bajo la supervisión de Roma. Su nombre era *Herodes el grande*. Resulta sorprendente comprobar cómo un hijo de Esaú trató de aniquilar al verdadero descendiente de Jacob, a Cristo. Pero finalmente, los que fueron borrados de manera casi total fueron los propios edomitas, cuando murieron tratando de proteger Jerusalén de los ataques de Roma en el año 70 d. de C. El versículo 18 se cumplió de manera literal, y de la misma forma que Jerusalén fue desolada, así también lo fue Edom.

Si Dios no interviene de una manera poderosa, tu condición no es mejor que la de Esaú y sus descendientes. No hace falta hacer un profundo ejercicio de introspección para descubrir que, al igual que Edom, tiendes a ser orgulloso y soberbio, y confías demasiado en tus capacidades. Si este es tu caso, confiesa tu pecado y acude sin tardar a aquel que es fiel y justo para revertir tu condición (1 Jn. 1:9). Si ya has experimentado el perdón en Cristo Jesús, glorifica a tu Señor; da gracias al Dios que es soberano y fiel, a aquel que cumple lo prometido y que preserva a los suyos aun en medio de las circunstancias más desfavorables. Y así lo hará hasta el día en que su reino sea establecido para siempre.

Para reflexionar:

Si eres honesto, a la luz de la Escritura, no habría un rayo de esperanza para ti, si el Señor no hubiese transformado tu vida. Glorifícalo en cada aliento de tu ser, sabiendo que él es un Dios fiel.



Jonás

por José Alcívar

“¿Y no tendré yo piedad de Nínive, aquella gran ciudad donde hay más de ciento veinte mil personas que no saben discernir entre su mano derecha y su mano izquierda, y muchos animales?” (Jon. 4:11).

Usualmente los “profetas menores”, llamados así por su extensión, son olvidados. Se colocan injustamente en un cajón que no se abre muy a menudo, y se confunde el término “profeta menor” con poca relevancia o utilidad. ¡Nada más opuesto a la realidad! Sin embargo, existe una excepción a la regla: Jonás. Sin lugar a duda es el profeta menor más reconocido. Su historia forma parte de la mayoría de los programas de escuela dominical, aunque tristemente es común observar que la historia se presenta de forma limitada: se enfatiza únicamente un gran pez, la desobediencia del profeta o la maldad de los habitantes de Nínive. Aunque lo anterior es parte de la narrativa del libro, lo cierto es que hay una perla más brillante a través de sus páginas: el carácter de Dios.

El Dios soberano

El libro inicia y termina enfocado en Dios. Los primeros versículos muestran cómo Dios decide llamar a Jonás y encargarle una misión: “Levántate y ve a Nínive” (Jon. 1:2), mientras que en los versículos finales se ve a Dios lidiando pacientemente con Jonás (4:11). Dios está de forma preeminente en todo el libro, de principio a fin. Es Dios quien clara y activamente está produciendo cada evento y detalle dentro de la historia. No es difícil ver al Dios soberano haciendo su voluntad con Jonás, quebrantando la rebelión del profeta. Dios se muestra en control del viento y del mar (1:4), de las acciones de los marineros (1:7), de los hombres de Nínive (3:5) y su rey (3:6-9), e incluso de los animales, desde un enorme pez (1:17) hasta un minúsculo gusano (4:7).

La magnitud del poder y autoridad de Dios son tan evidentes que aún los marineros paganos dan testimonio: “Porque tú, Jehová, has hecho como has querido” (1:14).

El libro muestra a Dios haciendo su voluntad en todo momento, pero al mismo tiempo es un hermoso recordatorio de su fidelidad y misericordia. Basta con leer el primer capítulo para que el lector considere si Dios debía desechar al profeta y buscar otro que estuviese dispuesto a responder: “Heme aquí, envíame a mí” (Is. 6:8). Y es que Jonás prefirió viajar cientos de kilómetros en dirección opuesta a Nínive, usando sus propios recursos, con tal de no ver a Dios haciendo su voluntad de bendecir a todas las naciones de la tierra (Jon. 1:3). El profeta prefería morir en alta mar antes que arrepentirse y volver (1:12). Pero justo cuando uno piensa que el profeta morirá en las profundidades del océano (1:17; 2:5-6), Dios fielmente lo rescata (2:10) después que Jonás reconoció su maldad (2:4, 6-9).

El Dios fiel

A continuación, Dios, como muestra incomparable de su fidelidad, hace algo inimaginable: encomienda de nuevo a Jonás a llevar su mensaje (3:2). Y si pensabas que su experiencia al borde de la muerte descrita en el capítulo 2 ha culminado con la rebeldía del profeta, pronto notarás que no es así. Toda el agua del océano no pudo ahogar completamente el problema de Jonás con el carácter de Dios. Esto resurge más adelante, en el capítulo 4: “...Por eso me apresuré a huir a Tarsis; porque sabía yo que tú eres Dios clemente y piadoso, tardo en enojarte, y de grande misericordia, y que te arrepientes del mal” (4:2). El problema central de Jonás no era directamente con los ninivitas, sino con el carácter fiel de Dios. Puede que ahora pase por tu cabeza de nuevo que Dios desechará al profeta y lo eliminará debido a su soberbia. De todas maneras, fue él mismo quien lo solicitó: “...Te ruego que me quites la vida; porque mejor me es la muerte que la vida” (4:3). Sin embargo, Dios no lo desecha, pero sí le da una lección (4:6-11).

Jonás se benefició ampliamente de la fidelidad y misericordia de Dios, pero no soportaba que otros fueran beneficiados al igual que él, en especial si no eran parte de su nación. Dios había mostrado que él no deja de lado su compasión, paciencia y bondad para con los pecadores viles y necios, y Jonás renegó de

esto. El ser humano se ve tentado a menudo a actuar como Jonás: ¿cuántas veces has dudado del obrar de Dios o has cuestionado su control sobre los eventos en tu vida? La buena noticia es que él es fiel siempre, aun cuando las acciones de sus hijos reflejan similitudes con Jonás.

Tu única esperanza

En una ocasión una persona llegó a nuestra iglesia sintiendo convicción de pecado, pero le atormentaba recordar que por varios años había estado rechazando el mensaje del evangelio. Él genuinamente dudaba si Dios estaría dispuesto a prestar atención a su arrepentimiento ahora. ¡Qué esperanzador saber que Dios es fiel a su carácter y que siempre responde conforme a su misericordia! Si un pecador realmente se arrepiente recibirá completo perdón: “El que encubre sus pecados no prosperará; mas el que los confiesa y se aparta alcanzará misericordia” (Pr. 28:13). Si tienes una perspectiva correcta del hombre y su maldad, sabrás que tu única esperanza es que Dios es fiel a sus promesas y a su carácter. Siempre habrá corrientes de mar que te empujen a reconsiderar tus decisiones, de tal forma que puedas decir: “Cuando mi alma desfallecía en mí, me acordé de Jehová...” (2:7a). Dios pacientemente levantará calabaceras que te harán ver tu necesidad, de tal manera que Dios cumpla su propósito.

Dios tuvo misericordia de los marineros, del profeta, de los ninivitas y, por su fidelidad, puedes tener la certeza de que su misericordia alcanzará también a todos aquellos que aman su nombre, aquellos que le pertenecen. Que bendición que Dios no deseché a los suyos rápidamente debido a su maldad, sino que pacientemente produce aflicciones temporales que traerán un “eterno peso de gloria” (2 Co. 4:17). Alabado sea el Dios fiel que no te dejará persistir en tus necesidades, sino que te preservará y te sostendrá firme hasta el final.

Para reflexionar:

Dios tiene cuidado de cada detalle de tu vida. Confía en Él y aférrate a él y su verdad. Aunque no entiendas siempre, sométete a su voluntad con gozo. No esperes aprender la lección de otra forma.



En ti confiaré

Miqueas

por Michel Galeano

“Pero tú, Belén Efrata, pequeña para estar entre las familias de Judá, de ti me saldrá el que será Señor en Israel...” (Mi. 5:2).

En toda corte hay un juez que busca resolver una controversia, administrando justicia. Si has cometido un crimen o se te ha acusado de un crimen tendrás que ir a una corte donde el juez dará el veredicto, tomando en cuenta las evidencias o pruebas presentadas en un juicio. El juez examinará las pruebas y, probablemente, llamará a testigos para que cuenten lo que vieron o escucharon. El testigo tiene que ser una persona estable, creíble e imparcial, para dar un testimonio verdadero y fidedigno. Pero no quiere decir que ese testigo tiene que ser perfecto. Además, de las pruebas, los testimonios son fundamentales para administrar justicia.

El testigo fiel

Si entre los seres humanos se usan testigos creíbles para decir la verdad en un juicio, ¿quién testifica contra la humanidad? Solo Dios puede testificar verdadera e imparcialmente contra la humanidad, porque solo él es libre de pecado. La esperanza de todo creyente no se encuentra en que Dios es “ciego” para con el pecado. Al contrario, el verdadero creyente sabe que Dios es santo y, por lo tanto, tiene que castigar el pecado —¡y eso es justo!—. Con lo anterior en mente, Miqueas escribe tanto a Samaria, la capital de Israel, como a Jerusalén, la capital de Judá, sobre su pecado delante de un Dios santo que traerá juicio, pero que al mismo tiempo traerá redención.

El profeta escribe siete capítulos que muestran tres escenas en la corte divina. En cada sección hay esperanza no en el hombre, sino en Dios, quien traerá redención por medio del único Salvador. No importa la situación por la que

estés pasando, Dios es fiel y él debe ser tu esperanza. Esto debe motivarte a someterte a él y obedecerle, ya que Dios demanda obediencia de sus hijos.

La transgresión constante

Tanto Samaria como Jerusalén cayeron en idolatría, abandonando así al Señor. En vez de refugiarse en el Dios de pacto, huyeron de él. Esto trajo al pueblo de Israel las maldiciones descritas por Dios en Deuteronomio 28:58-68. Miqueas los acusa de ser un pueblo que “[aborrecen] lo bueno y [aman] lo malo” (Mi. 3:2a), “que [abominan] el juicio, y [pervierten] todo el derecho” (3:9a). También los líderes de Israel fallaron en su llamado a ser fieles a Dios y no guiaron al pueblo en fidelidad para con Dios. Los gobernantes juzgaban no conforme a la justicia de Dios, sino conforme al soborno. Los sacerdotes no enseñaban con base en la palabra de Dios y su justicia, sino conforme al precio que les pagaban. Los profetas revelaban los planes de Dios no conforme a la voluntad revelada de Dios en su palabra, sino conforme al dinero que recibían.

Este mismo liderazgo no solo corrompió al pueblo, sino que el templo mismo fue usado por los líderes para llevar a cabo sus propios planes pecaminosos. Ante tan sombrío panorama, ¿de dónde vendría la ayuda? La única esperanza vendría del libertador prometido: Jesús.

El libertador glorioso

Miqueas, “lleno de poder del Espíritu de Jehová” (3:8), dice que el libertador es el eterno rey y consejero que traería la verdadera libertad a sus hijos. El rey, Mesías y libertador —Jesús— sería ese gobernante que nacería en Belén (5:2). Mateo 2:1-6 hace referencia a la profecía de Miqueas al hablar del nacimiento del rey Jesús, algo que los sacerdotes y escribas mismos reconocieron saber (Mt. 2:5-6). La única esperanza del pueblo de Israel y de la humanidad es que Dios entregó a su Hijo, Jesús, para que naciera y cumpliera en sí mismo la redención prometida por Dios. Pero no solo vino a nacer, sino que nació para morir. No vino de la manera que Israel pensaba y esperaba. No vino con un ejército a conquistar, sino que vino humildemente a salvar y liberar por

medio de su muerte obediente. De una pequeña ciudad, Belén, salió el gran juez, gobernador y rey: Jesús.

Jesús vino a redimir, rescatar y pastorear a su rebaño. Su amor es tan fuerte y poderoso que, cuando él llama, sus ovejas lo conocen y siguen su voz (Jn. 10:27). Tan majestuoso es su poder que trae vida donde hay muerte, trae identidad verdadera donde hay identidad falsa, trae orden frente al caos, trae reconciliación ante el conflicto, trae perdón de pecados y vida nueva cuando no hay esperanza.

La esperanza firme

Cristo es tu ancla, tu firme esperanza. Él es tu pastor que dio su vida por ti, satisfaciendo la ira de Dios. Miqueas termina su libro con adoración al Dios fiel, reconociendo que no había otro como él y enfatizando un rayo de esperanza para su pueblo: “Volverá a compadecerse de nosotros, hollará nuestras iniquidades. Sí, arrojarás a las profundidades del mar todos nuestros pecados” (Mi. 7:19).

Por medio del sacrificio de Cristo que fue molido por tus iniquidades en una cruz (Is. 53:5), Dios aplastó y arrojó tu pecado al fondo del mar. No hay nada que puedas ofrecerle que agrade más a Dios que lo que Cristo ya hizo por ti. La sonrisa de Dios sobre tu vida no se debe a un acuerdo al que llegaste con él, ni tampoco a tus buenas obras. Se debe a la obra perfecta de Cristo: ¡Él lo hizo por ti! Entonces, lo que debes hacer en consecuencia, es vivir cada día mirando a Cristo y lo que él hizo por ti para que él sea exaltado y que tú seas constantemente animado y retado. Vive tu vida aferrado a él, sabiendo que vives por gracia “al abrigo del Altísimo” y a “la sombra del Omnipotente”, mientras proclamas: “Esperanza mía, y castillo mío; mi Dios, en quien confiaré” (Sal. 91:1-2).

Para reflexionar:

Dios es tu Salvador y estás seguro en él. Él es tu esperanza, tu confianza y tu libertador. Vive confiado en que es por los méritos de Jesucristo que has sido justificado delante del Padre.



Nahúm

por José Carlos Martínez

“Jehová es Dios celoso y vengador; Jehová es vengador y lleno de indignación; se venga de sus adversarios, y guarda enojo para sus enemigos... Jehová es bueno, fortaleza en el día de la angustia; y conoce a los que en él confían” (Nah. 1:2, 7).

“**U**n completo himno de odio”, es el título que algunos le han asignado al libro del profeta Nahúm. Esto se debe al crudo mensaje del juicio futuro contra la capital de Asiria, Nínive. Mientras que en este mundo el ser humano experimenta odio que surge por razones egoístas, vanas y absurdas, el odio descrito en los tres capítulos de este libro no es superfluo y sin fundamento. Tiene un fundamento moral: la denuncia divina contra una nación culpable de amplio derramamiento de sangre, brutalidad, y una tiranía atroz. La venganza de Dios aguarda en contra de aquello que se opone a sus planes.

La pregunta de fondo al leer el texto es: ¿quién puede escapar de la justa ira de Dios? La respuesta es obvia: nadie. Nahúm 1:2 deja claro que ni aun Judá escapará de la ira de Dios por causa de su pecado. Sin embargo, a pesar del fuerte tono de juicio y venganza, Nahúm tiene un mensaje paralelo: “Jehová es bueno” (Nah. 1:7). La enseñanza de este libro se divide en dos secciones: primero, la manifestación del carácter justo de Dios y sus propósitos hacia todos aquellos que confían en él (1:1-8, 15); segundo, la manifestación del carácter justo de Dios y sus propósitos hacia todos aquellos que se oponen a él (1:9-14; 2:1-3:19).

El carácter de Dios y su relación con el que se refugia en él

El cristiano vive en un mundo que lo odia, porque odia a su Señor (Jn. 15:18-27). Vive en un mundo que desea destruir a la Iglesia y todo lo que esté relacionado con ella. En su esfuerzo por eliminar a la Iglesia y su esperanza,

se mofan de la predicación del mensaje de salvación, de la esperanza que el creyente tiene de la venida gloriosa de Cristo para juzgar, y de la resurrección para reinar con el Mesías por la eternidad. Al final, se burlan del Dios de la Iglesia. Tal como los asirios en la época del profeta Nahúm o los babilonios en la época del profeta Daniel, el escarnecedor pregunta: ¿dónde está tu *dios*?

Ante esta circunstancia el cristiano debe aferrarse al faro de esperanza en medio de la terrible tempestad: el Señor es bueno. De hecho, “ninguno hay bueno, sino solo Dios” (Lc. 18:19b). Esta es su naturaleza. Es su carácter. Así como es brutal la declaración de que Dios “guarda enojo para sus enemigos” (Nah. 1:2), también es brutal la afirmación del carácter tierno y bondadoso de Dios hacia los que vienen a él. El profeta presenta un marcado contraste entre la tremenda ira y venganza de Jehová en contra de quienes se oponen a él, y la bondad inherente que tiene hacia todos los que reconocen su debilidad y miseria, y que por ende buscan refugio en él. Para el débil, Dios es una fortaleza impenetrable. No se trata de una estructura física, sino del Señor mismo. Ante esto es necesario hacer una aclaración: el plan de Dios para su pueblo nunca ha sido la libertad del peligro. Dios no ha llamado a su pueblo para vivir sin peligro. Sin embargo, lo que el cristiano debe aprender de esto es que Dios sí ha prometido la protección y seguridad en medio del peligro.

Finalmente, Jehová conoce a los que se refugian en él. El conocimiento que Dios tiene de los suyos es tan íntimo, tan tierno, tan personal y delicado. Esta es la realidad que experimentan todos aquellos que son hijos del Dios viviente. Dios conoce a todos aquellos que descansan en él y que saben que en él hay seguridad. Martín Lutero comprendió muy bien el mensaje de Nahúm 1:7 cuando escribió: “Castillo fuerte es nuestro Dios, defensa y buen escudo. Con su poder nos librará en todo trance agudo”.

El carácter de Dios y su relación con el que se opone a él

El mundo actual, tal como es descrito en la Escritura, se caracteriza por el egoísmo, las individualidades y la lucha permanente por demostrar quién es más hábil, fuerte, inteligente, o poderoso. Todo esto cual involucra la humillación de aquel que, desde la perspectiva del arrogante, no vale lo suficiente. Hay dos expresiones que definen el pensamiento del hombre que rechaza a

Dios: primero, niega la existencia de Dios (Sal. 14:1); y segundo, no tiene temor de él (Ro. 3:18).

Para conocer el futuro que les aguarda a los incrédulos arrogantes, se debe comenzar por comprender la creación de la humanidad. El ser humano no es un accidente cósmico. El ser humano es el diseño perfecto de Dios con un propósito exclusivo: conocer a Dios y adorarlo eternamente. El hombre fue hecho a imagen de Dios (Gn. 1:26-27). Esto significa que, cuando un ser humano humilla a otro ser humano, no sólo está atentando contra un individuo, sino que realmente está atentando contra Dios y su imagen en tal hombre (cf. Stg. 3:9-10). Por lo tanto, cualquiera que trata de forma deshumana a otra persona, no escapará del castigo divino. Y esto tiene un amplio espectro de aplicación: un gobierno tirano que ordena aniquilar miles de vidas; hombres y mujeres que comercian con humanos como esclavos de diferente tipo; un padre o una madre cuando se mofan sarcásticamente de las respuestas de un hijo que requiere instrucción y entrenamiento; un líder de la iglesia que escarnece a un creyente inmaduro debido a su falta de crecimiento y sabiduría. Todo el que transgrede la moral divina contra cualquier persona hecha a imagen de Dios, responderá ante Dios.

Para reflexionar:

Dios es fiel y justo. Él juzgará al impío. No será para siempre que veas la maldad caminar libremente en esta tierra. Al mismo tiempo, él es fiel y bueno y es digno de que confíes en él.



En ti confiaré

Habacuc

por Luis Zepeda

“He aquí que aquel cuya alma no es recta, se enorgullece; mas el justo por su fe vivirá” (Hab. 2:4).

Recuerdo con mucha claridad cómo mis emociones se intensificaban al jugar con mis amigos a descubrir figuras de animales que se formaban en las nubes. Pero casi siempre había un pequeño problema: mientras yo creía que había encontrado el animal más grande, otro discutía porque creía que él lo había encontrado. Esto ilustra cómo las perspectivas del ser humano pueden ser tan variadas referente a circunstancias parecidas. Pero esto se eleva a otra dimensión cuando se intenta descifrar los planes soberanos de Dios en medio de la adversidad.

Habacuc se encuentra en una situación similar ya que él, a diferencia de todos los demás profetas que traen el mensaje de Dios al pueblo, lleva el mensaje del pueblo a Dios. El profeta con un diálogo inicial marcado por la desesperación y frustración. Le parece irracional lo que se le avecina al reino del sur: serían maltratados por los perversos y sanguinarios caldeos. Para Habacuc, Dios no debía permitir tan aberrante escena. Ante esto, Dios le contestó de forma paciente, pero contundente. Le recordó que él es soberano y, aunque no alcanzara a comprenderlo, podía confiar porque Dios es fiel a su pueblo y haría todo para santificarlo, incluso prosperando al malo temporalmente a fin de purificar al bueno. ¿Cómo descansar en esa verdad que parece ilógica? A continuación, el libro Habacuc revela dos verdades que te ayudarán a confiar en la fidelidad de Dios en medio de la confusión de las circunstancias adversas.

Confiando en Dios

Habacuc tenía en mente su propia agenda basada en lo que conocía acerca de Dios. Pero Dios lo llevó a una circunstancia confusa para aprender más acerca

de quién es él verdaderamente. Habacuc ve los planes de Dios y le parecen descabellados: “Muy limpio eres de ojos para ver el mal, ni puedes ver el agravio; ¿por qué ves a los menospreciadores, y callas cuando destruye el impío al más justo que él [?]” (Hab. 1:13).

De la misma forma, puede ser que en ocasiones Dios te lleve en un proceso de crecimiento para que aprendas a ver lo que con el ojo humano no puedes ver. Él quiere que aprendas a confiar en Él, aun cuando tu mente se resista —tal como lo hizo Habacuc— porque no te parece que Dios esté actuando como debería. A menudo tu mente se resiste porque consideras que la bendición de Dios se evalúa en tus propios términos; sin embargo, la bendición más grande es tu santificación (aun cuando use instrumentos que te parezcan injustos).

Por lo tanto, cuando veas que el malo te hace sufrir, recuerda que el Señor está en control y sabe lo que es mejor para ti en ese momento. Todo será para tu bien y ese bien es superior a cualquier comodidad o bienestar que pudieras tener. Todo esto debe animarte a no juzgar a Dios con tu visión limitada. No se trata de cumplir tu agenda, sino de confiar en aquel que es Dios soberano. Confía en sus planes eternos.

Viviendo por fe

En el diálogo de Habacuc con Dios es evidente que él consideraba que, como ellos tenían al Dios verdadero, Dios tenía que librarlos de la dificultad. No veía otra manera posible. Pero Dios responde que, porque él es el Dios de Judá, ellos aprenderían a vivir por fe en medio de cualquiera circunstancia. Y esa fe solo vendría del conocimiento del verdadero Dios: “Porque la tierra será llena del conocimiento de la gloria de Jehová, como las aguas cubren el mar” (2:14). Dios levantó al caldeo para que su pueblo fuera purificado de la idolatría que ahogaba la fe verdadera. Dios quiere que sus hijos confíen en él, que tengan una fe sólida cuando llegue la tormenta (2:4; cp. Mt. 8:23-27). Dios no libraría a Judá de la dificultad, sino que, en su providencia, quería enseñarles a confiar en él y depender de él.

Así que, mi querido lector, cuando Dios te escogió no tuvo el propósito de hacerte evitar el dolor, el sufrimiento o la injusticia en tu vida. Sin embargo, él tiene el firme propósito de producir una fe robusta en ti. Él nunca prometió

que no te pasaría nada malo, pero sí ha prometido que jamás te faltará un Dios que te llene de gozo por medio de la fe en él (Hab. 3:17-19; Ro. 1:16-17; Gá. 3:10-11; Heb. 10:36-39). ¿Cómo puedes obtener esa clase de fe? Esa fe no es producto del esfuerzo humano, sino que es otorgada por el justo, Cristo Jesús, porque él es el autor de esa fe (Heb. 12:2). Por lo tanto, debes recordar que tu esperanza no está de este lado de la eternidad y que el dolor de la injusticia no es eterno; sin embargo, el gozo que tienes en tu Dios sí lo es (Sal. 16:11; Hab. 3:17-19).

No caigas en la tentación de juzgar a Dios con base en lo que tú piensas que es mejor. No compares sus planes y propósitos con los tuyos. Recuerda que él es soberano y hará lo que sea necesario para santificarte, ya que eso es tu mayor bien. Recuerda esta verdad: porque tu Padre amoroso cuidará de ti y hará todo para tu santificación, tú debes confiar en él a pesar del sufrimiento, aunque no haga sentido, porque “el justo por su fe vivirá” (2:4).

Para reflexionar:

Dios quiere santificarte cada día más y él sabe lo que es mejor para tu vida en todo momento. No dudes de sus planes para ti. Confía en él y aférrate a su palabra para que vivas en paz y con gozo.



Sofonías

por Joe Owen

“Jehová está en medio de ti, poderoso, él salvará; se gozará sobre ti con alegría, callará de amor, se regocijará sobre ti con cánticos” (Sof. 3:17).

En el mundo postmoderno de hoy es desagradable hablar de un juicio divino. Al mismo tiempo, debido a una percepción errónea y desequilibrada de la dureza de Dios en el Antiguo Testamento, muchos implícitamente consideran que el Nuevo Testamento es una representación más amorosa y positiva y, por lo tanto, más agradable de Dios. Este malentendido no es nuevo, y graves herejías han surgido a raíz de ello. La idea de un Dios diferente en el Antiguo Testamento y el Nuevo, o un Dios bipolar o antojadizo es un ataque abierto a uno de sus atributos eternos: la unidad. Sus atributos no son pequeñas porciones separadas que juntas hacen un todo, sino que están igualmente presentes en todo. Por lo tanto, ambos testamentos presentan a un Dios santo y justo, así como un Dios misericordioso y amoroso. Sofonías no es la excepción: muestra la severidad del juicio de Dios hacia aquellos que lo odian, pero también su gloriosa misericordia y bondad hacia aquellos que se arrepienten y lo buscan.

El juicio

El profeta Sofonías advirtió al reino del sur sobre el inminente juicio que Dios traería una generación más tarde por la mano de Nabucodonosor. Judá estaba, entre muchos pecados, adorando abiertamente a Baal (Sof. 1:4). Además, un aspecto interesante de la amenaza de juicio es su alcance local y universal. Dios no sólo está preocupado por la rebelde e idólatra Judá, sino también por las naciones paganas circundantes. A lo largo de toda la historia, todos los humanos son culpables y merecen el juicio del Dios santo. Todas las naciones

en el tiempo de Sofonías y hoy en día son culpables delante Dios. Todo ser humano es hallado falto (Ro. 3:10-13) y merece el juicio de Dios.

Si todo ser humano es brutalmente honesto, se dará cuenta de que la maldad en el mundo es una manifestación de la desvergonzada maldad de su propio corazón. Por esa razón la maldad va en aumento. Puede ser que alguien afirme actuar con “menos maldad” que otro —principalmente debido a restricciones familiares, económicas y sociales—, pero todos son tan culpables como el resto cuando se comparan con el estándar de Dios.

El panorama es sencillamente desesperanzador. “Afortunadamente”, la profecía de Sofonías da un giro maravilloso en el capítulo 3. La promesa de juicio se convierte en una promesa de restauración y regeneración. Vendrá un tiempo de perdón de parte de Dios y de regocijo con Dios. Dios es fiel y se goza en dar esperanza, en restaurar y en salvar.

La esperanza

Sofonías, en su último capítulo, brinda esperanza de parte del Señor: “En aquel tiempo devolveré yo a los pueblos pureza de labios, para que todos invoquen el nombre de Jehová, para que le sirvan de común consentimiento” (Sof. 3:9). Además, afirma lo siguiente: “En aquel día no serás avergonzada por ninguna de tus obras con que te rebelaste contra mí; porque entonces quitaré de en medio de ti a los que se alegran en tu soberbia, y nunca más te ensoberbecerás en mi santo monte” (3:11). ¡No todo es malas noticias! Por el contrario, el anuncia que un día no solo salvará a su pueblo, sino que también “todos [invocarán] el nombre de Jehová” (3:9). él “[se levantará] para [juzgar]” (3:8), pero también traerá salvación. Además, “[dejará] en medio... un pueblo humilde... el cual confiará en el nombre de Jehová” (3:12). El Dios que Sofonías presenta —el Dios del Antiguo Testamento— no es un Dios diferente al que se presenta en el Nuevo Testamento. Él “es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos” (Heb. 13:8-10).

Sofonías terminó su profecía con una muestra sobresaliente de la unidad de los atributos de Dios. El mismo Dios que prometió juicio y desesperación a todas las naciones es el mismo Dios que se regocijará en salvar: “Jehová está en medio de ti, poderoso, él salvará; se gozará sobre ti con alegría, callará de

amor, se regocijará sobre ti con cánticos” (3:17). Aunque el Señor disciplina a los suyos por amor, eso no implica que dejará de cumplir su palabra y sus pactos. Él nunca ha fallado a ninguna promesa, sino que se goza en cumplir su voluntad. Dios se regocia por aquellos a quienes perdona y purifica: “Canta, oh hija de Sion; da voces de júbilo, oh Israel; gózate y regocíjate de todo corazón, hija de Jerusalén. Jehová ha apartado tus juicios...” (3:14-15). ¡Qué maravilloso es el Señor justo, bondadoso, amoroso, bueno y fiel!

Dios se regocia en su salvación. Se goza en su obra. En Cristo eres hecho nueva criatura (2 Co. 5:17). Por lo tanto, no te aferres más a tu pecado, sino que aférrate a aquel que dio su vida por ti. Depende de él y confía en él. Ven a él, acude a la fuente de vida eterna y gózate en ser su hijo.

Para reflexionar:

Dios se goza en salvar y un día hará todo nuevo. No te aferres a este mundo. Aférrate solo a él. Que su amor y gracia te hagan permanecer humilde delante de él cada día de tu vida.



Hageo

por Mateo Bixby

“y haré temblar a todas las naciones, y vendrá el Deseado de todas las naciones; y llenaré de gloria esta casa, ha dicho Jehová de los ejércitos” (Hag. 2:7).

Todo lo que Zorobabel había intentado hacer por Dios le había salido mal. Los 16 años que habían pasado desde que los judíos regresaron de Babilonia habían sido un desastre. Cuando Dios fue fiel a sus promesas y levantó al rey Ciro para declarar que los judíos podían regresar a su tierra, Zorobabel lideró el regreso, pero solamente 50.000 personas regresaron. Parecen muchas, pero cientos de miles más se quedaron, prefiriendo la comodidad de Babilonia a regresar a la presencia de Dios en la Tierra Prometida. Llegando a Israel, las naciones impidieron que construyeran su amado templo. Además, se enfrentaron a una vida muy difícil: reparar casas y conseguir alimentos fue agotador. Siguieron años de sequía y pobreza (1:6). No había recursos para reanudar la reconstrucción del templo (1:2). Cuando finalmente las cosas mejoraron un poco, los habitantes estaban más interesados en construir sus casas que en invertir en el templo (1:4). El sueño de reinstituir la adoración a Dios conforme a la ley de Moisés no se había cumplido. Seguramente Zorobabel dijo: “Soy un fracaso”.

Después de 16 años, Dios envió al profeta Hageo para despertar la conciencia de los judíos. Su mensaje trajo convicción al pueblo y pusieron manos a la obra (1:14). Con mucho esfuerzo echaron los cimientos del nuevo templo: fue un tiempo de celebración. Sin embargo, los ancianos criticaron la obra. Comparando el magnífico templo de Salomón con los pequeños cimientos actuales, lloraron y lo etiquetaron como “el día de las pequeñeces” (Zac. 4:10). ¡Su gran esfuerzo era “como nada” (2:3)! Para colmo, ¡Dios mismo había dicho que los sacrificios que ofrecían eran inmundos delante de él (2:14)! Seguramente Zorobabel dijo: “Lo que hago no sirve”.

En lo personal, todas sus aspiraciones se frustraron. Por ser descendiente del rey David, Zorobabel fue seleccionado para liderar el regreso. Todos soñaban con la restauración de Israel, con Zorobabel sentado sobre el trono de David. Pero Zorobabel no reinaba sobre el trono en Jerusalén. De hecho, el imperio medo-persa ni lo nombró gobernador de la región. No tenía una posición oficial, mucho menos una corona. Seguramente Zorobabel dijo: “No soy nadie”.

Lleno de frustración e impotencia, Zorobabel recordaba la razón de todos sus fracasos. Dios maldijo a su malvado abuelo, el rey Jeconías (también conocido como Conías). Dios dijo que, aunque Jeconías “fuera anillo en [su] mano derecha, aun de allí [lo] arrancaría” (Jer. 22:24). Dijo además que sería privado de descendencia y que ninguno de sus descendientes se sentaría sobre el trono de David ni reinaría sobre Judá (Jer. 22:30). ¡Era inconcebible! ¡La línea de David había fracasado! Dios había anunciado que un hijo de David reinaría eternamente, pero ahora solo queda maldición y fracaso. Zorobabel sabía que había sido tonto cuando intentó servir a Dios y regresar a Israel. ¡Estaba bajo la maldición de Dios! Seguramente Zorobabel dijo: “Dios no me ama”.

La fidelidad de Dios brilla en la oscuridad

En medio de la negra depresión, Hageo llegó con la cuarta profecía. Quizás Zorobabel ya ni quería escucharle. En el último sermón le había dicho que Jehová veía todo lo que le ofrecían como inmundo. ¿Qué mal le diría ahora? Zorobabel no se esperaba lo que Hageo le diría: Dios iba a poner todas las cosas *patas arriba* (2:21-22) y, cuando lo hiciera, haría algo especial con Zorobabel: “...Te tomaré, oh Zorobabel hijo de Salatiel, siervo mío, dice Jehová, y te pondré como anillo de sellar; porque yo te escogí, dice Jehová de los ejércitos” (2:23). ¿Entiendes lo que dice? Dios había desechado a Jeconías como si fuera un anillo despreciado, pero ¡ahora Jehová coloca a Zorobabel como anillo sobre su mano! Como David, ¡él es un hombre escogido como siervo especial de Dios! Contra todo “pronóstico”, ¡Jehová revoca la maldición! Zorobabel puede contar con la bendición de Jehová por su perdón “inesperado”. El pacto eterno y las firmes misericordias a David se cumplirían (Is. 55:3). Una vez más Dios revela su fidelidad.

¿Cómo obtiene este perdón y la bendición de Dios? Cuando los ancianos menospreciaron el nuevo templo, Jehová anunció que la gloria de este peque-

ño templo sería mayor que la del templo de Salomón porque “el Deseado de todas las naciones” vendría a ese lugar (2:7). De la misma forma que la gloria de Dios había venido sobre el tabernáculo (Éx. 40:34) y sobre el Templo de Salomón (1 R. 8:11), la gloria de Dios vendría a este templo, no en la forma de resplandor visible, sino en carne y hueso: “...y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre...” (Jn. 1:14).

Maravilloso es el gran amor

Cuando tus esfuerzos por servir a Jehová se topan con el fracaso, puedes sentirte frustrado y pensar que no vale la pena continuar. A veces es la apatía espiritual y el materialismo de los demás que te llena de decepción. Puede ser que otros critiquen tus esfuerzos por servir a Dios —¡Es fácil criticar cuando no haces nada!—. Puedes pensar: “Soy un fracaso. No soy nadie. Lo que hago no sirve”. Como resultado, puedes pensar: “Dios no te ama”. Déjame decirte algo: ¡eso es una vil mentira de Satanás! Dios es fiel a sus pactos eternos. Jesús es mediador de un mejor pacto (Heb. 8:6) en el que Dios promete que nunca se volverá atrás y que siempre te hará bien (Jer. 32:40). Al ser colgado sobre la cruz, Jesús revocó la maldición de la ley, hecho por maldición por ti (Gá. 3:13). Ahora eres pueblo escogido de Dios (1 P. 2:9). ¡No existe condenación alguna para los que están en Cristo (Ro. 8:1)!

En el himno “Maravilloso es el gran amor”, Charles Wesley escribió las siguientes palabras: “Hoy ya no temo la condenación; Jesús es mi Señor, y yo suyo soy”. ¡Qué bendita realidad! Por eso puedes hoy cantar: “¡Oh, maravilla de su amor, por mí murió el Salvador!”. Sacúdete de tus sentimientos de frustración y rechazo y aférrate a las promesas eternas de un Dios fiel.

Para reflexionar:

Cuando más oscuro se mire el panorama, más radiante brillará el Dios fiel que te ha salvado y que te sostendrá firme hasta el final. No dudes nunca de su amor y sus propósitos para ti.



Zacarías

por Josué Pineda Dale

“Y Jehová será rey sobre toda la tierra. En aquel día Jehová será uno, y uno su nombre” (Zac. 14:9).

Amenudo el ser humano busca refugio en políticos y gobernantes. El mundo entero busca un “mesías” que los salve de la miseria y pobreza, de la injusticia y odio, de la desesperanza y angustia. Por más que busquen, no podrán encontrar a alguien que gobierne con justicia y equidad. Uno tras otro fracasará, dejando a pueblos enteros en angustia y desolación, sufriendo verdaderos “infiernos”. Solo hay uno que es capaz de hacer todo nuevo: Jesucristo. Solo en él hay esperanza. Un día reinará sobre esta tierra, cumpliendo las promesas reveladas en la Escritura y trayendo esperanza, paz y gozo sinigual.

“El Señor recuerda”

El libro de Zacarías, parte de los “profetas menores”, quiere decir: “El Señor recuerda”. El profeta y sacerdote Zacarías, nieto de Iddo (Zac. 1:1) y contemporáneo del profeta Hageo (Esd. 5:1), regresó del exilio con Zorobabel (Neh. 12:4, 16). Al pueblo se le permitió regresar a su tierra y reconstruir; sin embargo, no todos regresaron ni tampoco fueron fieles al Señor. Con el paso del tiempo, debido a su condición y a mucha oposición, la situación empeoró hasta que “cesó la obra de la casa de Dios que estaba en Jerusalén” (Esd. 4:24). Dios levantó a Zacarías para ser una de las dos voces que profetizaron de parte de Dios en ese tiempo, exhortando y animando al pueblo al reconstruir el templo. Zacarías recuerda al pueblo que Dios sería fiel y que él cumpliría sus promesas. Sus palabras darían ánimo a un pueblo desahuciado, recordándoles que él los restauraría (Zac. 12-14). El Señor no los había olvidado ni abandonado. Él vendría por ellos a reinar. Si bien es cierto antes de todo esto habría mucha calamidad (14:1-8), un día “Jehová será rey sobre toda la tierra.

En aquel día Jehová será uno, y uno su nombre” (14:9). él recuerda su promesa —su pacto— y no los desamparará.

El día de Jehová viene

Aunque el resultado inmediato de la misión de Zacarías fue exitoso: reconstruyeron el templo (Esd. 6:15), el pueblo con el tiempo se volvió a alejar de Dios. El capítulo 14 de Zacarías habla del rescate definitivo de Dios para con su pueblo Israel, cuando él venga por segunda vez. Después de años de sufrir, después de haber rechazado al Mesías en su primera venida, vendrá el “día de Jehová” (Zac. 14:1; cp. Is. 13:9; Jl. 2:1). Este es un día de juicio, el día en el que él vendrá a juzgar las naciones. Al mismo tiempo brinda esperanza: Él Señor va a venir. Él los rescatará y los restaurará (Zac. 12-14). Él no se ha olvidado de ellos a pesar de sus múltiples pecados y rechazos. Sin embargo, primero vendrá mucho sufrimiento. Jerusalén será asediada y “serán repartidos [sus] despojos” (14:1). Dios mismo afirma que él “reunirá a todas las naciones para combatir contra Jerusalén; y la ciudad será tomada, y serán saqueadas las casas, y violadas las mujeres; y la mitad de la ciudad irá en cautiverio, mas el resto del pueblo no será cortado de la ciudad”. Él vendrá a juzgar a las naciones, pero también a disciplinar a su pueblo por su pecado por medio de las naciones mismas.

El poderoso guerrero llega

Sin embargo, el sufrimiento y tribulación a la que el pueblo de Dios será expuesto, será solo una parte del día de Jehová. Lo mejor está por venir: “Después saldrá Jehová y peleará con aquellas naciones, como peleó en el día de la batalla” (14:3). Es evidente del texto que Dios está en control de principio a fin. No hay nadie como él. Habiendo disciplinado a Israel, habiéndose cumplido el tiempo, Dios castiga ahora a las naciones. Su ira es desplegada y finalmente “se afirmarán sus pies en aquel día sobre el monte de los Olivos... y el monte de los Olivos se partirá por en medio...” (14:4). La imagen es muy gráfica y vívida, tanto que es imposible encontrar un significado alternativo o un cumplimiento de este en la historia: Dios hace un valle para que su pueblo pueda escapar (14:5). Dios viene a reinar “y con él todos sus santos” (14:5).

La restauración empieza

El hecho que el Señor parta el monte de los Olivos por la mitad hará que el monte de Sion sea el monte más alto, algo que hoy en día no es una realidad. Esto es relevante: debido a que no es el monte más alto, siempre tuvieron que depender del Señor para defenderse y saber si el enemigo venía a atacarlos. A diferencia de otros pueblos que situaban sus ciudades fortificadas en lo más alto, Jerusalén dependía del Señor. A partir de este momento, “todos los que sobrevivieren de las naciones que vinieron contra Jerusalén, subirán de año en año para adorar al Rey, a Jehová de los ejércitos...” (14:16). Después de muchas otras señales cósmicas (14:6-7), es verdaderamente sorprendente que el siguiente versículo dice: “Acontecerá también en aquel día, que saldrán de Jerusalén aguas vivas, la mitad de ellas hacia el mar oriental, y la otra mitad hacia el mar occidental, en verano y en invierno” (14:8). Independientemente de la estación del año, habrá agua fluyendo de Jerusalén (Jl. 3:18; Ez. 47:12). Dado su contexto y tierra, es una noticia maravillosa saber que ahora tendrían agua brotando. Es un paraíso ahora. Son condiciones del reino del Mesías. Habrá restauración, bendición y prosperidad porque el Mesías ha venido a reinar.

El rey se establece

Finalmente, el rey se establece en Sion. El momento cúspide ha llegado: “Y Jehová será rey sobre toda la tierra” (14:9a). Las promesas vendrán a ser realidad y él reinará sobre todo. Además, Zacarías afirma que “en aquel día Jehová será uno, y uno su nombre” (14:9b). El lenguaje usado por el profeta acá evidencia que no hay nadie como el Señor (cp. Dt. 6:4). Después de haber derrotado a sus enemigos y habiendo rescatado a los suyos, él establecerá su reino y reinará en majestad.

Para reflexionar:

La vida es difícil y dura. Estás rodeado de dolor, tristeza y muerte. Sin embargo, si eres su hijo, debes saber que él cumplirá su propósito en ti, sosteniéndote firme y fiel hasta el final. Él es fiel.



En ti confiaré

Malaquías

por Josías Grauman

*“Porque yo Jehová no cambio; por esto, hijos de Jacob, no habéis sido consumidos”
(Mal. 3:6).*

Al estudiar el Antiguo Testamento de principio a final es claro que Dios es fiel y que, por lo tanto, es digno de confianza. Malaquías es un libro que resalta la fidelidad de Dios de manera singular. Esto es así porque viene al final del Antiguo Testamento, proveyendo a Dios la máxima oportunidad de mostrar su amor a Israel por los siglos. Lo maravilloso del libro, es que la fidelidad de Dios brilla en medio de la tela negra del pecado obstinado de Israel, mostrando claramente que la fidelidad de Dios no se basa en el mérito humano, sino en el puro afecto de su voluntad (cp. Ef. 1:5).

El amor de Dios

El libro empieza con una afirmación categórica: “Yo os he amado” (Mal 1:2). Pero rápidamente gira en dirección al pecado de Israel. Lamentablemente, los Israelitas no sólo negaban el amor de Dios: “¿En qué nos amaste?” (1:2), sino que también le acusaban de haberles abandonado (2:17). Cuando Israel vio toda la maldad y el sufrimiento que les rodeaba, en vez de entender que sufrían debido a su propia violación del pacto, pensaban que Dios era el culpable. La realidad es que Dios les estaba disciplinando por su pecado empedernido. Como un padre amoroso que ama a sus hijos y los disciplina, el Señor amaba a Israel profundamente y actuaba en consecuencia, disciplinándolos.

Sin embargo, a pesar del pecado de los Israelitas, Dios ofrece bendecirles, si tan solo ellos se arrepentían de su pecado: “Volveos a mí, y yo me volveré a vosotros” (3:7). Ellos sin embargo dijeron: “¿En qué hemos de volvernos?” (3:7). A pesar de ello, Dios constantemente ofrecía gracia, misericordia y perdón.

¿Cómo es posible que después de mil años de pecado Dios seguía ofreciendo restaurarlos? El éxodo ocurrió en el 1446 a. de C. y el escrito de Malaquías en el 400 a. de C. aproximadamente. Entonces, ¿no sería injusto de parte de Dios perdonar a un pueblo tan obstinado y alejado de él? La respuesta a estas interrogantes se encuentra en el versículo seis: “Porque yo Jehová no cambio; por esto, hijos de Jacob, no habéis sido consumidos” (Mal 3:6). La inmutabilidad de Dios es la razón por la que sigue amando a Israel. En otras palabras, Dios es incapaz de prometer a Abraham que va a bendecir a sus descendientes (Gn. 12:2), y luego no cumplir esa promesa mil años después. Si Dios decide algo, lo decide para la eternidad, porque él no cambia. Él es fiel y no faltará a ninguna de sus promesas.

Promesas irrevocables

La inmutabilidad de Dios debe brindarte la confianza, entonces, que todas las promesas de Dios son irrevocables (cp. Ro. 11:28). Él no cambiará de parecer antojadizamente. Por esa razón, las promesas que se encuentra en el libro de Malaquías siguen siendo de ánimo aun para los creyentes el día de hoy. Dios no solo exhorta a Israel debido a su pecado, sino que también promete que los que temen a Jehová, él los salvará. Él no fallará y no cambiará; por eso puedes confiar en él y permanecer firme en su verdad.

Cuando Malaquías habla de salvación, incluye tanto el perdón de pecados como la restauración de todas las cosas. Él no deja nada a medias. Por ejemplo, la salvación incluye el perdón de pecados, tal como Malaquías 3:17: “Y serán para mí especial tesoro, ha dicho Jehová de los ejércitos, en el día en que yo actúe; y los perdonaré, como el hombre que perdona a su hijo que le sirve”. Pero el cumplimiento de las promesas divinas no acaba allí: como cristiano has sido perdonado, aunque todavía vives en un mundo caído y dentro de un cuerpo caído. Él completará su obra en ti (cp. Sal. 138:8). Las promesas de Dios son irrevocables y él cumplirá al pie de la letra todo lo que ha prometido, por eso debes vivir esperando y agradecido.

La restauración

Tal como se mencionó antes, Malaquías también promete la restauración de todas las cosas: “Mas a vosotros los que teméis mi nombre, nacerá el Sol de

justicia, y en sus alas traerá salvación; y saldréis, y saltaréis como becerros de la manada” (Mal. 4:2). Esto describe la realidad de que Cristo va a regresar a esta tierra y restaurar todas las cosas, juzgando a los malos y brillando su luz de bendición a los que por él han sido justificados. Este será un día de gozo inefable: un día en el que glorificamos a Cristo sin el impedimento del pecado, saltando y brincando de alegría delante de su presencia.

La pregunta que surge es: ¿será Dios fiel a esa promesa? En respuesta a ello, Malaquías enseña que si Dios fue fiel a Israel —si cumplió la promesa que les había dado mil años antes a pesar de haber abandonado a Dios—, entonces no puede quedar duda que Dios también será fiel en cumplir todas las promesas que ha hecho a sus hijos. Él no cambia. Si te amó antes de la fundación del mundo (cp. Ef. 1:4), te ama hoy y te amará por toda la eternidad, “porque Yo Jehová, no cambio” (Mal. 3:6).

Para reflexionar:

El saber que Dios no cambia es motivo de gran gozo. Si fue fiel a su pacto para con Israel, será fiel en su pacto contigo. Él te ha salvado y hará que estés a su lado por toda la eternidad.



Acerca de los autores

José Alcívar (M.Div., The Master's Seminary) es profesor en La Academia de Predicación Expositiva. Además, es pastor de la Iglesia Comunidad de Berea en Guayaquil, Ecuador. Él es uno de los contribuidores de *Declaring His Glory among the Nations*, *Siervo fiel* y del primer volumen de *En ti Confiaré*. José está casado con Francesca y tienen una hija: Natalia.

Lucas Alemán (M.Div., Th.M., Ph.D. Candidate, The Master's Seminary) es director de educación en español y profesor de Antiguo Testamento en The Master's Seminary. Además, es director ejecutivo de la Sociedad Teológica Cristiana y pastor-maestro de la Iglesia Bíblica Berea en North Hollywood, California. Él es editor general y uno de los autores de *La Hermenéutica de Cristo*, así como uno de los contribuidores del primer volumen de *En ti Confiaré*. Lucas y su esposa, Clara, tienen dos hijos: Elías Agustín y Enoc Emanuel.

Santiago Armel (M.Div., Th.M. Candidate, The Master's Seminary) es pastor en la Iglesia Bíblica Cristiana de Cali en Colombia y sirve también como director de la Conferencia Baluarte de la Verdad en Cali, Colombia. Santiago fue administrador de la Conferencia Expositores en Los Ángeles, California, por varios años. Ha contribuido en los siguientes libros: *De Vuelta a Cristo*, *Declaring His Glory among the Nations*, *Siervo Fiel* y en el primer volumen de *En ti Confiaré*. Santiago y su esposa, Juliana, tienen un hijo: Santiago.

Carlos Astorga (B.S., FCFM, Universidad Autónoma de Nuevo León; Th.M., Dallas Theological Seminary) nació en la Ciudad de México y creció en Monterrey. Tiene títulos en Ciencias Computacionales y Teología Histórica. Ha servido en funciones pastorales, docentes y de tecnología de la información por más de 25 años. Actualmente sirve como director editorial para Lifeway Christian Resources. Sirve además como maestro invitado en diferentes organizaciones misioneras y forma parte de la facultad del Instituto Ideal del Seminario de Denver. Carlos vive en el área metropolitana de Nas-

hville, TN junto a su esposa Miriam y sus tres hermosas hijas: Elisa, Carolina y Sofía.

Josué Barrios sirve como coordinador editorial en Coalición por el Evangelio. Posee una licenciatura en periodismo y cursa una maestría en el Southern Baptist Theological Seminary. Vive con su esposa Arianny en Córdoba, Argentina, y se congrega en la Iglesia Bíblica Bautista Crecer. Puedes leerlo en josuebarrios.com.

Mateo Bixby (M.A., Bob Jones University; D.Min. Candidate, Central Baptist Theological Seminary) es el decano de la Facultad de Teología en la Universidad Cristiana de las Américas, y pastor de la Iglesia Bautista La Gracia en Juarez, N.L., México. Es director del blog Palabra y Gracia, donde también escribe regularmente. Además, es uno de los contribuidores del primer volumen de *En ti Confiaré*. Mateo está casado con Susan Bixby y tienen tres hijos: Aarón, Ana y David.

Bruce Burkholder (M.Div., Calvary Baptist Theological Seminary; D.Min., Trinity Evangelical Divinity School) es el director general de la Editorial EBI. Fue misionero por 10 años en México en donde Dios les permitió fundar la Iglesia Bautista de Fe y el Seminario Teológico Bautista Independiente. Además, es uno de los contribuidores del primer volumen de *En ti Confiaré*. Está casado con Lisa y tienen tres hijos adultos: Jared, Lindsay y Matthew, además de dos nietos. Bruce vive en Sebring, Florida.

Justin Burkholder (M.Div., Southern Baptist Theological Seminary) sirve como misionero en Guatemala con TEAM (The Evangelical Alliance Mission), así como director de las Américas para la misma institución. Además, es uno de los pastores en la Iglesia Reforma y miembro del concilio de Coalición por el Evangelio. Justin es el autor de *Sobre la Roca: Un Modelo para Iglesias que Plantan Iglesias* y de *Quiero Cambiar*. Está casado con Jenny y tienen tres hijas.

Ángel Cardoza (M.Div., D.Min. Candidate, The Master's Seminary) es pastor de la Iglesia Cristiana de la Comunidad en Santo Domingo, República Dominicana. Dirige el ministerio Columna de la Verdad y es anfitrión del podcast Hablemos de Predicación. Está casado con Yamel Romero y tienen cinco hijos: Noa, Abi, Ana, Manuel y Mateo.

Ricardo Daglio (MMB Candidate, The Master's Seminary) es pastor de la Iglesia Bíblica de Villa Regina (UCB) en Villa Regina, Río Negro, Argentina, desde el 2008. Además, fue pastor por 16 años en Salto, Uruguay. Es graduado del Instituto Bíblico Unión de Centros Bíblicos y del Instituto Integridad y Sabiduría. Está casado con Silvina y tienen tres hijos: Carolina, Lucas y Micaela.

Emanuel Elizondo (M.S., M.Div., Bob Jones University; D.Min., The Master's Seminary) es editor en jefe de Biblias Holman y pastor de Vida Nueva Apodaca en Monterrey, México. Él es uno de los editores de *Cómo Leer tu Biblia* y autor de *Enséñanos a Orar*. Además, es uno de los contribuidores del primer volumen de *En ti Confiaré* y escribe regularmente en Coalición por el Evangelio. Emanuel está casado con Milka y tienen un hijo: Marcos.

Michel Galeano (M.Div., Bethlehem College and Seminary) es pastor de la Iglesia Gracia Sobre Gracia en el sur de la Florida, Estados Unidos. Él es uno de los editores de *Oraciones y Reflexiones*, así como uno de los contribuidores de *La Biblia Responde* y del primer volumen de *En ti Confiaré*. Michel escribe regularmente en Coalición por el Evangelio. Está casado con el amor de su vida, Gaby, y tienen dos hijos: Priscilla y Sebastián.

Aaron Gibson (M.A., Ph.D., Bob Jones University) es misionero y director de la región de América Latina para Reaching and Teaching International Ministries. Ha trabajado en México desde 2004 como pastor, entrenador de misioneros y pastores, y maestro de teología y Biblia. De 2004 a 2009 fue profesor de teología y director del Departamento de Teología de La Universidad Cristiana de Las Américas. Es el fundador y director del Instituto de Exposición Bíblica en el sur de México. Además, es uno de los contribuidores del primer volumen de *En ti Confiaré*. Aaron vive en Oaxaca con su esposa, Ruth, y sus cinco hijos.

Moisés Gómez (M.Div., Southeastern Baptist Theological Seminary) es uno de los pastores de First Baptist Church of Irving en el área de Dallas, Texas, y pastor de la congregación hispana en esta iglesia: First Irving Español. Escribe regularmente en su blog y dirige junto a esposa el Podcast de los Gómez. Además, es uno de los contribuidores del primer volumen de *En ti Confiaré*. Está casado con Betsy y tienen tres hijos: Josué, Samuel y Grace.

David González (M.Div., The Master's Seminary) es pastor de la Iglesia Evangélica Teis en Vigo, España. Además, es profesor adjunto del Seminario

Berea en León, España. Escribe regularmente en el blog Bereanos, de dicha institución, y ha contribuido en los siguientes libros: *Declaring His Glory among the Nations*, *Siervo Fiel* y en el primer volumen de *En ti Confiaré*. David está casado con Laura y juntos tienen dos hijas: Noa Grace y Cloe Joy.

Josías Grauman (M.Div., D.Min., The Master's Seminary) es decano de educación en español y profesor de exposición bíblica en The Master's Seminary. Además, es pastor asociado del ministerio hispano de Grace Community Church en Sun Valley, California. Él es autor de *Griego para Pastores* y *Hebreo para Pastores*, uno de los autores de *La Hermenéutica de Cristo* y ha contribuido en los siguientes libros: *De Vuelta a Cristo*, *Siervo Fiel* y en el primer volumen de *En ti Confiaré*. Josiah y su esposa, Crystal, tienen tres hijos.

Manuel Herrera (M.Div. Candidate, The Master's Seminary) es médico cirujano y partero por la Universidad de Guadalajara, México, donde también fue profesor. Actualmente es maestro de estudios bíblicos y forma parte del ministerio de consejería bíblica en Grace Community Church, en Los Ángeles, California. Manuel es consejero bíblico certificado por ACBC.

Samuel Hornbrook (MABC Candidate, Faith Seminary) es misionero, consejero bíblico certificado por ACBC y pastor en México. Además, es conferencista con la Coalición de Consejeros Bíblicos. Ha servido como plantador de iglesias en la Ciudad de México por 30 años y como profesor de seminario por 15 años. Samuel y su esposa, Jamie, tienen tres hijos y tres nietos.

Eduardo Izquierdo (M.Div., Th.M. Candidate, The Master's Seminary) es director de alabanza en el ministerio hispano de Grace Community Church en Los Ángeles, California, donde también sirve como maestro de estudios bíblicos. Eduardo dirige el sitio *Más como Jesús* y está preparándose para ir como misionero a Monterrey, México. Ha contribuido en los siguientes libros: *Declaring His Glory among the Nations*, *Siervo Fiel* y en el primer volumen de *En ti Confiaré*. Está casado con Valeria y tienen dos hijos: Gabriel y Marian.

Carlos Llambés (MAET, M.Div. Candidate, Southern Baptist Theological Seminary) sirve como pastor/misionero de la International Mission Board en Ciudad de México desde el 2014, después de servir 10 años y medio en República Dominicana. Colabora con ministerios como Coalición por el Evangelio, Soldados de Jesucristo y LifeWay, y es autor de *7 Disciplinas Espirituales para el Hombre*. Carlos está casado con Liliana y tienen cuatro hijos adultos.

José Carlos Martínez (M.Div., Th.M. Candidate, The Master's Seminary) es maestro de estudios bíblicos en Grace Community Church en Los Ángeles, California, instructor de sección en The Master's Seminary, profesor del Seminario Bíblico Palabra de Gracia, y anciano en la Iglesia Cristiana Neza, en México. Contribuyó en el libro *Declaring His Glory among the Nations*. José Carlos está casado con Dulce Raquel y tienen cuatro hijos, además de uno que está en camino.

Armando Melo (M.A.B.S., Piedmont International University; M.Div. Candidate, The Master's Seminary) sirvió por cuatro años como uno de los pastores en la fundación de la Iglesia Bautista Gracia Soberana en la ciudad de Durango, México. Actualmente es el Director de Ventas y Mercadeo de Editorial EBI. Armando y su esposa, Jessy, tienen tres hijos: Santiago, Mateo y Ana Elizabeth.

Juan Moncayo (M.Div., Baptist Bible Seminary; Ph.D. Candidate, Midwestern Baptist Theological Seminary) está casado con Marissa y tienen 2 hijos. Es consejero bíblico certificado por ACBC y sirve en el equipo pastoral de la Iglesia La Fuente en Quito, Ecuador, y como profesor adjunto de Consejería Bíblica en The Master's Seminary y otros ministerios.

Diego Naranjo (M.A.B.S., Piedmont International University) ha pastoreado durante 15 años, siendo actualmente el pastor principal de la Iglesia Cristiana "El Camino", en Cuenca, Ecuador. Además, escribe artículos para la Editorial EBI. Está casado desde hace 25 años con María Augusta y tiene 3 hijos: Nicolás, Daniel y Andrés.

Enrique Oriolo (MMB Candidate, The Master's Seminary) es pastor de la Iglesia Bíblica de City Bell en Argentina. Además, es misionero de SERVE y miembro del consejo pastoral de Ante Su Palabra. Está casado con Tamara y tienen dos hijas: Luz y Paz.

Eduardo Ortiz (M.A.B.S., Piedmont International University) es pastor de la Iglesia Bautista Roca Eterna de la Ciudad de México. Estudió un Diplomado en Biblia y Teología, un Certificado en Predicación Expositiva y un Certificado en Idiomas Bíblicos en el Seminario Bíblico Palabra de Gracia. Además, es licenciado en Administración de Empresas. Eduardo está casado con Rosalía y tienen tres hijos adultos: Josué, Isaac y Jonatán.

Josué Ortíz (M.Div., Pensacola Theological Seminary; D.Min. Master's Seminary) es pastor de la Iglesia Bautista Gracia Abundante en la Ciudad de México. Es autor de *El Rey y Su Reino* y uno de los contribuidores del primer volumen de *En ti Confiaré*. Josué escribe regularmente para Coalición por el Evangelio y es el editor del sitio en inglés In the Gospel. Está casado con Rebekah y tienen tres hijos: Natanya, Santiago y Sebastián.

Joe Owen (M.Div. Candidate, Covenant Baptist Theological Seminary) es director de Respuestas en Génesis para América Latina. Ha contribuido en los siguientes libros: *Una sola Raza, Una sola Sangre, Sola Scriptura, La Perspicuidad Bíblica ante la Confusión Sexual, World Religions and Cults (Vol. 2)* y en el primer volumen de *En ti Confiaré*. Está casado con María Elizabeth y tienen seis hijos: Abby, Andrea, Emmanuel, Joseph Jr., Martín y Francisco.

Alejandro Peluffo (M.Div., Th.M., The Master's Seminary) es el pastor principal de la Iglesia Bautista Misionera en Lobos, Buenos Aires, Argentina. Además, es el director del centro de capacitación pastoral, IDEAR, en donde enseña los cursos de Antiguo Testamento, Nuevo Testamento, Hermenéutica, Predicación Expositiva y Teología Sistemática. Alejandro está casado con Mónica desde 1988 y tienen tres hijos: Joel, Carolina y Juan Pablo.

Josué Pineda Dale (M.Div., Th.M. Candidate, The Master's Seminary) es coordinador administrativo de educación en español e instructor de sección en The Master's Seminary, así como administrador de la Sociedad Teológica Cristiana. Es el editor y uno de los contribuidores del primer volumen de *En ti confiaré*, editor de contenido de *La Hermenéutica de Cristo*, y ha contribuido además en los siguientes libros: *Declaring His Glory among the Nations y Siervo Fiel*. Josué es el editor del blog de TMS en español y colabora también como autor en *Estudios Bíblicos para la Vida* y *Quietud* de LifeWay. Josué está casado con Mabe y tienen dos hijos: Daniel y Valentina.

Daniel Puerto (B.A., Rio Grande Bible Institute; M.Div. Candidate en Southern Baptist Theological Seminary) es pastor de la Iglesia Bautista Palabra de Vida en Tampa, Florida, así como director ejecutivo de Soldados de Jesucristo. Es el editor general de *De Vuelta a Cristo* y uno de los contribuidores del primer volumen de *En ti Confiaré*. Daniel está casado con Claudia y tienen dos hijos: Emma y Loikan.

Joel Rosario (M.Div., The Southern Baptist Theological Seminary) es editor en jefe de B&H Académico. Además, sirve en diferentes organizaciones en la formación y entrenamiento de pastores y líderes hispanos. Joel está casado con Emily y tienen dos hijas.

Jérémie Roy (M.Div., Th.M., Detroit Baptist Theological Seminary; D.Min. Candidate, Virginia Beach Theological Seminary) es misionero en la República Dominicana donde sirve como presidente del Seminario Bautista Internacional. Es escritor en el blog de EBI y en la revista TheoMagazine. Está casado con Amy y tienen tres hijos: Olivia, Elliot y Sophia.

Héctor Salcedo (M.A.B.S., Moody Bible Institute) es pastor ejecutivo de la Iglesia Bautista Internacional (IBI) en Santo Domingo, República Dominicana. Además, es economista en formación con una práctica de casi más de 20 años, aunque en la actualidad su trabajo se concentra en la labor pastoral. Comparte el púlpito de la IBI y es pastor del grupo de jóvenes adultos. Además, es el autor de *Finanzas Bíblicas* y uno de los contribuidores del primer volumen de *En ti Confiaré*. Héctor y su esposa, Chárbela, tienen dos hijos: Elías y Daniel.

Roberto Sánchez (M.Div., The Master's Seminary; Th.M., Golden Gate Baptist Theological Seminary; D.Min., Southern Baptist Theological Seminary) es decano de estudiantes de educación en español y profesor asistente de ministerio pastoral de The Master's Seminary. Además, sirve como pastor-maestro de la Iglesia Bíblica Berea en North Hollywood, California. Él es uno de los autores de *La hermenéutica de Cristo* y uno de los contribuidores del primer volumen de *En ti Confiaré*. Roberto está casado con Enza y tienen tres hijos: Jacklyn, Karen y Roberto.

Jack Smith (M.Div. Candidate, The Master's Seminary) es el consultor editorial de The Master's Seminary Journal y ha sido el editor general del blog de The Master's Seminary. Además, es profesor de escritura y edición en The Master's University. Jack ha editado varios libros, incluyendo los siguientes: *The Whole Counsel of God* (vol. 3), por Richard Gamble; *The Old in the New*, por Michael Vlach; y *Romans: The Gospel of God*, por Steve Lawson.

Alberto Solano (M.Div., Th.M., The Master's Seminary) es profesor de Biblia y teología en el Seminario Bíblico Palabra de Gracia y uno de los pastores en Iglesia Comunidad Bíblica en Guadalajara, México. Además, es uno de los

contribuidores del primer volumen de *En ti Confiaré*. Alberto está casado con Kathy y juntos tienen 2 hijas: Sophia y Ana Elena.

Heber Torres (M.Div., The Master's Seminary) es profesor de teología en el Seminario Berea (León, España) y sirve como pastor en la Iglesia Evangélica de Marín (España). Dirige el espacio *Las Cosas de Arriba*, que incluye un podcast y un blog. Además, ha contribuido en los siguientes libros: *Siervo fiel* y en el primer volumen de *En ti Confiaré*. Heber y su esposa Olga tienen tres hijos: Alejandra, Lucía y Benjamín.

Luis Zepeda (Licenciado en Teología Pastoral, Candidato a Maestría en Predicación Expositiva, Universidad Cristiana de Las Américas) presidente del consejo directivo de la Universidad Cristiana de Las Américas. Además, es pastor de la Iglesia Bautista Genezareth, en Guadalupe, Nuevo León, México. Escribe regularmente en el blog Palabra y Gracia, entre otros y ha contribuido en el primer volumen de *En ti Confiaré*. Luis Zepeda está casado con Bere y tienen tres hijos: Timoteo, Pablo y Julio.